

JULY'S STEPS

LOS VIAJEROS

IMAGINARIOS

MOORBY

Lectulandia

Un buque con una tripulación de monos y capitaneado por Spencer, acérrimo enemigo de Ulysses Moore, está atacando a cañonazos Kilmore Cove. Quiere vengarse destruyendo las puertas del tiempo y, para ello, está dispuesto a hundir la isla entera. Julia, Jason, Rick, Anita y Tommaso van a necesitar ayuda de todo el mundo para superar la amenaza... incluso la de Malarius Voynich, líder de los Incendiarios. Black Vulcano y los hermanos Covenant resguardarán a los habitantes del pueblo en un antiguo refugio construido en una gruta del desfiladero; Rick y Peter Dedalus acudirán con un submarino desde Venecia para enfrentarse al barco; y Tommi convencerá al rey de los monos para que la tripulación de Spencer se amotine. Aún así, los chicos pronto descubrirán que el único modo de vencer a Spencer es echar mano de sus debilidades: una hija que le abandonó de muy pequeña y un collar de calaveras que le hace inmortal.

¿Conseguirán los chicos salvar a Ulysses Moore y las puertas del tiempo? ¿O será este el fin de los viajeros imaginarios?

**Lectulandia**

Pierdomenico Baccalario

# **Los viajeros imaginarios**

**Ulysses Moore 12**

ePub r1.0

Titivillus 13.08.2019

Título original: *Il club dei viaggiatori immaginari*  
Pierdomenico Baccalario, 2011  
Traducción: María Lozano  
Ilustraciones: Iacopo Bruno

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1

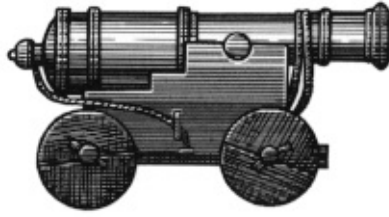
---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

*Contestole la discreta Penelope:  
«¡Forastero! Hay sueños inescrutables y de lenguaje obscuro,  
y no se cumple todo lo que anuncian a los hombres.  
Hay dos puertas para los leves sueños:  
una, construida de cuerno, y otra, de marfil...».*

*Odisea, Canto XIX*  
(Traducción de Luis Segalá y Estalella)  
Montaner y Simón, Barcelona, 1910



Capítulo 1  
*La CAÍDA*

Jason y Julia Covenant se estrecharon el uno contra el otro, a pocos pasos de las escalerillas excavadas en la roca del acantilado de Salton Cliff. Habían ido hasta allí corriendo cuando la casa empezó a temblar. Una fortísima sacudida los había despertado con un sobresalto.

Después lo vieron en la ensenada, delante de la playa de Kilmore Cove: un bergantín completamente negro, con las velas como la pez. Y con ocho bocas de cañón que apuntaban hacia ellos.

Oyeron el estallido de la pólvora seguido de un silbido, y el cielo que precede al alba se iluminó con una llamarada inesperada.

—¡AL SUELO! —gritó Jason; tiró de su hermana hacia abajo y la protegió con su cuerpo.

Una bala de cañón atravesó los ventanales y golpeó de lleno la torre de Villa Argo.

—¡JASON! ¡JULIA! —gritaron los señores Covenant aterrorizados, mientras una lluvia de esquirlas de cristal se abatía sobre el patio en el que se encontraban.

Se oyó un segundo silbido, y después otro más. Y otro. Un proyectil hizo añicos la veranda del porche y entró en la casa, donde rodó sobre las alfombras como si se tratase de una bola de bolos gigantesca. Otro golpeó nuevamente la torre y el último abatió el tronco de un árbol secular y fue a clavarse, echando humo todavía, en la tierra mojada del jardín.

Julia miraba fijamente la escena con los ojos como platos.

—No puede ser —murmuró, confusa.

—¡No te muevas! —le ordenó su hermano antes de levantarse y salir corriendo.

Un estruendo. Una llamarada. Un silbido, que ahogó el grito angustiado de Julia.

—¡JASON!

Otro proyectil pasó entre los árboles, atravesó el lugar donde antes se encontraba la casa de Nestor, y derribó una tapia.

La señora Covenant estaba al borde de un ataque de nervios y no paraba de gimotear pese a que su marido intentara calmarla por todos los medios. También él miraba a su alrededor aterrorizado, incapaz de entender lo que estaba pasando.

Después la torre se inclinó hacia un lado, aullando como un animal herido, y en las viejas paredes de Villa Argo se dibujó una profunda grieta.

—¡JASON! —gritó de nuevo Julia, tan alto como pudo—, ¿ADÓNDE VAS?

Pero su hermano no pareció oírla. Pasó corriendo junto a sus padres, abrazados el uno al otro en medio de una nube de polvo y astillas. Su padre todavía llevaba puesto el pijama, de rayas blancas y azules, y su madre tenía un camisón largo, y entraba frío con solo mirarla.

—¡Al coche, deprisa! —gritó Jason, señalando el garaje—. ¡Tenemos que subir al coche! ¿Dónde están las llaves?

Pero cuando sus ojos se encontraron con los de sus padres, solo leyó en ellos una profunda turbación, como si hubiera pronunciado aquellas palabras en una lengua desconocida. Jason supo entonces que tendría que hacerlo todo solo: entró en la cocina, buscó a su alrededor y vio las llaves en la bandeja donde solían dejarlas. Las cogió y se las lanzó a su padre, quien las atrapó al vuelo y se quedó mirándolas sin pestañear, como si se hubieran materializado en su mano por arte de magia.

—¡Tenemos que largarnos de aquí enseguida! ¡Nos están disparando! —les explicó a los dos con dramática tranquilidad.

El señor Covenant seguía mirando fijamente las llaves del coche.

—¿Qué quieres decir, Jason?

Pero su hijo había desaparecido de nuevo en el interior de la casa. Un estruendo. Un silbido. Y el enésimo estallido. Los señores Covenant profirieron un grito, asustados.

El coche en el garaje.

Sí, el coche era una buena idea.

—¡Julia, corre! ¡Por aquí! —gritó el señor Covenant, al tiempo que arrastraba a su mujer a través del jardín.

Jason cruzó la cocina como en una especie de trance, tan concentrado en su objetivo que ignoró todos los ruidos que se producían a su alrededor. Fue corriendo al primer salón, donde vio la bala de cañón que había entrado rodando desde el porche: había dejado en las alfombras un surco que aún humeaba. No resistió la tentación de tocarla: desde la primera vez que vio una película de piratas se había preguntado si aquellas esferas de metal...

—¡Uy! —exclamó, retirando la mano de golpe.

Por lo menos había satisfecho esa curiosidad: las balas de cañón recién disparadas quemaban.

Echó de nuevo a correr. Pasó por el segundo salón, la habitación de piedra de la Puerta del Tiempo, y llegó a las escaleras. Intentó hacer caso omiso de la infinidad de adornos que había por los suelos y de los cuadros descolgados o que pendían boca abajo en las paredes. Subió los primeros peldaños y se paró de golpe: había oído un chillido lejano y luego el silbido cada vez más fuerte de otro proyectil que se acercaba.

Instintivamente, se agazapó en la escalera y esperó el impacto, tapándose la cabeza con las manos.

—¡Ahora no! —suplicó cuando algo explotó pocos metros por encima de su cabeza.

El espejo que estaba en lo alto de las escaleras se hizo añicos, y una lluvia de cristales afilados cayó sobre Jason. Aguardó unos segundos, se los sacudió de encima y siguió subiendo.

La bala de cañón se había incrustado en el centro exacto del espejo y se hallaba hundida hasta la mitad en la pared que había atrás. Cada fragmento plateado le devolvió la imagen de su propio rostro. Estaba deformado por la tensión, pero en los ojos brillaba una furiosa determinación.

Se dio la vuelta: la puerta que conducía a la torre yacía rota en el suelo, y llegaba una corriente gélida de lo que quedaba del estudio de Ulysses Moore. Desentendiéndose del peligro, Jason pasó por encima de la puerta y entró.

La habitación de la torre se encontraba peligrosamente inclinada hacia un lado: el suelo se había abierto como una cáscara de naranja y los tablones de madera formaban un abanico cortante e irregular. La mesa, las sillas, el baúl, las maquetas de las naves, los diarios y todos los demás objetos que habían pertenecido a Ulysses Moore reposaban amontonados en el rincón más alejado. Jason se agarró a las jambas de la puerta, y sufrió otro ataque de vértigo.

—No —se impuso con decisión—. Ahora no.



A través de las ventanas rotas podía vislumbrar la bahía de Kilmore Cove, el mar oscuro y el navío anclado en medio, con las velas completamente negras. Una selva de antorchas crepitantes iluminaba el puente del bajel, donde una absurda tripulación de monos se movía frenéticamente detrás de las ocho bocas de fuego.

Jason intentó contar los cañonazos que había oído hasta el momento: el proyectil que había alcanzado el espejo debía de ser el séptimo. Mejor dicho, el octavo si contaba el que los había despertado.

Se preguntó si en el navío estarían pensando en volver a cargar los cañones, dado que en los segundos que siguieron no se oyeron ni estallidos ni silbidos de cañonazos. De fuera solo llegó el ruido de unos pasos en la grava, el rugido reconfortante del coche al ponerse en marcha y la voz rota por la angustia de su madre, que lo llamaba:

—¡Jason! ¿Dónde estás? ¡Jason!

En ese momento, el suelo de la torre se estremeció y se ladeó todavía más. El baúl de Ulysses Moore empezó a resbalar por aquella nueva pendiente, rodó y se abrió, esparciendo por el suelo una montaña de hojas y cuadernos repletos de dibujos. Muy a su pesar, Jason decidió que no podía salvarlos también. Apretó los dientes, escrutó la oscuridad y reconoció el objeto que en un principio había ido a rescatar allí arriba.

Se hallaba en el rincón situado más abajo, justo en el fondo, en medio del montón de libros y jarrones rotos: un original carillón de forma octagonal, una especie de tiovivo con ocho barquitas en lugar de los tradicionales caballitos. Durante mucho tiempo no había sido más que uno de los miles de objetos que atestaban los cajones, los armarios, los estantes y las hornacinas de Villa Argo. Uno de los muchos recuerdos atesorados en años y años de viajes a lugares reales e imaginarios. Pero justo la noche anterior, en casa de Black Vulcano, Julia y él habían descubierto que ese carillón era un antiguo recuerdo de familia, regalo de una tal Elisabeth Kapler a John Joyce Moore, el padre de Ulysses. Un objeto que escondía un gran secreto.

Intentó apoyar un pie en lo que quedaba del suelo de la habitación y cargó todo su peso para comprobar la resistencia de la torre. La sintió gemir y combarse, como si estuviera a punto de derrumbarse, pero, increíblemente... ¡resistió! ¡Las viejas paredes de Villa Argo resistían! Jason se aventuró a dar un segundo paso. Se agachó y siguió andando a gatas. Avanzaba muy, muy lentamente, vigilando tanto el suelo como el navío de la bahía.

¿Era posible que hubiera llegado después de haber dado cuerda al carillón? En realidad le parecía una idea absurda, pero había aprendido que no

debía excluir ninguna hipótesis por muy absurda que pareciera. Y si el carillón era el causante de que hubiera aparecido aquella maldita nave, a lo mejor también era capaz de conseguir que se volviera por donde había llegado. Solo había una manera de descubrirlo.

Avanzó deslizándose por el suelo y se acercó un poco más al montón de objetos que se encontraba al fondo de la habitación...

—¡Jason! —Los gritos de sus padres quedaron ahogados por un estallido aterrador.

El chico volvió a mirar por la ventana y vio dos lenguas de fuego que se reflejaron durante una fracción de segundo en el mar.

—No... —murmuró entre dientes.

Había puesto los pies en el baúl abierto en el rincón de la habitación. Tuvo tiempo de pestañear un par de veces. Luego oyó un estrépito de cristales seguido por innumerables golpes. El primer cañonazo impactó de lleno en la biblioteca que había al lado de la torre.

—¡A la porra! —Jason se dio impulso hacia delante.

Sus dedos rozaron la piel antigua del baúl, los tachones de latón, encontraron las páginas de un libro, el casco de madera de una de las maquetas que le gustaba construir al viejo propietario de la casa, y por último...

El segundo cañonazo alcanzó los setos del jardín, abriendo un surco profundo en la tierra aún fresca. Toda la estructura de la torre se estremeció de nuevo, inclinándose aún más. Diarios, cuadros, estatuas y una silla volaron por una de las ventanas rotas, rodaron por el tejado y cayeron en el patio de abajo.

Jason se quedó sin respiración. Algo le había aplastado de repente contra la pared y le impedía moverse. Pero no se rindió: con la mano libre siguió tanteando entre los objetos amontonados y finalmente notó bajo los dedos la silueta puntiaguda del carillón. Estiró el brazo todo lo posible y centímetro a centímetro llegó hasta el lado opuesto; luego, con una serie de pequeños golpecitos, se lo dejó caer en la mano.

—¡Sí! —exultó.

—¡JASON! —Esta vez era Julia la que había gritado.

Jason cogió el carillón y pensó: «Voy». Intentó soltarse y se dijo por segunda vez: «Voy». Trató de moverse hacia la puerta que estaba encima de él, pero dio medio paso en esa dirección y las vigas de madera, que fijaban la estructura de la torre al cuerpo principal de la casa, se partieron de golpe.

Tras unos momentos en los que pareció que el tiempo se había detenido, la torre de Villa Argo rodó sobre sí misma por el tejado y se estrelló contra el suelo.



## Capítulo 2

### **Una ADUANA IMAGINARIA**

—Están ustedes en el lugar correcto —dijo la funcionaria rubia de la Oficina Viajeros Imaginarios en el Mundo.

—Tienen que leer el Reglamento y rellenar este formulario —añadió la funcionaria pelirroja con una sonrisa complacida.

—Pero el Hilo de Ariadna para los Puertos Oscuros se concede exclusivamente a los viajeros mayores de edad —añadió la funcionaria morena, sin mirarlos siquiera.

—¡Eh, un momento! ¡Yo soy mayor de edad! —protestó el Flint pequeño, mintiendo descaradamente.

—Chisst... —le ordenó Nestor, que estaba a su lado—. Déjame hablar a mí.

El Flint pequeño se enfurruñó, pero no se apartó de su lado. ¡Qué situación tan absurda! Llevaban horas en el Laberinto de los Lugares Imaginarios, yendo de una oficina a otra sin sacar nada en claro de aquella desesperante burocracia. Y además, no habían comido nada desde que llegaron allí abajo a través del volcán de la isla prisión del capitán Spencer.

El viejo jardinero se acercó cojeando a las ventanillas, intentando mirar al mismo tiempo a las tres funcionarias, en cuyos bustos, como en las obras de un museo, había sendos cartelitos: «Irene» (la rubia), «Diche» (la pelirroja) y «Eunomia» (la morena). Estaban sentadas muy cerca la una de otra, separadas solo por una maraña de hilos de colores, una red intrincadísima que parecía cubrirlo todo: el techo, las paredes, el suelo. En el lado de las ventanillas, los hilos colgaban de decenas de ganchos y se perdían después en las profundidades de la habitación.

Era por ellos por lo que Nestor y su pequeño compañero de viaje habían recorrido tanto camino: habían descubierto que los Hilos de Ariadna eran el único medio para orientarse en los inmensos meandros del Laberinto.

La funcionaria rubia llevaba unas graciosas gafas con forma de mariposa y examinaba una decena de carretes blancos, colocados el uno sobre el otro como una torre de naipes. La que estaba sentada a su lado, la pelirroja, se hallaba rodeada de diccionarios y repertorios, de tomos y registros, reglamentos y códigos. Nada más verlos, Nestor pensó en sus libros de Villa Argo y lanzó un suspiro, mientras la funcionaria morena cogía unas tijeras, cortaba uno de los innumerables hilos que había a su alrededor y sellaba un folio.

—El hecho es, señoritas... —empezó a decir el viejo jardinero, esforzándose por mantener un tono tranquilo—, que ya llevamos dando vueltas de una oficina a otra bastante tiempo y...

—Aquí el tiempo no cuenta, caballero —observó la morena mientras cortaba otro hilo.

Nestor respiró hondo.

—Pero nosotros llevamos mucho retraso y tenemos... tenemos que llegar hasta los Puertos Oscuros sin falta, ¿comprenden?

La rubia abrió los ojos de par en par para darle a entender que lo había comprendido perfectamente. La pelirroja la miró. La morena cortó otro hilo.

—Es que los señores Cartógrafos nos han dicho que teníamos que venir aquí a coger un Hilo de Ariadna... de color negro, si no me equivoco.

—¡Sí! ¡No se equivoca! —gritó la rubia, cogiendo un hilo negro de entre los que la rodeaban.

Nestor sonrió.

—Perfecto. Por fin nos hemos entendido.

—Es normal que los Cartógrafos les hayan mandado aquí —intervino la pelirroja—. Nosotras somos las encargadas de entregar los Hilos.

—Y de controlar los plazos —saltó la morena, que cortó otro hilo y selló otro folio.

Nestor carraspeó.

—Muy bien, pues entonces nos hace falta un Hilo de Ariadna negro para dos personas y...

—Por desgracia, según el Reglamento no es posible —recordó la pelirroja, señalando al Flint pequeño—. ¡Nada de niños en los Puertos Oscuros!

—¡Yo no soy ningún niño! —volvió a protestar el Flint pequeño.

—¿Por qué no es posible? —preguntó la rubia, bastante desilusionada.

La pelirroja abrió una serie aparentemente casual de códigos y codicilos, y leyó el párrafo que decía:

—«En el artículo cuarenta y cinco del reglamento interpretativo del addendum vayaustedesaber del convenio imaginario, se dice que los “lactantes” pueden recibir como mucho el Hilo blanco, los “niños” los de color rosa, verde, naranja y azul claro, y los “muchachos” los de color rojo y fucsia...» —La mujer alzó los ojos de los miles de palabras que atiborraban el reglamento y resumió—: Por lo tanto, podemos conceder un Hilo de Ariadna negro tan solo al anciano.

Al oír que le llamaban así, el jardinero de Villa Argo no pudo contenerse.

—¡Cuidado con lo que dice! —gruñó—. ¡Yo no soy ningún anciano!

—¿Lo ve? —añadió el Flint pequeño—. ¡Esas tres nos están ofendiendo!

—¿Puedo saber cuántos años tiene? —preguntó entonces la morena.

Nestor respondió, y la rubia exclamó:

—¡Pues se conserva usted muy bien!

—Técnicamente —prosiguió por su parte la pelirroja sin inmutarse—, en virtud del artículo sesenta y uno, por su edad usted forma parte del grupo «casi decrepito», lo cual le da derecho a un descuento especial y a una mochila de regalo.

—¡No quiero ninguna estúpida mochila! —se enfureció Nestor—. ¡Solo quiero mi Hilo!

—Vamos, cójala —insistió la rubia, ofreciéndole una mochila bastante grande—. ¡Es muy práctica!

—Y tú vuelve cuando tengas la edad, ¿vale, enano? —concluyó la pelirroja dirigiéndose al Flint pequeño, que se preguntó por qué no habría llevado consigo un lanzallamas.

Nestor sopesó con atención primero la mochila y a continuación al chico. A lo mejor estrujándolo un poco cabía dentro...

—Ahora tengo que hacerles algunas preguntas, caballeros... —dijo entonces la rubia.

El viejo jardinero la miró con aire interrogativo.

—Vamos a ver... ¿Está usted seguro de que quiere ir a los Puertos Oscuros? ¿Sabe que son lugares muy peligrosos de los que es posible que no regrese jamás?

—Sí, lo sé —mintió Nestor.

—¿Por qué motivo quiere entrar en los Puertos Oscuros? —siguió preguntando la rubia.

—Estoy buscando a alguien.

—¿Puede ser más concreto? ¿Busca a un monstruo? ¿A un demonio? ¿A un asesino?

—Estoy buscando a mi mujer.

—Así que su mujer es una ciudadana de los Puertos Oscuros... —dedujo la rubia—. ¿Y a qué se dedica exactamente? ¿Degolladora? ¿Envenenadora? ¿Asesina en serie?

—¡No, no! ¡Nada de eso! Yo... —Nestor resopló—. Creo que la han secuestrado.

—Secuestradora —decidió la rubia, marcando una de las respuestas impresas en el formulario.

Nestor se dispuso a protestar, pero después decidió dejarlo correr.

—¿Le han arrestado alguna vez en un lugar imaginario? —prosiguió la funcionaria.

—¿Cómo?

—Si responde que sí puede disfrutar de algunas pequeñas ventajas.

—No. No. No me han arrestado nunca.

—¿Ha realizado alguna vez labores de espionaje, sabotaje, violación de las normas sobre exportación de objetos imaginarios o cualquier otra actividad ilegal?

—Yo... no... Bueno... he ido coleccionando recuerdos de mis viajes, pero nada más.

—¿Y lo ha hecho ilegalmente?

—¡Y yo qué sé! Los he comprado o... canjeado por otros objetos. Le gustaban a mi mujer y...

—De acuerdo, yo pongo «ilegalmente» y después si usted quiere lo corregimos —cortó tajante la rubia—. Y una vez en los Puertos Oscuros, ¿tiene usted intención de cometer actos terroristas contra otros Lugares Imaginarios? ¿Ha organizado o fomentado alguna vez la destrucción total de un lugar imaginario? ¿Ha evadido o intentado evadir impuestos en un lugar imaginario?

Nestor decidió que ya era suficiente.

—Oiga, ¿hasta cuándo va a durar esta pantomima? —saltó.

—Responda sí o no.

—No. ¡Pero de todas formas, si fuera un evasor de impuestos, no iba a venir a decírselo a ustedes!

La rubia escribió apasionadamente un par de líneas más y luego le pasó el folio a la pelirroja, que lo selló y se lo devolvió a su colega.

Entonces le entregaron el folio a Nestor.

—Ya está —dijo la rubia con una sonrisa.

—¿Esto es todo? —preguntó el jardinero, mirando el folio con el ceño fruncido.

—Llévelo a la oficina de aquí al lado para que le den el visado —explicó la pelirroja—. Mientras tanto nosotras le preparamos su carrete de Hilo negro. Vuelva aquí con el visado sellado y podrá recogerlo y seguirlo hasta la verja de entrada de los Puertos Oscuros.

—Y cuando llegue, yo cortaré el hilo —añadió la morena, al tiempo que levantaba las tijeras con un gesto elocuente.

—Y después... ¿cómo vuelvo? —preguntó Nestor confuso.

—¿Volver? —le preguntó la rubia mirando sorprendida a sus colegas.

—Me temo que hay un error, caballero —intervino la pelirroja.

—Nadie ha vuelto nunca de los Puertos Oscuros —dijo la morena.

—No, no. Nadie —recalcó la rubia.

—Se trata de un permiso solo de ida —concluyó la pelirroja.





### Capítulo 3

## ***El ACCIDENTE***

Jason Covenant no podía creerlo: lo había conseguido.

Estaba en el tejado de Villa Argo, colgado con una mano de lo que, hasta pocos segundos antes, era el umbral de la puerta de la torre. Donde se encontraba la habitación preferida de Ulysses Moore, ahora se abría un abrupto precipicio sobre el que le colgaban los pies peligrosamente.

Todavía podía oír el eco del último cañonazo y el estruendo de la torre al precipitarse en el patio. Sintió un escalofrío. El aire frío de la noche le crispaba la piel, colándose por debajo del jersey y del pijama, que no había tenido tiempo de cambiarse.

Alargó una mano para lanzar el carillón al interior de la casa. A continuación se agarró mejor al listón de madera del umbral e, impulsándose con los dos brazos, se aupó hacia arriba.

Una vez dentro, se sacudió nerviosamente la ropa y se dio cuenta de que le castañeteaban los dientes por la tensión. Era como si las luces eléctricas hubieran enloquecido: se encendían y se apagaban sin motivo. De la puerta de la biblioteca salían folios y páginas de libros, que iban a posarse como mariposas moribundas sobre lo que quedaba del suelo del pasillo.

Por último reparó en unos gritos angustiados procedentes del exterior: reconoció las voces de sus padres y de su hermana. Gritaban su nombre.

Se concedió unos segundos para respirar. Tosió y aspiró el aire suficiente para responder:

—¡Estoy bien! ¡Bajo enseguida!

Luego se escondió el carillón debajo de la ropa y saltó por encima de los escombros que había junto al espejo. Pasó por delante de la puerta de la biblioteca, pero no quiso mirar dentro. En el pasillo del piso de arriba vio que la trampilla que llevaba a la buhardilla se había abierto de par en par por el golpe.

La sede de los guardianes de Kilmore Cove.

Todos aquellos objetos que habían conservado allí durante tantos años, todos aquellos secretos desaparecidos para siempre...

Procuró no pensar en nada y llegó hasta el cuarto de su hermana. Abrió la puerta. Olía a manzanilla y a jarabe para la tos. Intentó encender la luz, pero fue inútil. Entonces buscó a tientas algo que Julia había encontrado por casualidad en el cajón de una mesilla, allá abajo, en la ciudad. Habían pasado pocos días, pero parecían años.

Fuera resonó el pitido del claxon, que el señor Covenant estaba tocando furiosamente. Muy a su pesar, Jason reconoció que no le quedaba tiempo: tenía que irse de allí.

Bajó corriendo las escaleras ruinosas, pasó por encima de los sofás del porche y salió al patio. Se encontró en medio de una nube de polvo y detritus. Más allá, en dirección a la verja de entrada, vio las dos luces traseras rojas del coche.

El señor Covenant estaba de pie junto al vehículo, con la puerta abierta y la mano en el claxon.

—¡Jason! ¿Quieres que nos dé un infarto? —exclamó cuando lo vio llegar.

Sin decir palabra, Jason fue corriendo a su encuentro y lo abrazó. Su padre le devolvió el abrazo, apretándolo con tanta fuerza que casi lo ahoga.

—¡Vámonos de aquí, deprisa! —dijo al final el señor Covenant al tiempo que abría la puerta. Del interior salió una luz cálida, protectora.

Jason se hundió en el asiento de atrás, junto a Julia, que lo miró fijamente en silencio, con los ojos aún llenos de angustia, y lo abrazó. La señora Covenant, sentada delante, miró a sus hijos tapándose la boca con la mano, incapaz de expresar el torbellino de emociones que sentía en ese momento.

El señor Covenant metió la primera y el coche arrancó. Un momento después, se oyó un silbido, una llamarada atravesó los árboles y otra bala de cañón fue a estrellarse contra Villa Argo.

Jason y Julia se dieron la vuelta para mirar por última vez la vieja casa sobre el acantilado. Allí estaba, orgullosa y herida: la montaña de escombros y cristales de la torre derruida, el tejado arrancado, la buhardilla destrozada y las hojas de los libros de la colección de Ulysses Moore que salían planeando por las ventanas.

—No está pasando de verdad... —murmuró Julia.

Jason no quiso mirar de nuevo: siempre había pensado que aquella casa estaba viva o habitada por un espíritu protector, el mismo que todas las

noches cambiaba los muebles de sitio y volvía a colocar en su lugar los objetos de las vitrinas. Un espíritu que tendría que haber impedido que sucediera lo que estaba sucediendo. El espectáculo era de una tristeza tan desoladora que les atenazó el corazón.

Había luchado para proteger aquella casa, contra Oblivia primero y los Incendiarrios después, contra el doctor Bowen y los primos Flint. No era justo que acabara así.

No podía acabar así.

Algo delicado empezó a tamborilear sobre los cristales.

—¡Solo nos faltaba la lluvia! —exclamó exasperado el señor Covenant, que encendió el limpiaparabrisas. Por el cristal se extendió una capa de suciedad impenetrable.

—¡No se ve nada! —gritó su mujer, histérica.

—¡Ya, ya! ¡Maldita sea! —rugió él, cogiendo la carretera que bajaba a Kilmore Cove.

—¿Se puede saber adónde vas?

El señor Covenant encendió y apagó el intermitente tres veces antes de decidirse a moverse.

—¡Al pueblo!

—¡¡¡NOS ESTÁN ACRIBILLANDO A CAÑONAZOS!!! —vociferó la señora Covenant—. ¿Y TÚ QUIERES IR AL PUEBLO?

—¡Podrían necesitar ayuda! —replicó el marido.

La señora Covenant le asió con fuerza la muñeca.

—¡No importa! ¡Tenemos que pensar en nosotros! ¡Tenemos que huir de aquí!

Jason negó con la cabeza. «¿Huir?» La batalla acababa de empezar. ¡No podían irse justo ahora! Miró a Julia: ¡al fin y al cabo ellos seguían siendo los guardianes de Kilmore Cove!

Su hermana le devolvió la mirada y se acercó para abrazar a su madre desde el asiento de atrás.

—Papá tiene razón —le dijo con mucha calma—. Los otros no nos abandonarían nunca...

La señora Covenant sollozó de nuevo, quedamente.

—Lo sé... —contestó con un hilo de voz.

Nadie dijo nada durante un buen rato, mientras el señor Covenant, esforzándose por distinguir algo a través del parabrisas mugriento, cogía la carretera de Salton Cliff para bajar a Kilmore Cove.

De repente un rayo iluminó el cielo nublado y cayó sobre el mar como un árbol eléctrico. La lluvia caía con furia. Los limpiaparabrisas se movían a toda velocidad.

—No teníamos que haber venido a vivir aquí... No teníamos que haber venido... —sollozaba la señora Covenant—. Nosotros somos de ciudad...

Después, cuando llegó el ruido del trueno, se calló.

Sentados en el asiento de atrás, Jason y Julia se arrimaron el uno al otro.

—¿Has cogido el cuaderno? —susurró Jason a su hermana.

Ella asintió.

—Y tú, ¿has cogido el carillón?

—Sí. Comprueba si hay alguien...

Julia abrió el cuaderno de Morice Moreau, el pequeño cuaderno de viaje a través del cual podía comunicarse con los lectores que tenían cuadernos idénticos al suyo. Lo hojeó rápidamente, pero no encontró a nadie asomado a sus páginas en ese momento. Ni Anna ni Malarius Voynich ni mucho menos Ultima.

—No. Estarán todos durmiendo.

—¿Voynich también? —saltó Jason—. ¿No se despierta ni con los cañonazos?

Mientras descendían por el vertiginoso trazado de curvas del acantilado, observaron con mayor atención el bergantín negro fondeado en el centro de la bahía: los monos que formaban su extraña tripulación iban vestidos de marineros, con calzones y camisas atadas a la cintura. Algunos saltaban ágilmente de cuerda en cuerda, otros corrían sobre el puente para prender las mechas de los cañones con grandes antorchas encendidas. Habían echado dos chalupas al mar y se dirigían hacia el puerto, pero desde esa distancia los chicos no pudieron ver si estaban tripuladas por hombres o por otros monos.

El único ser humano al que distinguían con claridad era el capitán del barco.

No cabía duda.

—Es el capitán Spencer —murmuró Jason.

Y Julia asintió.

Los dos hermanos se cogieron de la mano para infundirse ánimos.

Jason revisó mentalmente todo lo que Black Vulcano les había contado la tarde anterior para intentar averiguar si había alguna conexión entre los acontecimientos de las últimas semanas y la llegada al pueblo del bergantín: la huida de Nestor, la trágica muerte del doctor Bowen, la inundación del

pueblo, el viaje de regreso de Arcadia a través del Laberinto... Pero, por más que se esforzaba, no conseguía encontrar ninguna relación.

Julia, mientras tanto, miraba a través del parabrisas sucio la carretera que se extendía ante ellos y empezó a contar cuántos de sus amigos estaban en Kilmore Cove. Nestor había desaparecido llevándose las cuatro llaves consigo. Leonard y Calypso llevaban semanas en el mar. Anna Bloom había vuelto a Londres con su padre y los hermanos Tijeras. Rick y Tommaso seguían en la Venecia de 1751...

Notó que un escalofrío le recorría la espalda. La verdad era que, salvo por Black Vulcano y ellos dos, en Kilmore Cove no quedaba nadie. Nadie que pudiera ayudarlos.

La lluvia empezó a caer con fuerza, y el señor Covenant aminoró la marcha de nuevo. Tras la siguiente curva, divisaron las primeras casas del pueblo. Más allá de la cortina gris de lluvia, se entreveían las luces encendidas y, en las calles, filas y filas de paraguas. Al oír los cañonazos en el acantilado, todos los habitantes del pueblo habían salido a la calle para ver qué ocurría.

—¡Mirad! —exclamó el señor Covenant cuando vio a todas aquellas personas agolpadas en el paseo marítimo. Se sintieron un poco menos solos y algo más aliviados.

Jason buscó con la mirada las dos chalupas que había visto desde lo alto del acantilado, pero no las encontró por ningún lado. ¿Habrían desembarcado ya? Apoyó la frente en el cristal de la ventanilla y se protegió los ojos con las dos manos para mirar fuera. El bergantín estaba dando la vuelta, el capitán Spencer se estaba arremangando, los monos preparaban más balas de cañón.

—¡Papá! ¿Puedes ir un poco más rápido? —se lamentó Jason, impaciente por saber qué estaba ocurriendo.

—¡Ah, sí! ¡Perdonad! —se disculpó el señor Covenant y aceleró de golpe. Se oyó una explosión, y los cuatro dieron un respingo.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó asustada la señora Covenant—. ¿Un trueno?

Después se oyó otra.

Por encima del pueblo, largas lenguas de fuego arañaron el cielo. La gente que había en la playa gritó y se dispersó, huyendo con sus paraguas atropelladamente. Los primeros cañonazos cayeron sobre las casas y cundió el pánico.

—¡ROBERT! ¡NO! ¡VOLVAMOS ATRÁS! —gritó la señora Covenant, agarrándose a su marido.

—¿ADÓNDE? —chilló a su vez el señor Covenant. Intentaba sujetar el volante mientras su mujer le aferraba el brazo y la pierna derecha como para permanecer conectada a esa pizca de realidad que aún los rodeaba. Parecían dos maniqués paralizados por el miedo.

—¡Papá, cuidado! —gritó entonces Jason, señalando la carretera.

—¡ROBERT!

Un grupo de extrañas figuras apareció de repente en mitad de la carretera. El señor Covenant tocó el claxon para ahuyentarlas y dio un volantazo, frenando y acelerando al mismo tiempo. El coche derrapó sobre el asfalto mojado como un trineo sobre el hielo y se salió de la carretera, por el lado del mar. El guardabarros golpeó con fuerza una roca, y después el coche se deslizó entre arbustos y peñascos por la ladera que descendía hasta la playa.

Fue cuestión de segundos, pero pareció una eternidad.

A los pies de la ladera, el capó del coche se hundió en la arena. Los faros y el motor se apagaron. Solo se oían el golpeteo de la lluvia en el techo y el movimiento alocado del limpiaparabrisas.

—¿Robert? —preguntó la señora Covenant bajo el chaparrón torrencial.

—¿Miriam? —dijo el señor Covenant.

—Chicos, ¿estáis bien?

Alguien bajaba corriendo por la ladera por la que se habían salido de la carretera.

En los ojos de los señores Covenant permanecía aún impresa la imagen de esas figuras salidas de la nada y cegadas por los faros del coche.

Espadas.

Sombreros.

Colas.

—Chicos, ¿todo bien ahí detrás?

Algo arañó las puertas del coche. Unos pasos movieron las piedras.

La señora Covenant se giró justo en el momento en el que alguien o algo rodaba por encima del techo del coche.

—¡ROBERT!

Una cimitarra oxidada golpeó el parabrisas, que se hizo añicos.

—¡MIRIAM!

A través de las ventanillas, los señores Covenant vieron una decena de figuras encorvadas que rodeaban el coche.

—¡Los chicos! ¡Han desaparecido!



**Morice Moreau**

Conservo el recuerdo de sus dibujos en el fondo del corazón, como sucede con todo aquello que se ha visto con los ojos de la juventud.

Por eso nunca he creído en las oscuras leyendas en torno a su desaparición...





Capítulo 4  
**La CARTA**

Malarius Voynich se despertó de golpe. Le había parecido que la casa de la maestra Stella estaba temblando. Como si se estuviera produciendo un terremoto.

En la oscuridad, lentamente, buscó a tientas la lámpara de la mesilla. Cogió el interruptor con forma de pera y se quedó así, sin encenderlo, semicubierto por las mantas y embobado aún por el sueño.

Quizá no había sido más que una pesadilla.

Permaneció escuchando, y lo primero que oyó con claridad fue la lluvia. Esa era la explicación, se dijo, al tiempo que soltaba la pera y se cubría del todo con las mantas: el ruido que había oído antes solo había sido un trueno.

Se tumbó de lado, porque la montaña de pesadas mantas no le dejaba estirar bien los dedos de los pies, y metió las manos debajo de la almohada, disfrutando de aquella agradable sensación de aprisionamiento.

Era una de esas tormentas que...

Se oyó un segundo estruendo. Después, una explosión. Y todo el suelo de la casa se estremeció como si fuera de papel. Malarius Voynich se encontró de pie encima de la cama de repente, arrebuñado en las mantas como si fueran una capa.

El ruido cesó, pero durante unos interminables segundos los vasos, los jarrones y los objetos de plata de la maestra Stella siguieron temblando.

¡Un rayo debía de haber dado de lleno en la casa!

Bajó de la cama y, arrastrando las mantas, fue hasta la ventana. Echó una ojeada a través de las contraventanas y vio a algunas personas que corrían por la calle. Las oyó gritar, pero el ruido de la lluvia le impidió distinguir lo que decían. Después alzó la vista. Miró la casa de enfrente y vio que una de las paredes se había derrumbado: una nube de humo y polvo se alzaba del cráter que se había abierto en el suelo.



—¡Qué horror...! —murmuró Voynich, preocupado.

Dejó caer al suelo las mantas y empezó a mover el pestillo de la ventana arriba y abajo hasta que consiguió abrirlo. El fragor de la lluvia aumentó.

Abrió de un manotazo las contraventanas, se llevó las manos a los lados de la boca y formó una especie de bocina para gritar:

—¿Qué ha pasado? —La pregunta no llegó a salir de su boca. Miró al cielo y vio unos arcos luminosos que atravesaban la capa de nubes tormentosas, oyó el silbido de los cañonazos que caían sobre las casas y el ruido de las paredes derrumbándose.

El desconcierto le hizo perder el equilibrio. Cayó al suelo y empezó a andar a gatas por la habitación, intentando asimilar lo que acababa de ver.

Por la ventana abierta a su espalda entraron ráfagas de lluvia y más gritos.

Voynich encontró su ropa a tientas y se la puso como pudo, una prenda encima de otra. Estaba a punto de salir de la habitación cuando, en el último momento, se acordó del cuaderno de Morice Moreau y de las páginas de su manuscrito: *Corazón sin dueño*.

Se guardó el primero en el bolsillo y luego enrolló las hojas de la novela y se las metió debajo del jersey. Después se dirigió tambaleándose hacia el pasillo.

Tenía la impresión de que toda la casa de la maestra Stella se había inclinado sobre sus cimientos y se balanceaba como una nave. Las cabezas de los animales disecados parecían a punto de saltar de las paredes de un momento a otro.

De repente vio una lucecita que danzaba en la penumbra del piso de arriba.

—¿Señora Stella? —preguntó.

Otro estruendo, y la casa entera vibró como una copa de cristal. Una cabeza de caballo cayó de la pared y rodó dando botes por las escaleras.

—¡Dios mío! —exclamó la maestra Stella en la planta de arriba.

Voynich acudió corriendo y se la encontró acurrucada en un rincón del pasillo, con un candelabro en la mano y una luz trémula alumbrándole el rostro.

—¿Está usted bien? La ayudo a levantarse.

La anciana maestra del pueblo alzó sus intensos ojos claros para encontrar los ojos pequeños y demasiado juntos de su huésped.

—Ay, qué horror, señor Voynich... —murmuró la viejecita, al tiempo que se agarraba a su brazo. Se puso de pie y se quedó así, tambaleándose, con un aspecto frágil e indefenso.

—Deme la luz... —susurró Voynich con dulzura.

—Sí, sí. Claro.

—Y póngase algo. Debemos... —Voynich no tenía la menor idea de lo que debían hacer, pero tampoco tenía ganas de quedarse aprisionado en la casa bajo un bombardeo—. Debemos salir de aquí.

—Nos están atacando, ¿verdad? —preguntó la maestra Stella, como si fuera lo más natural del mundo—. Bueno, antes o después tenía que pasar.

Voynich abrió la boca para decir algo, pero no le salieron las palabras.

—¡Dios mío! —dijo entonces Stella—. Si por lo menos viviera aún mi marido...

—Salgamos de aquí —insistió Voynich.

La anciana maestra de escuela asintió, confortada por la presencia de un hombre y sumida en sus propios pensamientos.

—Tiene que hacerme un favor, señor Voynich.

—¡Claro! —respondió él, impaciente—. Pero...

—Es muy importante, créame. Es de la máxima importancia. De verdad.

—¡Sí, sí! No se preocupe. ¿Le cojo el abrigo?

—Yo soy bastante lenta, señor Voynich.

—Si quiere, puedo llevarla en brazos...

—Gracias, pero tengo mi dignidad. —La maestra Stella sonrió—. Pero podría... hacerme ese favor. Eso sí.

El cielo rugió, y después un silencio sepulcral se cernió sobre ellos. Voynich imaginó confusamente las trayectorias luminosas de otros proyectiles que se abatían sobre Kilmore Cove.

—Señora Stella, haré todo lo que usted quiera, ¡pero démonos prisa!

—Entonces, sígame, por favor. Y disculpe si le pido que entre en mi dormitorio...

La maestra Stella le ordenó que dejara el candelabro encima de un elegante escritorio que había en un rincón de la habitación. Después le dijo que abriera el armario y sacara una caja de zapatos.

—Perdone... —murmuró perplejo—. ¿Cuál tengo que...?

—Una cualquiera. Basta con que no tenga zapatos dentro.

Voynich cogió una caja que olía a mejorana, la abrió, la inclinó hacia la luz de la vela para asegurarse de que estaba vacía y regresó junto a la maestra Stella, que entretanto había cogido una hoja de papel con membrete y una larga pluma y se había sentado al escritorio. Sin dejar de escribir, la anciana señaló el celo y el papel de envolver marrón que estaban en el fondo de un cajón.

—Llene la caja de periódicos... y meta también algo pesado, por favor: los paquetes demasiado ligeros suelen perderse.

—¿Perdone...?

—Haga lo que le digo, por favor —le ordenó ella, con toda la autoridad de una maestra.

Voynich obedeció sin rechistar.

Un par de minutos más tarde, el paquete estaba casi listo. La maestra Stella dobló la carta que había preparado y la metió dentro. Después le pidió a Voynich que lo cerrara bien.

—Ya está —dijo satisfecha—. Y ahora solo falta la dirección correcta. ¡Ay, qué memoria la mía! ¿Sería tan amable de copiarla de ahí?

Señaló un periódico doblado que había encima de la mesilla: *L'Écho des Fantasies*.

—¿Qué tengo que copiar?

—Lea la cabecera...

—*El periódico oficial de los Lugares Imaginarios...* —murmuró Malarius Voynich.

—Justo después.

—Pero ¿se puede saber qué estamos haciendo?

La casa retumbó bajo un nuevo cañonazo, y un espejo cayó al suelo haciéndose añicos. La vela se apagó, y la maestra Stella se apresuró a encenderla de nuevo.

—¡La dirección, señor Voynich! ¡Por favor!

Malarius Voynich miró el periódico, encontró una dirección y la escribió, irritado, en el paquete.

—¡Ya está! —refunfuñó, como si estuviera hablando con una loca—. ¿Y ahora?

—Ahora tiene que tener mucho cuidado con el paquete —dijo la maestra sujetándolo con fuerza—. Vaya a Correos, a la ventanilla de la derecha y mándelo. ¡Lo antes posible y pase lo que pase!

—Señora Stella, Correos...

—Ah, no se preocupe, la ventanilla de la derecha funciona siempre, incluso cuando estamos en guerra. Y seguro que entregarán mi paquete. Confíe en mí. Solo tiene que ir usted a Correos y echarlo donde le he dicho. Esta misma noche.

Voynich meneó la cabeza, confundido.

—¿Puedo al menos saber por qué?

—Le he confiado mi dimisión y una petición de ayuda, señor Voynich... —respondió con total serenidad la maestra Stella Evans—. Es muy largo de contar, y ahora no es el momento adecuado, pero... tengo mis razones para pensar que Kilmore Cove estará más seguro cuando el paquete llegue a su destino.

—¿Dimisión y petición de...?

—No sé si lo sabe, pero los países imaginarios son mucho más peligrosos que los reales. Hay un ataque en curso y, si el oído no me engaña, eso son cañonazos...

—Lo son —confirmó Voynich.

—Exacto. —La maestra meneó la cabeza—. Creo que fui demasiado impulsiva hace unos años. Tendría que haber enviado mi dimisión cuando todavía estaba a tiempo. Pero llegaron esos dos chicos...

—¿Los gemelos Covenant?

Stella Evans asintió.

—Exactamente. Pensé que quizá aún podríamos resistir un poco... —Hizo un gesto brusco con las manos—. ¡Pero no importa! ¿Cómo se dice? «A lo hecho, pecho.»

La anciana asió las muñecas de Voynich. Sus dedos eran delgados y frágiles como las varillas de un abanico.

—Envíe el paquete, y si el pueblo resiste a este ataque, será el último que sufrirá. ¡Volvemos a la realidad, señor Voynich!

El hombre la miró sin entender nada, pero ella se limitó a abrazarlo fuerte y a dejar caer en su mano una pequeña llave colgada de una cadenita de plata.

—Al otro lado de la calle, hay una puerta blanca —añadió—. Era el taller de mi pobre marido. Hace mucho que no entro, pero... si no recuerdo mal, sus escopetas de caza tendrían que estar allí. Yo no las he usado nunca, pero creo que deberían de funcionar todavía. Los cartuchos están en las cajas que hay justo debajo. Por si le hacen falta. ¡Y ahora váyase, enseguida!

Voynich retrocedió medio paso.

—¿Y usted? ¿No viene conmigo?

La maestra Stella negó lentamente con la cabeza.

—Las señoras de una cierta edad, señor Voynich, tardan bastante tiempo en arreglarse. Usted vaya yendo para allá. Yo iré lo antes posible.

Y sin embargo había algo en su voz... Como si en realidad no tuviera ninguna intención de marcharse de allí.

De cualquier modo, Malarius Voynich no se lo hizo repetir dos veces. Descendió las escaleras con el extraño paquete postal bajo el brazo y, cuando llegó al piso inferior, saboreó la deliciosa sensación de notar un terreno sólido bajo sus pies.

Cogió su viejo paraguas, tomó prestada una mochila y metió dentro la caja de zapatos, el manuscrito y el cuaderno de Morice Moreau. Después abrió la puerta y se zambulló en el diluvio que se abatía sobre la calle. Enseguida vio la puerta blanca de la que le había hablado la maestra, abrió el paraguas y se dirigió hacia ella.

Si no recordaba mal, el marido de la maestra Stella había sido un apasionado taxidermista, o sea, una de esas personas que disecan y conservan los cuerpos de los animales. No conseguía entender cómo a alguien con una afición así le podía gustar también la caza. Pero eran otros tiempos, se dijo. Y cruzó la calle.

Aunque no quería admitirlo, después de la historia del paquete postal, creía que a la maestra le faltaba algún tornillo. Una pena, porque justo la noche anterior le había dedicado muchas palabras amables a su novela, y las felicitaciones le habían parecido sinceras y...

Se detuvo de golpe.

Al otro lado del callejón había un mono enorme armado con una espada y con un parche negro en el ojo.

—¡No puede ser! —masculló Malarius Voynich debajo del paraguas.

El gigantesco mono levantó su espada oxidada y emitió un gruñido salvaje.

—¡Esto es demasiado! —gritó el jefe de los Incendiaros—. ¿Es a mí a quien buscas? ¡Pues entonces, prepárate!

Con un movimiento veloz, bajó el paraguas, le dio la vuelta a la empuñadura y lanzó una gigantesca llamarada que incendió la calle de lado a lado.



Capítulo 5

*Los MONOS del MAR*

—¡Venga, vámonos! —susurró Jason a su hermana.

—¡Papá y mamá! —replicó Julia, señalando el coche, que había caído por la pendiente y del que su hermano y ella habían conseguido saltar en el último momento—. ¡Papá y mamá están todavía allí!

Jason tiró de ella.

—¡Se las apañarán! ¡No se han hecho nada!

La empujó contra el suelo. Los dos enmudecieron de golpe. A pocos metros de ellos, dos figuras encorvadas habían comenzado a subir la carretera del acantilado en dirección a Villa Argo. Jason y Julia les vieron alejarse por entre los matorrales mojados de ambos lados de la calzada.

—Jason...

—¡Chissst! ¡Nos van a oír!

Pero, con toda el agua que estaba cayendo, los cañones, que habían empezado a disparar de nuevo y el ruido de las olas que rompían contra los escollos, era verdaderamente difícil que alguien pudiera oírlos.

—Son monos —murmuró Julia, reconociendo los andares ondulantes de las criaturas que avanzaban por la carretera.

—¡Ese de ahí no!

Jason señaló una figura robusta que estaba de pie al lado del coche de sus padres. Se trataba de un hombre de piel oscura, vestido con harapos, la blusa desgarrada, la camisa sucia abierta sobre el pecho, un vistoso collar de oro y largos pendientes. Parecía ser quien daba órdenes a los monos.

—¿Crees... que les harán algo? —preguntó Julia, notando cómo se le aceleraba el corazón al pensar en sus padres aprisionados en el coche y muertos de miedo.

Su hermano negó con la cabeza, preocupado.

—No lo sé...

Era una situación absurda. Intentó poner orden a sus ideas, pero la lluvia helada se le introducía por todos y cada uno de los pliegues de la ropa, impidiéndole concentrarse. Por enésima vez le sorprendió constatar que añoraba mucho a Rick. Le habría gustado que estuviera allí con ellos para echarles una mano...

Piratas. Monos. Un bergantín con las velas negras que seguía lanzando cañonazos contra ellos sin cesar. Y sus padres prisioneros.

Había una sola respuesta a ese rompecabezas: necesitaban ayuda. Y pronto.

Parapetándose detrás de los setos para que no lo vieran desde la playa, Jason empezó a subir la carretera de la costa en dirección al pueblo.

—¿Adónde vas? —susurró Julia a su espalda—. ¡No podemos dejar aquí a papá y a mamá!

—¿Y cuál es la alternativa? ¿Que nos capturen también a nosotros? —replicó irritado su hermano—. ¡Voy a avisar enseguida a los demás!

Julia fue hasta él y lo obligó a mirarla, apartándose el flequillo de la frente.

—¿Y luego? —preguntó, conteniendo un estornudo.

—¡No lo sé, Julia! ¡No tengo la menor idea! —saltó Jason—. Pero no pienso quedarme aquí preguntándomelo. —Se volvió sobre sus talones y echó a correr hacia el pueblo.

Julia miró atrás un instante, al punto en el que sus padres se habían salido de la carretera. Después respiró profundamente, cerró los ojos y salió corriendo detrás de su hermano.

Se metieron por los callejones y aparecieron a poca distancia del paseo, donde poco antes se había reunido todo el pueblo para contemplar el espectáculo de los cañonazos procedentes de la bahía. Algunos habitantes del pueblo pasaron corriendo a su lado.

—¡Paso! ¡Dejadme pasar!

—Pero ¿habéis visto...?

—¡A los refugios, rápido!

Paraguas, impermeables mojados, una estampida general.

Los gemelos intentaron avanzar en dirección contraria al torrente de personas que abandonaban sus casas para dirigirse quién sabía adónde: todos se movían en la misma dirección, como si participaran en un maratón. Trataron de reconocer a alguien, pero para los ciudadanos de Kilmore Cove era como si fueran transparentes.

—¡Cuidado! —gritó de repente Julia cuando una bala de cañón cayó en la arena, en un punto no muy lejano de donde se encontraban ellos.

—¡Por aquí! —la llamó Jason, cruzando el paseo. Él también tenía una meta precisa en la cabeza: quería ir hasta Pempley Road y subir por la carretera hasta la estación donde vivía Black Vulcano.

Corrieron pegados a las paredes y agachándose cada vez que oían un silbido o un estallido. A la altura de la casa de Rick, doblaron la esquina de la calle principal sin mirar y se chocaron contra alguien que corría en dirección opuesta.

—¡Black!

—¡Jason! ¡Julia! ¡Gracias al cielo que estáis bien!

El empleado de ferrocarriles de Kilmore Cove se pasó una mano por la barba, tupida como un bosque, de la que caían regueros de lluvia, y señaló Villa Argo, envuelta en la oscuridad.

—¡Pensaba que no volvería a veros!

Llevaba una amplia capa negra que le hacía parecerse a un murciélago gigante y sujetaba en una mano un largo catalejo extensible.

—¿Y vuestros padres?

—Los han cogido.

Black puso sus manos primero en los hombros de Jason, después en los de Julia.

—¡Ya veréis como volvéis a abrazarlos muy pronto!

—Es Spencer, ¿verdad? —preguntó Julia, señalando el bergantín que había en medio de la bahía.

Black la miró durante unos instantes. Después asintió con gesto sombrío. Le dio el catalejo a Jason, que lo extendió y lo dirigió hacia el navío. Tardó un poco en distinguir al comandante.

—Maldito seas.

—Y que lo digas. Es como una enfermedad crónica. Crees que te has curado y, cuando menos te lo esperas, vuelve.

En el centro de la lente había un hombre de perfil aguileño, que contemplaba con indiferencia el proceso de destrucción de Kilmore Cove. Estaba apoyado contra el costado de la nave, las manos detrás de la espalda. Iba vestido con un elegante uniforme de marinero con los botones dorados y llevaba una gorra con un ancla de oro calada sobre la frente y un extravagante collar de calaveras colgado al cuello.

—Mírale las orejas —dijo Black.



Jason desplazó lentamente el catalejo y se dio cuenta de que a Spencer le faltaba un trozo de la oreja derecha. Un recuerdo de su último encuentro con Ulysses Moore... Lo bajó de golpe.

—¿Qué ha venido a hacer aquí?

Black meneó la cabeza.

—Por ahora, a hacernos saber que está muy, muy enfadado.

Julia le quitó a su hermano el catalejo de las manos.

—Ayer nos dijiste que... lo habíais dejado en una isla de la que no podía salir. Y que le quitasteis la nave.

—Así es —afirmó Black—. Y su antigua tripulación se amotinó. No entiendo cómo ha podido escapar.

—¿A lo mejor volvieron a rescatarlo? —aventuró Jason.

—A lo mejor. Pero me pregunto cómo encontraron el bergantín...

—Pero... ¿es el mismo?

—Sí, no hay duda: el *Mary Grey*, su inconfundible bergantín con las velas negras... Y sin embargo, les vendamos a todos los ojos. Y, como os dije, la nave estaba escondida en una ciénaga impenetrable. Eso sin tener en cuenta que... ¡rayos y truenos! ¡Es... imposible!

—¿Qué es imposible?

Black parecía completamente trastornado.

—Aunque haya escapado de la isla, aunque haya recuperado su navío y reunido una tripulación... ¡es imposible que haya encontrado la ruta hacia Kilmore Cove! ¡Imposible!

Julia volvió a otear el puente del bergantín.

—No está solo.

—¿A quién más ves? —le preguntó Jason.

—A alguien con el rostro oculto por una capucha. No tiene las manos de mono.

—Con el tipo que hemos visto al volante del coche, en total son tres humanos —recordó Jason.

—¿Qué tipo? —preguntó Black, saliendo de su ensimismamiento.

Jason le contó brevemente lo que había pasado, y el ex ferroviario asintió, ahondando en sus propios recuerdos.

—¿Le habéis visto la nariz? ¿La tiene rota aquí y aquí?

Jason asintió.

—¿Lo conoces?

—Creo que puede ser un miembro de su antigua tripulación. ¿Cómo rayos se llamaba...? ¡CUIDADO!

Los tres se pegaron a la pared, mientras una ráfaga de proyectiles se abatía sobre las fachadas de los edificios del paseo marítimo.

—¡Tenemos que detener a Spencer o arrasará Kilmore Cove! —exclamó Jason—. ¡Y tenemos que rescatar a mis padres!

—¡Sí! —respondió Black, nervioso, rebuscando ruidosamente bajo la capa—. Oídmelo: lo primero que debemos hacer esta vez es poner a recaudo a los habitantes del pueblo.

Los dos gemelos asintieron. Habían visto cómo todos corrían en la misma dirección y le preguntaron a Black si sabía el motivo.

—Lo habíamos previsto —respondió él, buscando algo en el cinturón—. Peter siempre decía que antes o después pasaría esto. Así que nos preparamos...

—¿Habíais previsto que os atacarían a cañonazo limpio?

—Bueno, para ser precisos, él tenía un miedo atroz a que lo atacara la caballería mongola. O los estranguladores de Malasia... Pero en el fondo es lo mismo.

Finalmente, dio un tirón y logró sacar del cinturón un par de enormes mazos de llaves que parecían salidos directamente de la Edad Media. Y en realidad así era: las iniciales grabadas en las llaves eran las de la forja de Balthazar, el maestro cerrajero del Jardín del Preste Juan.

—¡Tened! —exclamó Black dando un mazo a Jason y otro a Julia.

—¿Y para qué?

—Son las llaves de los refugios. —Black Vulcano golpeó con fuerza el suelo con el pie—. Ya sabéis que aquí abajo hay toda una red de grutas y túneles...

Jason y Julia asintieron.

—¡Pero lo que no sabéis es que los refugios están perfectamente equipados! O, por lo menos, *estaban* perfectamente equipados la última vez que estuvimos en ellos. Hay camas, víveres, medicinas. Las llaves deberían funcionar todavía, pero tened cuidado: las puertas de los refugios tienen un sistema de cierre especial, de manera que, una vez cerradas desde dentro, es completamente imposible abrirlas desde fuera.

—¿Y por dónde se entra en los refugios?

—Por donde van corriendo todos. —Black señaló las calles en torno a ellos—. Hay dos entradas principales: una en el colegio y la otra en la iglesia de St. Jacobs. El padre Phoenix debería estar ya allí...

—¿También él tiene llaves? —preguntó Julia.

—Claro. Pero id a echarle una mano porque le hará falta —respondió el ex ferroviario y les dio una fuerte palmada a los chicos en sus pobres espaldas.

—¿Y tú? —preguntó Jason sin aliento.

Black Vulcano cogió el catalejo de las manos de Julia.

—Yo... me voy corriendo al faro. A ver si consigo pedir ayuda.

—¿Y a quién podemos pedir ayuda, según tú? —le preguntó Jason, desconcertado.

Black se secó la lluvia de los ojos. Lo único que se le había ocurrido era que quizá podría ponerse en contacto con alguno de los amigos que estaban de viaje usando la radio «especial» que Leonard había instalado en el faro.

Sobre todo con uno en particular...

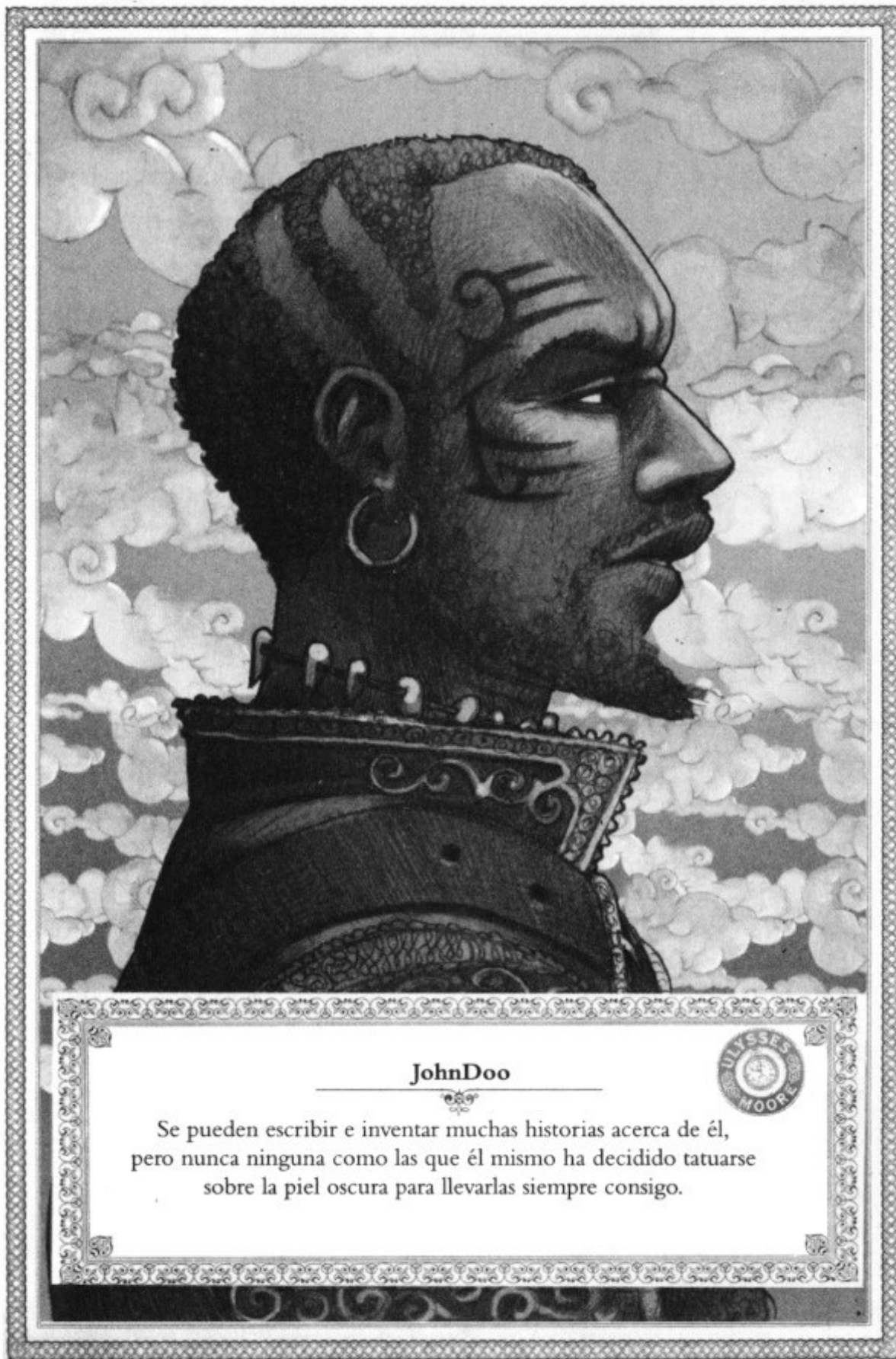
—Peter Dedalus. Estaba construyendo un arma —confesó a los chicos—. Un arma que no hemos usado nunca y que no se ha disparado ni una sola vez porque Ulysses y los demás no estaban de acuerdo, pero... —señaló el acantilado de Salton Cliff, lleno de humo— está escondida ahí abajo, custodiando la *Metis*... Si pudiera usarse, nos vendría muy bien en este momento.

—Más que bien —murmuró Jason.

Entonces Black dio una palmada.

—¡Y ahora, venga! ¡Tenemos que movernos! ¡Vamos a darle a ese pirata de tres al cuarto la bienvenida que se merece!

Nada más separarse, Jason cayó en la cuenta de que no le había dicho nada a Black del carillón. Se metió una mano en el bolsillo y lo tocó con las puntas de los dedos. Después meneó la cabeza, pensando que en el fondo ese pequeño objeto seguramente no sería tan importante como creía.



**JohnDoo**



Se pueden escribir e inventar muchas historias acerca de él,  
pero nunca ninguna como las que él mismo ha decidido tatuarse  
sobre la piel oscura para llevarlas siempre consigo.



## Capítulo 6

### *En los* **REFUGIOS**

En la carretera, los gemelos Covenant oyeron otras balas de cañón que silbaban por encima de sus cabezas, derribando chimeneas y destrozando escaparates. Con cada silbido, la gente corría despavorida a refugiarse en los zaguanes de las casas más viejas o a parapetarse tras las pasarelas que habían colocado, solo unos días antes, para atravesar las calles invadidas por el lodo.

Cuando Jason y Julia llegaron finalmente a la plaza de la iglesia, vieron que el padre Phoenix estaba haciendo entrar en el templo a la gente que se había reunido delante. Dieron unos pasos en su dirección, pero Jason se paró de golpe.

—¿Qué pasa? —le preguntó su hermana.

—He visto algo —respondió.

No estaba seguro. Con el rabillo del ojo, le había parecido vislumbrar una especie de llamarada que iluminaba por un instante las paredes del callejón de su izquierda y, justo después, a una figura encorvada que huía chillando como un animal. ¿Uno de los monos venidos del mar?

—¡No importa! ¡Déjalo! —dijo Julia tirando de él—. ¡Tenemos que ir a ver al padre Phoenix!

Jason le dio su mazo de llaves.

—Echo solo un vistazo. A lo mejor consigo encontrar un modo de ayudar a papá y a mamá. ¡Vuelvo enseguida!

—Jason... —empezó a decir Julia con tono de recriminación—. ¡A la porra! ¡Ya sé que es inútil, eres demasiado cabezota! ¡Pero intenta no meterte en líos como siempre!

Su hermano, que ya se había alejado unos pasos, se volvió un instante para guiñarle el ojo. Después se adentró corriendo por el callejón y desapareció bajo la lluvia.

Y así, en menos de cinco minutos, Julia Covenant se encontró sola en una

esquina de la plaza de St. Jacobs, bajo una lluvia que doblaba los paraguas y un bombardeo en toda regla. Y con dos gigantescos mazos de llaves medievales en la mano.

Era una situación tan absurda que casi se echó a reír a pesar de que seguía conmocionada por la captura de sus padres.

—Ánimo, Julia. Adelante... —se dijo, y echó a correr hacia la multitud que se agolpaba delante de la iglesia.

Pocos instantes después, el viejo edificio del Ayuntamiento que custodiaba la máquina demográfica de Fred Duermevela se combó sobre sí mismo en medio de una nube de polvo. Las personas de la plaza gritaron aterrorizadas. Julia pasó junto a un grupo de pescadores que intentaban ofrecer ayuda a casa de los más ancianos, mientras los bomberos y algunos policías del pueblo se afanaban dando órdenes. Pero ¿dónde estaban el alcalde y las demás autoridades cuando se producían inundaciones, incendios y... ataques pirata?

—¡Abran paso, por favor! ¡Tengo que ir a ver al padre Phoenix! ¡Déjenme pasar!

Se abrió camino entre la gente, con las llaves levantadas por encima de la cabeza para que entendieran que tenía que entregar algo importante.

—¡Padre Phoenix! ¡Soy yo! ¡Julia!

El párroco de Kilmore Cove tenía el pelo alborotado y la mirada de quien acaba de pelearse con el mismísimo demonio.

—¡Julia! ¿Estás bien?

Sin perder tiempo en formalidades, la chica le enseñó las llaves.

Al verlas, el rostro del padre Phoenix se iluminó de repente. Le indicó que lo siguiera hasta la puerta de la iglesia. Después cogió las llaves y las besó.

—¡Bendito sea el Señor! ¿Dónde las has encontrado?

—Black —respondió Julia, tomando aliento.

—¡Nos hacían mucha falta! ¡Yo tengo las de la iglesia, pero no las del colegio! —exclamó el párroco de Kilmore Cove, todavía incrédulo, antes de dirigirse a sus paisanos—: ¡Vamos, vamos! ¡Entrad con calma! ¡Id a la casa parroquial y una vez allí bajad las escaleras! ¡Los monaguillos os mostrarán el camino!

Dio un paso atrás y se hizo a un lado con Julia.

—Yo tengo que quedarme aquí. Por ellos... —explicó señalando a las personas que se daban empujones para conseguir llegar a la entrada de la casa parroquial—. Pero... ¡Eh, tú y tú!

Al oír que los llamaban, dos chicos se acercaron con paso vacilante. El padre Phoenix señaló a Julia y ordenó a los chicos:

—Vosotros dos, id con ella. Y haced todo lo que os diga ¿de acuerdo? — Después miró a Julia—. Id al colegio y abridlo: la entrada a los refugios está en el sótano, detrás del cuarto de limpieza. Reunid a todas las personas que podáis y llevadlas allí.

Julia asintió, todavía un poco trastornada.

—Vale.

—Sé que puedo fiarme de ti. Lo conseguirás —le dijo el padre Phoenix al tiempo que le estrechaba los hombros para darle su bendición.

Jason llegó hasta la esquina del callejón, se asomó y echó un vistazo al otro lado. No había nadie, excepto un hombrecillo con un largo paraguas negro, agachado delante de una puerta blanca, que no paraba de trajinar con una llave.

—¡Señor Voynich! —lo llamó, reconociéndolo enseguida.

El jefe de los Incendiaros levantó su paraguas instintivamente y apuntó a Jason, dispuesto a disparar de nuevo.

—¡Soy yo! —gritó el chico, que salió al descubierto con las manos arriba.

Voynich bajó el paraguas, y Jason se dirigió hacia él, empapándose hasta los huesos.

—Creía que era otra de esas malditas bestias —susurró Voynich, y dio un enésimo e inútil tirón a la llave de la cerradura—. ¡Maldición!

—Déjeme a mí —se ofreció Jason—. Usted vigile.

La llave se había quedado encajada en la cadenita del llavero de plata. Todo estaba húmedo y escurridizo debido a la lluvia, pero Jason consiguió soltarla y girarla. Dio un pequeño empujoncito y entraron. Buscaron a tientas un interruptor y, unos segundos después, una bombilla iluminó una pequeña antesala en cuyas paredes había un montón de diplomas colgados. Jason leyó un par de ellos apresuradamente: «Ciervo de Oro 1974», «Gran Premio del Oso», «Maestro Taxidermista»...

—¿Dónde estamos? —preguntó.

—Es el taller del marido de la maestra Stella —masculló Voynich sin dar más explicaciones—. Tendríamos que encontrar algo útil...

—¿Útil como qué?

El jefe de los Incendiaros se aseguró de que la puerta blanca estuviera bien cerrada. Después se sacudió como pudo la lluvia de encima y cruzó la

pequeña antesala. Dio unos cuantos pasos y se detuvo delante de un teléfono de baquelita negra.

—Útil como esto, por ejemplo... —dijo.

Levantó el auricular, cifra a cifra marcó un largo número, esperó a que el disco volviera a colocarse cada vez en el cero y después se llevó el auricular al oído. Esperó unos cuantos pitidos mientras comunicaba, pero al final colgó con un gesto brusco, imprecando.

—¡Claro! ¡Está comunicando! Como ellos no tienen que pagar la cuenta, se pasan el día hablando por teléfono. ¡Incluso a las cuatro de la mañana! Lo primero que voy a hacer en cuanto acabe esta historia es cerrarlo todo, clausurar el club. ¡Al diablo los Incendiaros y el número secreto para las llamadas de emergencia!

Furioso, Malarius Voynich pasó a la habitación contigua, seguido de cerca por Jason.

Vieron los primeros animales disecados, colocados en las estanterías de las paredes: un pavo real, un papagayo gris, una gacela. Los armarios estaban a rebosar de los instrumentos de ese arte ahora olvidado: tijeras, pinzas, reglas, recipientes con jabón, cubetas de distintos tamaños, algodón de varios tipos, disolventes, colas, siluetas de poliestireno, cestas con serrín, esqueletos de alambre, bolitas de cristal pintado, gomaespuma.

—Aquí no están... —refunfuñó Voynich, mirando a su alrededor, contrariado.

En la siguiente habitación, delante de una de las puertas traseras, había centenares de insectos colgados en las paredes. Eran preciosos. Daba la impresión de que todavía estaban vivos: las alas de los escarabajos habían conservado su brillo metálico y las mariposas parecían recubiertas de terciopelo.

Jason se quedó un rato contemplándolos, admirado, mientras Voynich entraba en la última habitación del taller.

—¡Aquí están! —exclamó el Incendiario con satisfacción.

El chico fue hasta él y se quedó con la boca abierta...

La tenue luz del techo proyectaba en las paredes la larga sombra de Malarius Voynich, que se había agachado para mirar en los cajones de un armario empotrado, dentro del cual había un par de anticuadas armas de caza: un mosquetón con carga manual y una Beretta de aire comprimido. El jefe de los Incendiaros sacó una caja y leyó a contraluz la descripción del contenido:

—«Sophor 45». Esto dormiría a un elefante. ¡Ten!



Le pasó los proyectiles anestésicos a Jason, quien levantó mecánicamente la mano para cogerlos. Pero en realidad estaba completamente ausente. Era incapaz de apartar la mirada de un punto al fondo de la habitación.

Voynich, mientras tanto, retiró las dos escopetas de los ganchos, se echó una al hombro y le pasó la otra a Jason.

—Ya podemos irnos, chico. ¡Eh! ¿Qué te pasa? ¿No has cogido una escopeta en tu vida?

Jason siguió sin contestarle.

—Pero ¿se puede saber qué haces ahí pasmado? —murmuró el Incendiario, a punto de perder la paciencia.

Jason levantó el cañón de la escopeta y señaló un enorme animal disecado que estaba a pocos pasos de ellos.

El jefe de los Incendiarios se volvió finalmente para mirar.

—¿Qué es eso tan raro? ¡A ver! Ese animal es un... un...

Pero las palabras no le salían de la boca.

—¿Qué cree que es, señor Voynich? —preguntó Jason con un hilo de voz.

—Bueno, es espantoso, y la verdad es que impresiona, pero me imagino... bueno... que no es más que un muñeco de alambre y... cartón piedra...

—¿Y si fuera de verdad?

—En ese caso tan improbable... —Voynich tragó saliva— querría decir que alguien encargó al marido de la señora Stella disecar un... ¿cómo lo definiríamos? ¿Un... dragón?

—Un dragón de verdad... —susurró Jason—. Pero ¿dónde lo encontró? ¿Y cómo consiguió capturarlo?

—No es el momento más oportuno para hacer todas esas preguntas, ¿no crees?

Voynich abrió su escopeta y metió dos cartuchos. Después la cerró con un clac seco.

Por toda respuesta, fuera se oyeron arañazos en la puerta de entrada. Después el gruñido de un animal y pasos que iban arriba y abajo.

—Chisst... —Voynich apagó las luces rápidamente.

Por debajo de la puerta blanca, llegó una respiración entrecortada y profunda, como la de alguien o algo que estuviera intentando olerlos a través de la rendija.

—Yo diría que nos han encontrado... —murmuró Voynich, que empuñó la escopeta y apuntó hacia la puerta.

Jason cargó la suya y lo imitó. ¡Un dragón disecado! ¿Por qué no lo había descubierto antes, cuando tenía todo el tiempo para analizarlo y hacer

preguntas y averiguar cómo había llegado hasta allí aquella criatura legendaria?

Un cuerpo contundente golpeó la puerta, combándola hacia dentro.

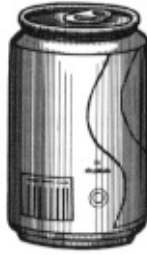
—Aquí están... —susurró el jefe de los Incendiaros—. Vamos a vender cara nuestra piel, ¿estás de acuerdo?

—Nunca he estado más de acuerdo con usted, señor Voynich... —replicó Jason.

Esperaron una segunda carga. Retrocedieron hasta el teléfono empuñando las escopetas. Voynich lo miró, bajó el arma y marcó de nuevo el número de los Incendiaros.

—¡No comunica! —susurró con el auricular pegado al oído.

Cuando el teléfono hizo ring por segunda vez, la puerta de entrada se abrió con un portazo.



Capítulo 7

## LLEGAN *los* NUESTROS

—Pues, entonces, hay dos posibilidades —resumió el de rizos dirigiéndose a su hermano gemelo.

—¿Que son...?

—La primera es que el jefe haya perdido el seso.

—¿Y la segunda?

—Que una tripulación de monos lo tenga prisionero en el taller de un taxidermista que ha disecado un dragón.

—Y solo por eso merecería la pena hacer el viaje. —El gemelo rubio se levantó del sillón y miró por la ventana que daba a Frogmal Lane. Hacía algunos minutos que había salido el sol, pero las farolas de Londres todavía emitían su pálida luz—. ¿Tú has dormido algo?

—Dos o tres horas de un tirón —bromeó el otro, buscando algo de beber en el mueble bar. No encontró nada que le gustara y fue a la cocina. Pocos segundos después se oyó un ruido sordo, seguido de un extraño chisporroteo—. ¡Puaj! ¿Cuántas veces te he dicho que no muevas las latas antes de meterlas en la nevera?

El rubio cruzó las manos detrás de la espalda y siguió mirando fijamente las farolas mientras pensaba que parecían bulbos de flores eléctricas o extraños insectos quitinosos.

—Nadie ha movido esa lata desde hace dos semanas por lo menos. O sea, desde la última vez que estuvimos en casa. —Esperó a que su hermano gemelo volviera arrastrando los pies a la habitación y le ofreciera un trago, y después le preguntó—: ¿Y entonces? ¿Qué tenemos que hacer?

—¿Qué quieres que te diga? Una tripulación de monos. Lo que nos faltaba...

—Bueno, al fin y al cabo, no es tan sorprendente. Si no recuerdo mal, nuestro agente de Venecia también tuvo problemas con los monos.

El de rizos le dirigió una mirada interrogativa y su hermano prosiguió:

—¿Te acuerdas de lo que nos contó Eco? Nos dijo que cuando capturó a Tommaso un ejército de monos enloquecidos lo liberó.

Se bebieron lo que quedaba de la lata.

—¿Quieres decir que por alguna razón que desconocemos... los monos la tienen tomada con nosotros?

El rubio meneó la cabeza, pensativo.

—La verdad es que sería un poco raro... —murmuró.

—Pues sí.

—¿Llamas tú o llamo yo?

Llamó el rubio: marcó el número mientras se examinaba las ojeras en el espejo.

—Cuando acabe todo esto, pienso pasarme como mínimo diez días de relax total en un balneario. En Bath. O mejor en Baden-Baden. O quizá en Italia, ¿por qué no?

—¿Diga? —respondió una voz al otro lado del teléfono.

—¿Pirès? ¿Te he despertado?

—¿Señor? Ah, no. No se preocupe. No me ha despertado. Me he quedado levantado examinando unos documentos. Por el asunto de las velas negras que encontramos anoche en el sótano, ¿sabe? Y también por el otro asunto. Lo de la señora De Briggs. Tengo algunas novedades interesantes.

—Nos lo cuentas después, Pirès. Ahora hay cosas más urgentes que las velas negras y la señora De Briggs. Acabamos de recibir una llamada de Voynich pidiendo auxilio.

—¿Una llamada de él o de su hermana?

—De él.

Desde el otro lado del teléfono se oyó el suspiro de alivio del mayordomo de los Incendiaros.

—No te relajes tan pronto, Pirès. Hay que avisar a todos los demás. Nos vamos de viaje. Misión «Alfa Alfa». Palabra de orden «Diciembre de dos mil doce»: el fin del mundo está cerca.

—Muy bien, señor. ¿Tengo que avisar también a la señorita Bloom?

—¿Sabes cómo localizarla?

—Antes de que su padre pasara a recogerla anoche, me dio su número de móvil y me rogó que la avisara si había novedades, señor.

El rubio dejó escapar una sonrisa.

—Pues, entonces, avísala. Dile que volvemos todos a Kilmore Cove. Explícale que tenemos que salir enseguida y que nos vemos debajo de su casa

dentro de..., veamos..., veinte minutos.

—Muy bien, señor. Así lo haré.

El rubio colgó el teléfono.

—Adoro a este hombre —comentó, al tiempo que descubría un nuevo mechón canoso en el reflejo del espejo.

—¿De quién estás hablando? —preguntó el de rizados, que entretanto había ido a cambiarse.

—De Pirès —respondió el rubio, yendo hasta delante del guardarropa, donde estaba su hermano—. Le dices que dentro de media hora nos va a caer un meteorito encima de la cabeza y él te contesta: «¿Desea un terrón de azúcar en el té o dos, señor?».



Capítulo 8

## ***El PASAPORTE OSCURO***

La oficina de Visados era como una especie de taller de moda. Había grandes lámparas y luces y cortinajes en las paredes, un amplio entarimado de madera clara y, delante de ellos, una galería infinita de bustos de escayola. Al ver todas aquellas estatuas, el Flint pequeño sintió el mismo escalofrío de leve repulsión que había sentido una vez durante la excursión del colegio a un museo de antiguallas.

De repente, de detrás de una pesada cortina, asomó un hombre larguirucho y con el pelo alborotado. Iba vestido de terciopelo morado y llevaba el rostro empolvado y los ojos pintados de negro.

—¡Ma-ra-vi-llo-so! —exclamó con voz aguda.

—Ay... —murmuró el Flint pequeño—. Otro loco.

—¡Adelante, adelante, por favor! —los instó el extraño personaje—. ¡Por aquí!

—Por lo menos, parece amable —farfulló el jardinero, que se dirigió cojeando hasta detrás de los cortinajes y las lámparas.

Al otro lado, se encontraron ante un complejo artefacto que, de alguna manera, recordaba un estudio fotográfico. El larguirucho estaba ajustando unas grandes lentes ovales que colgaban de largos brazos metálicos sujetos a su vez a una única estructura de hierro que había en el techo. Esta última se hallaba unida al suelo por una torre de metal, repleta de tubos, tinas, cintas transportadoras, fuelles de tela, válvulas de mariposa, ganchos y horquillas que oscilaban en el aire.

—¡Por favor, pasen! ¡Un encantamiento y estoy con ustedes! —canturreó ceceando el larguirucho vestido de morado. Echó una ojeada a Nestor e hizo un último ajuste a las lentes. Se arregló un mechón rebelde y dio un largo suspiro—. Encantado de conocerles: me llamo Enero —se presentó después,

tendiéndole la mano a Nestor. Cuando sonreía, dejaba ver dos terribles paletas de conejo—. Soy el encargado de los Visados y los Pasaportes Oscuros.

Nestor le estrechó la mano y, sin el menor apuro, comentó:

—Pues a nosotros nos hacen falta dos.

Enero miró al Flint pequeño y preguntó:

—¿A él también?

—Sí, también —respondió Nestor sin vacilar—. Ya nos las veremos después nosotros con las señoritas «Hilos de Ariadna».

—¡Pero eso es fantástico! —exclamó Enero rebotante de satisfacción—. ¡No he preparado nunca un documento para nadie tan chiquitín! ¡Qué pasada!

El pequeñajo en cuestión se hizo a un lado intentando contener el impulso de atizarle un puñetazo en la nariz.

—Si no le importa —barbotó Nestor—, tendríamos un poco de prisa y...

—¡Pues claro! ¡Hace falta un encantamiento! —respondió el otro—. ¡Venga conmigo! Eso, aquí, en medio de estas lentes. Justo en medio. ¿Empieza usted?

Nestor asintió, mirando ceñudo a su alrededor.

—Muy bien, muy bien —comentó Enero. Abrió un cajón, sacó una moneda de oro y la introdujo en la máquina.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó Nestor al ver que las lentes se movían casi imperceptiblemente a su alrededor.

—Absolutamente nada... ¿Qué perfil prefiere?

El jardinero estaba estudiando la máquina con un cierto recelo.

—¿Perdón?

—¿Prefiere el perfil derecho o el izquierdo?

—Me es completamente... indiferente.

—Derecho —decidió Enero, alzando una palanca. Verificó algunos indicadores de la máquina, cerró un par de válvulas, movió un fuelle y anunció—: ¡Ya está! ¡Quédese lo más quieto posible!

Luego se alejó unos pasos, mientras la máquina bufaba, los fuelles se hinchaban y empezaban a soplar aire en los tubos, y las lentes comenzaban a moverse muy lentamente en torno a Nestor.

Menos de un minuto después, la máquina se paró.

—Ya está... —declaró Enero—. Ahora puede quitarse de ahí, mientras el Archivo elige un héroe y lo graba en el otro lado de la medalla...

El jardinero enarcó una ceja.

—¿Elige qué?!

—¡Un héroe! —repitió el larguirucho, al tiempo que tiraba de una enorme palanca.

La máquina arrojó una lluvia de chispas, y las estatuas de escayola de la galería empezaron a moverse como si estuvieran en una gran cinta transportadora. Iban pasando por debajo de una serie de lentes muy parecidas a las que habían copiado el perfil de Nestor, se paraban unos segundos y después seguían girando.

—Y... ¿para qué sirve el héroe ese? —insistió el jardinero.

—Ah, será su peor enemigo, el que los capture cuando salgan de los Puertos Oscuros... En caso de que lo consigan, quiero decir.

—¿Nos capture?

—Exacto: los capture, los venza o los mate... Bueno... ¡lo natural! —El hombre soltó una auténtica risita de conejo—. ¡No pueden pensar que, ahora que han firmado los documentos de entrada en los Puertos Oscuros y son oficialmente antagonistas, en los otros Lugares Imaginarios les van a dar la bienvenida con los brazos abiertos! Por eso la asamblea ha previsto que se asigne a cada nuevo antagonista un héroe capaz de hacerle frente. ¡Es así como se mantiene el equilibrio!

—¿Quiere decir que ahora... —murmuró el Flint pequeño, excitado— somos de los malos? ¡Qué fuerte!

Mientras tanto, las estatuas siguieron girando, hasta que una se paró más tiempo bajo las lentes. Un momento después, un par de grapas la agarraron y la máquina lanzó otro bufido, chirrió y lanzó chispas. Enero acercó la mano a una rendija, parecida a esas por las que salen las fotografías en el fotomatón, cogió la moneda de oro, todavía caliente y humeante, y se la dio a Nestor. En ella había dos cabezas grabadas: por un lado, la de Nestor; por el otro, la de un joven con casco de explorador africano del siglo XVIII.

—Entonces, ¿este tipo... es el que me va a dar caza? —preguntó, desconcertado, el viejo jardinero.

—A su manera, claro. Todos los héroes tienen su «estilo» personal.

—¿Y puedo saber cómo se llama?

—Aquí no, lo siento. Yo me encargo de los Visados y los Pasaportes de los aspirantes a malos, no de las hazañas de los héroes. Pero hay una oficina...

—¡Déjelo! ¡No importa! —lo interrumpió Nestor bruscamente.

Enero se frotó las manos.

—Pues entonces, señor Ulysses, solo me queda desearle buena suerte en los Puertos Oscuros. Que pueda usted cometer las mayores atrocidades.



—¡Uau! —exclamó el Flint pequeño, cada vez más excitado—. ¡Ahora es usted de los malos de verdad!

Nestor le lanzó una mirada torva.

—Te toca a ti, mocoso.

—¡Yo quiero el perfil izquierdo! —exclamó el chico, al que la historia de los malos y los Puertos Oscuros empezaba a gustarle de verdad.

Mientras Enero colocaba las lentes a su altura, Nestor echó un vistazo a las estatuas de los héroes inmortalizados en la escayola: algunas tenían una prestigiosa placa de latón. Reconoció al capitán Lemuel Gulliver, rodeado por el diminuto pueblo de Lilliput; a Juan de Mandeville, con el sombrero con las abejas; al joven Titus de Gormenghast, con el pie sobre la corona; al paladín Roldán, con la espada *Durandarte*, y al Barón de Münchhausen, montado a horcajadas sobre una bala de cañón.

—¡Ostras! —exclamó poco después el Flint pequeño cuando le dieron su moneda con dos cabezas—. ¡Me ha tocado una mujer!

Se la enseñó a Nestor, quien comentó:

—¡Mejor para ti! Es guapa.

Minutos más tarde, Nestor y el Flint pequeño recorrían con paso ligero los pasillos del laberinto. El viejo jardinero llevaba en la mano un carrito del que desenrollaba poco a poco el Hilo negro, que parecía interminable. En cada cruce, el Hilo daba unos tirones para indicar cuál era la senda que había que seguir. Pasaron por innumerables habitaciones, algunas inmensas, otras muy pequeñas. Caminaron por pasarelas de piedra en torno a las cuales soplaba un viento salvaje. Oyeron ecos de voces, gritos lejanos, músicas misteriosas. Pasaron por lugares en los que crecían gigantescos helechos de color blanco, por salas repletas de espejos y por otras de cuyos techos colgaban millares de máscaras cómicas. Oyeron arrastrarse, rascar, chirriar, zumbir. Cuanto más avanzaban, guiados por el Hilo negro, más se atenuaba la luz dorada del laberinto y más se alargaban las sombras.

Al final aparecieron ante una imponente vega. A través de los barrotes, acabados en puntas afiladas, no se distinguía más que una impenetrable oscuridad.

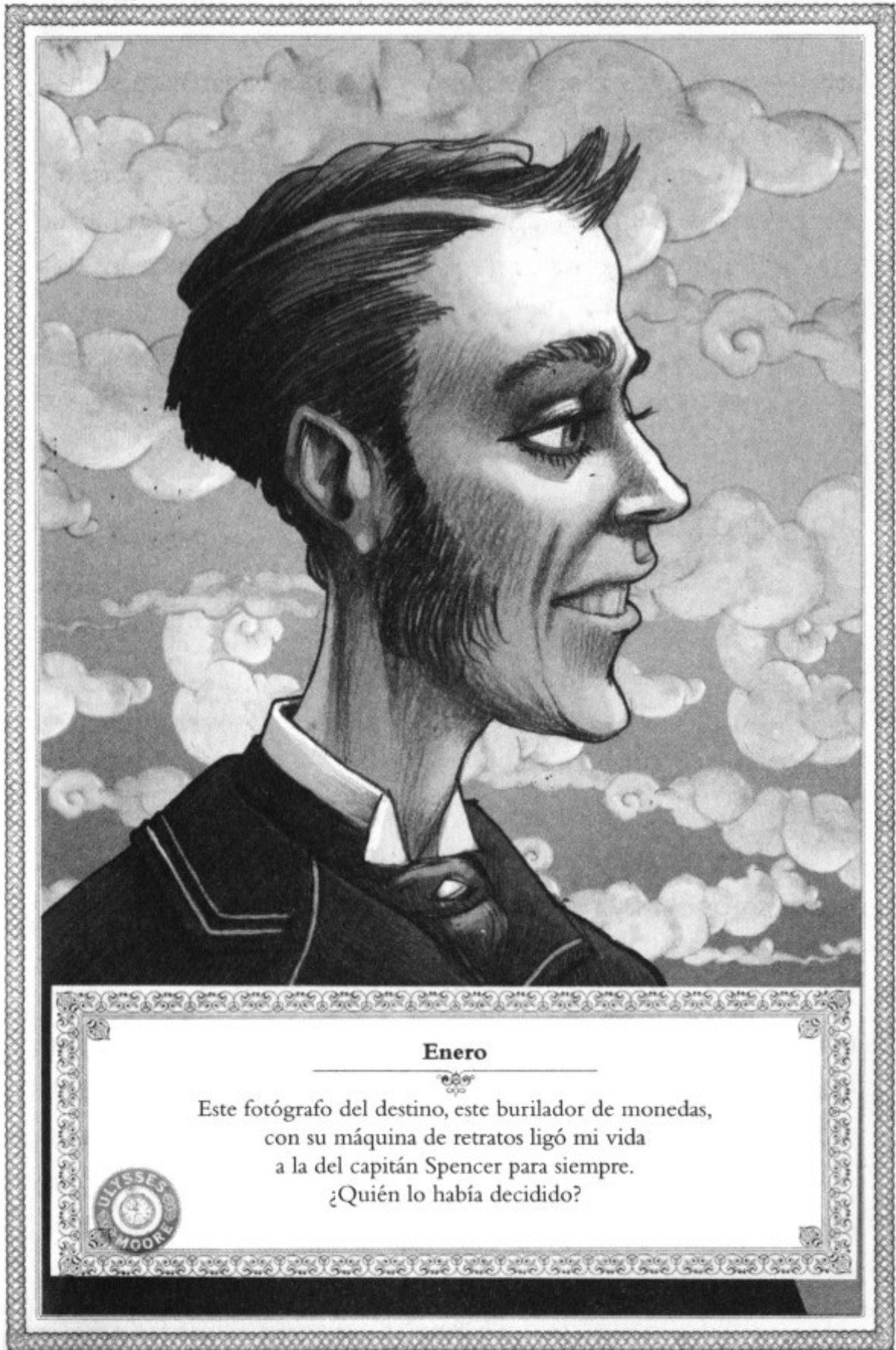
—Creo que hemos llegado —comentó Nestor, taciturno.

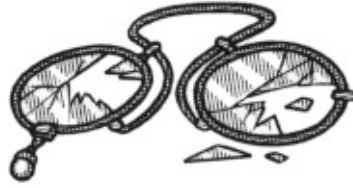
El Flint pequeño empujó la verja para abrirla y se sorprendió al comprobar lo ligera que era. La puerta giró sobre sus goznes con un lamento agudo y aterrador y se abrió lo suficiente como para dejarlos pasar.

—Una vez que uno sabe el camino, no es difícil entrar en los Puertos Oscuros... —murmuró el jardinero. Notó que el Hilo de Ariadna daba una última sacudida y tiró de él. Tal y como imaginaba, se encontró con el otro extremo en la mano: acababan de cortar el Hilo—. Si intentamos volver atrás —masculló—, nos veremos obligados a vagar para siempre en el Laberinto...

—Y entonces, ¿qué hacemos? —preguntó el Flint pequeño, echando una ojeada ansiosa al otro lado de la vega. Oía el lejano eco de las olas, que rompían furiosas contra los escollos.

—Entonces tenemos que convertirnos en malos —respondió Nestor, y apretó su moneda de oro en la mano.





Capítulo 9

## DESPERTARES

Estaba vivo.

¿O quizá no?

No estaba muy seguro.

Ya no estaba seguro de nada.

Rick Banner permaneció largo tiempo con los ojos abiertos antes de darse cuenta de que tenía los ojos abiertos. No conseguía distinguir ningún detalle cercano, ni siquiera las puntas de sus propios zapatos, y no entendía dónde tenía los brazos ni en qué posición se encontraba. Si intentaba moverse un poco, sentía punzadas lacerantes por todo el cuerpo. De modo que sí: sin duda estaba vivo.

Lentamente se fue acostumbrando a la oscuridad y reconoció su propia mano, que surgía a medio metro del hombro. Trató de mover los dedos... Tuvo la impresión de que los movía, pero vio que seguían inertes.

Intentó liberarse del amasijo de cosas que lo tenía prisionero: gomaespuma, trozos de metal, antenas, botones, palancas. Había de todo a su alrededor. Sacó un brazo, después el otro, y se miró las manos, desconcertado. Si esas eran sus manos, ¿de quién era la tercera que sobresalía a su lado, entre la gomaespuma?

Se disponía a tocarla cuando la mano misteriosa saltó como un cepo.

—¡Suéltame! —gritó Rick; rodó sobre sí mismo y acabó de culo sobre el metal. Miró a su alrededor. Era un espacio angosto, sin aire, tapizado de guata. Una especie de... habitáculo.

¡Claro! ¡Estaba dentro de la panza de aquel extraño medio anfibio con forma de mejillón proyectado por Peter Dedalus! Empezó a recordar: Venecia, la laguna, y después... el salto desde aquella imponente cascada. La sensación de precipitarse en el vacío...

La mano que lo había aferrado unos instantes antes se movió de nuevo. Y

lentamente, del montón de guata, palancas, ruedas dentadas y cachivaches más o menos rotos se alzó un débil gemido: el dueño de la mano estaba intentando salir de allí abajo.

—¡Peter! —gritó Rick, acercándose a la montaña de trastos. Le costaba trabajo moverse, y no solo por las magulladuras: antes del salto en la cascada, Peter le había dicho que se pusiera un rudimentario chaleco de gomaespuma que entorpecía bastante sus movimientos—. ¿Estás ahí abajo?

El gemido se repitió, y Rick lo interpretó como una respuesta afirmativa. Se puso manos a la obra para sacar a Peter de allí y, a medida que apartaba los más disparatados objetos que se les habían caído encima, empezó a distinguir la silueta del relojero de Kilmore Cove.

—¿Estás bien? —le preguntó cuando consiguió sacarlo.

—Pues bien lo que se dice bien, no, la verdad. Yo diría que no —susurró Peter Dedalus, colocándose mejor en la nariz lo que quedaba de sus gafas: una lente y un trozo de montura de alambre. Aspiró y se sentó—. ¿Y tú?

Rick se puso las manos detrás de la espalda e intentó estirarse.

—Estoy hecho polvo.

—Hecho polvo pero vivo. ¡Mejor dicho, vivos!

Una sonrisilla luciferina se dibujó en el rostro del inventor, quien, moviéndose a saltitos como una marioneta de madera, fue a sentarse a los mandos de su araña mecánica.

Un momento después, los dedos del relojero corrían sobre el cuadro de mandos, apretando botones y tirando de las palancas. El casco de metal se asentó con un aullido desgarrador. Oyeron el ruido de piedras que rodaban sobre otras piedras.

—Hummm... —murmuró Peter—. La coraza está muy abollada, y se ha soltado una pata.

Más palancas y nuevos chirridos.

Al tercer intento, el casco del submarino se inclinó bruscamente hacia un lado. Rick perdió el equilibrio y se dio un golpe en la cabeza.

—¡Ay! —se lamentó—. ¡Espacio!

—Perdona... Solo estoy comprobando si hay daños. Estamos... mejor de lo que pensaba, creo.

El chico pelirrojo buscó inútilmente un sitio donde meterse: Peter había proyectado aquella especie de sumergible para una sola persona, y dondequiera que Rick intentaba sentarse había salientes, palancas y ruedas que se le clavaban en la espalda. Y pensar que el día anterior estaban allí dentro nada menos que tres personas: él, Peter y Tommi...

El recuerdo repentino de su amigo, abandonado entre las ruinas de Casa Caboto, se le clavó en la mente como el picotazo de un cuervo. Tommi y él habían viajado a Venecia para encontrar alguna pista sobre la desaparición de Ulysses Moore y habían visitado todos los sitios a los que el viejo jardinero solía ir: la casa de Penelope, la papelería del viejo Zafon, el taller de Peter Dedalus. Y, por último, Casa Caboto, donde se abría la Puerta del Tiempo de Villa Argo.

La última vez que había visto a Tommi había sido precisamente durante el derrumbe de la casa que había precedido su huida en submarino. Rick se mordió los labios, preocupado.

—¿Qué habrá sido de él? —se preguntó en voz alta.

—¿Te refieres al chico de Venecia? —respondió Peter—. Lo he visto salir corriendo justo antes de que el edificio se derrumbara... Se las apañará, ya verás. —El inventor se concentró de nuevo en las palancas, empujando y tirando—. No te preocupes por él... —añadió—. Mejor preocúpate por nosotros. Estamos bastante maltrechos.

Rick se acordó de la enloquecida carrera por el fondo de la laguna de Venecia, perseguidos por las góndolas y las embarcaciones de la guardia secreta del Dogo, que iba tras la pista de Peter y sus inventos desde hacía tiempo, exactamente desde que el relojero había intentado mofarse de ellos en la Isla de las Máscaras. Se acordó de cuando el fondo lleno de lodo había empezado a subir hasta convertirse en un brusco desnivel más allá del cual se abría una aterradora cascada sin fondo. Y se acordó también de cuando Peter había tirado de la última palanca de su invento gritando: «¡Agárrate!».

Solo que allí dentro no había donde agarrarse.

—Creo que tendremos que hacer algunas reparaciones —murmuró el inventor sujetando una manivela para girarla a mano—. Vamos a ver si así se abre...

Tras unos cuantos trompicones, la cubierta de hierro que protegía el parabrisas anterior del submarino acorazado se soltó.

Peter exultó, apretó un botón y en el habitáculo se oyó un zumbido como el de un abejorro. Encendió un enorme foco luminoso, que alumbró como si fuera de día una parte del paisaje que tenían ante sus ojos.

—¡Oh! —murmuró Rick al darse cuenta de dónde estaban.

Era un lugar que conocía bien: un valle largo y angosto, sumido por completo en la oscuridad. A un lado se levantaba una pared vertical de roca negra, que desaparecía sobre sus cabezas. En el lado opuesto había un muro curvo, una colosal construcción de piedra semejante al caparazón de una

tortuga. Cascadas de agua dulce y salada bajaban de las rocas que había a su alrededor, dividiéndose en millares de pequeños arroyos para acabar reuniéndose al final en el riachuelo sinuoso que discurría por el valle.

—El Laberinto —anunció Peter Dedalus, satisfecho.

El chico pelirrojo lo miró, incrédulo.

—Pero ¿cómo podías estar seguro de que arrojándonos por la cascada de la laguna... llegaríamos aquí?

—Bueno, en realidad no estaba seguro —respondió Peter tranquilamente. Después abrió la escotilla del submarino—. Y ahora, ¿qué tal si me echas una mano?

El hombre lo zarandeó con suavidad mientras repetía:

—¡Chico! ¿Me oyes, chico?

Poco a poco, Tommaso Ranieri Strambi recobró el conocimiento. Y, en cuanto abrió los ojos, se puso de pie de un salto, como impulsado por un resorte.

—¡Vaya, menos mal, por fin te has despertado! —exclamó el viejo.

Tommaso miró a su alrededor: se encontraba en una pequeña habitación sin amueblar que apestaba a papel macerado. Intentó recordar. ¿Qué había pasado? Los hombres de la guardia secreta los estaban persiguiendo, la casa se había derrumbado encima de él, y luego... Luego no recordaba nada.

Una cosa era segura: todavía estaba en Venecia. Pero ¿dónde? ¿Y quién era la persona que estaba a su lado? La miró mejor y la reconoció. Solo unas horas antes había ido con Rick a pedirle información a aquel anciano y él les había dado con la puerta en las narices.

—¡Usted es el de la papelería! —exclamó.

El viejo Zafon le sonrió. Su rostro apergaminado era una máscara de sombras y arrugas.

—¡Bienvenido de nuevo!

—¿Qué estoy haciendo aquí?

Zafon señaló algo fuera de la diminuta ventana.

—Te he sacado de allí antes de que esos te encontraran...

Tommaso se sentó en el suelo, intentando aclararse.

—¿Me ha... sacado de allí? —repitió.

—Y no ha sido fácil, créeme. Eres joven, pero para un viejo como yo es como si pesaras una tonelada. ¿Quieres un vaso de agua?

Tommaso lo aceptó y bebió ávidamente. Zafon le contó que, tras la visita del día anterior, había corrido a avisar a Peter Dedalus. Pero lamentaba mucho haberlos echado de aquella manera, y por eso había decidido ir a buscarlos para pedirles perdón por su comportamiento. Había llegado a Casa Caboto justo en el momento en que el edificio se derrumbaba.

—Te he visto saltar fuera un momento antes de que se desplomara... — explicó el viejo—. Y te has desmayado a pocos pasos de mí. Después he visto a los de la guardia secreta y no he dudado un momento...

Tommaso todavía estaba demasiado conmocionado para replicar.

—Gracias —dijo, al tiempo que le devolvía el vaso. Después se acordó de la casa derruida y exclamó—: ¡La Puerta del Tiempo! ¡Habrà quedado destruida!

El viejo Zafon se sentó en un taburete medio desvencijado y sonrió.

—La Puerta del Tiempo, sí... Creía que era lo que estaban buscando los hombres del conde Cenizas. Les informé de la existencia de las puertas un hombre que llegó a la ciudad hace algún tiempo, a bordo de una nave con las velas totalmente negras. Desde entonces han rastreado todas las casas, una por una.

Tommaso asintió: se acordó de cuando Rick y él habían asistido al saqueo de la casa de los Caller y habían visto cómo desmontaban la máquina tipográfica de Peter Dedalus.

—Hay que tener mucho cuidado con cómo se mueve uno en esta ciudad. Las paredes oyen —murmuró Zafon—. Buscan a Peter. Y buscan las puertas.

También en ese momento, Tommaso se limitó a escuchar.

—Y buscan a todos aquellos que creen que tienen algo que ver con las puertas. Las palabras mágicas son: «Ulysses Moore». Todos los que dicen que lo conocen son apresados e interrogados.

—¿Y usted lo conoce?

—¡Cómo no voy a conocerlo! —exclamó Zafon—. Siempre venía a verme para abastecerse de cuadernos. Y no solo él: también Leonard y Peter... ¡Claro, la gente sabe apreciar la diferencia entre las cosas bien hechas y las que cuestan dos duros! —El viejo se quedó taciturno de repente—. Tarde o temprano esos malditos encontrarán también este sitio y lo destruirán... Es solo cuestión de tiempo. Y yo soy demasiado viejo para hacer como si nada y esconderme a esperar que pase el temporal.

Tommaso logró ponerse en pie y comenzó a pasear arriba y abajo por la trastienda, pensando qué hacer.



—No tenemos mucho tiempo —añadió Zafon— si queremos marcharnos de aquí.

—¿«Marcharnos de aquí»? —le preguntó Tommaso, deteniéndose bruscamente—. ¿Y adónde quiere ir?

Zafon se levantó del taburete con aspecto cansado.

—Eres tú el que viaja con las Puertas del Tiempo —susurró—. ¿O me equivoco?

Tommaso lo miró fijamente. ¿Cómo no lo había pensado antes? La Puerta del Tiempo de la calle del Amor de los Amigos seguía abierta y podían cruzarla de vuelta dos personas, antes de que se cerrara para siempre. Podía volver sin problemas a Kilmore Cove y llevarse al viejo consigo. Pero no se fiaba. Zafon podía ser un hombre del conde Cenizas. Podía ser cualquiera. A lo mejor quería engañarlo para que le revelara dónde se escondía la puerta.

—Quiero enseñarte una cosa... —murmuró el viejo Zafon, como si le hubiera leído en el pensamiento. A continuación dirigió hacia la puerta de la trastienda, la abrió y dejó entrar un animal.

—¡BOLA DE PELO! —exclamó Tommaso. El cachorro de puma se abalanzó sobre él y comenzó a darle lametazos con su áspera lengua. En los últimos días el animalito lo había seguido por todas partes: de las selvas de El Dorado, donde lo había conocido, a Kilmore Cove, y después, por último, a Venecia—. ¡Estás aquí!

—Te ha estado esperando sin moverse de aquí ni un momento y no ha probado bocado... —farfulló Zafon—. He tenido que encerrar a mis gatos en el dormitorio para que no se pelearan.

Tommaso se puso a jugar con el cachorro, con lo que en un instante recuperó la sonrisa.

—¡Tranquilo! ¡Sí, sí, soy yo! Me has echado de menos, ¿eh? ¡Me has echado de menos! ¡Yo también a ti!

—Tienes muy buena mano con los animales, jovencito... —observó Zafon, con mirada amable—. Es un gran don, ¿sabes?

—¿Usted cree?

El viejo asintió.

—Los animales saben instintivamente de qué personas pueden fiarse...

—Eso es verdad —asintió Tommi, mientras el puma le mordisqueaba el bajo del pantalón.

Zafon se acercó y le mostró la palma de la mano al cachorro, que empezó a lamérsela lentamente.

—Tú y yo somos muy parecidos, jovencito. Lo supe en cuanto vi cómo te seguía este animal. Y no solo él.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Tommi, confuso—. ¿Me está siguiendo alguien más?

Zafon lo miró fijamente a los ojos.

—Un mono. Lleva un tiempo subido encima del tejado, delante de la tienda. Acecha todos mis movimientos, como si estuviera a la espera de algo. Y no sé si está de nuestra parte o de la de quienes nos persiguen. ¿Tú sabes algo?

A Tommaso le vino inmediatamente a la memoria el recuerdo de los monos que lo habían salvado de los Incendiarios y lo habían conducido a la góndola de Peter Dedalus, permitiéndole llegar a Kilmore Cove.

—Creo que está... de nuestra parte —murmuró.

—Yo también —asintió Zafon, poniendo las manos sobre sus huesudas rodillas—. Yo también...



Capítulo 10

## **ANIMALES PRISIONEROS**

Los habitantes de Kilmore Cove desfilaban ante Julia Covenant sin hacer preguntas.

Entraban en el colegio, se encaminaban por el pasillo, pasaban por delante del despacho del director y giraban a la derecha, donde se encontraba el sótano.

Desde allí, bajaban al refugio por una escalera bien iluminada, en cuyas paredes estaban escritas las instrucciones para proseguir el camino:

**BAJAR CON CUIDADO  
USAR SOLO EN CASO DE NECESIDAD  
RESPETAR LA COLA**

Los habitantes de Kilmore Cove no se quejaban ni protestaban. Se ayudaban los unos a otros y bajaban pacientemente al refugio, como si se tratase de algo normal. En fila, ordenados, pese a que fuera no cesaban los cañonazos. De vez en cuando, alguien intentaba suscitar alguna polémica: ¿era seguro bajar allí? ¿Qué pasaría con sus casas? Pero normalmente bastaban un par de cañonazos para que se callase. Si no, lo mandaban callar los ancianos.

Habían sido precisamente los más ancianos los primeros en organizarse: mostraban el camino, iban a buscar a sus vecinos para invitarles a acompañarles a los refugios, se ayudaban entre ellos. Era como si estuvieran siguiendo un guión. Julia les oyó pronunciar frases como:

- ¿Te acuerdas de cuando hicimos los simulacros?
- ¡Cómo no me voy a acordar! ¡Nos cronometrábamos y todo!
- ¿Cuántos años habrán pasado? ¿Veinte?

—¡No, querida! ¡Muchos más! ¡Los Moore vivían todavía en lo alto del acantilado!

Presenciando aquel éxodo, Julia descubrió que, desde finales de los años setenta, todos los habitantes de Kilmore Cove sabían de la existencia de los refugios e incluso habían llevado a cabo simulacros para aprender a bajar allí rápidamente. Entonces se les había dicho que se trataba de refugios atómicos, por si estallaba la Tercera Guerra Mundial.

—¡Julia! ¡Julia Covenant! —la llamó de repente una voz entre la multitud.

La chica salió de su ensimismamiento y se encontró cara a cara con la madre de Rick.

—¡Patricia!

La mujer se apartó de la cola para abrazarla. Hablaron rápidamente, para asegurarse de que las dos estaban bien, hasta que Patricia Banner hizo la más previsible de las preguntas:

—¿Rick está aquí? ¿Está contigo?

Julia sintió un estremecimiento. No era el momento más oportuno, pensó, para explicarle la verdad. Es decir, que Rick había ido en busca de Ulysses Moore y que en esos momentos se encontraba en algún lugar a tres mil kilómetros y trescientos años de distancia de allí. Así que la tranquilizó con una mentira:

—Lo he visto antes. Estaba con el padre Phoenix.

La señora Banner se creyó todo a pies juntillas, lo cual hizo que se sintiera aún peor.

—¿Bajas con nosotros?

—Voy enseguida —respondió Julia, y respiró profundamente.

—Ya lo verás. Conseguiremos salir de esta —le dijo la madre de Rick, apretándole la mano antes de irse—. ¡Como siempre!

Julia hizo un esfuerzo por sonreír. Después se alejó y salió del colegio. Se paró bajo la lluvia y se pasó una mano por la cabeza, mientras una sensación de angustia y urgencia le atenazaba el estómago.

Odiaba tener que contar mentiras.

Odiaba tener que inventar patrañas para tranquilizar a los demás, cuando ella era la primera que estaba muerta de miedo por la suerte de aquellos a los que quería.

Rick.

Cómo le gustaría que estuviera de verdad allí con ella, ayudándola a poner a salvo a todas aquellas personas... ¿Habría conseguido encontrar a Nestor? ¿Estaría bien o le habrían capturado a él también, igual que a sus padres?

Los ojos se le llenaron de lágrimas, mientras notaba que las ganas de abandonarse a la desesperación le subían desde el pecho hasta la garganta. Pero no podía permitírselo. No ahora. Le habían encomendado una misión realmente importante, y Black y el padre Phoenix contaban con ella.

Se tragó las lágrimas a la fuerza y respiró hondo. Luego volvió a concentrarse en su cometido. Pensó en la señora Bowen y en la madre de Calypso, ambas postradas en la cama, y ordenó a uno de los chicos del padre Phoenix que fuera a buscarlas para ponerlas a salvo.

Cuando el chico se fue, Julia volvió a ocuparse de las personas que estaban en la cola, intentando tranquilizar lo mejor que podía a las más asustadas y dando indicaciones a las más desorientadas.

De repente le vino a la mente una cosa: ¿dónde porras se había metido Jason? Había dicho que volvería enseguida, pero no había aparecido todavía. A lo mejor había entrado en la iglesia. O a lo mejor también a él le había pasado algo...

Comenzó a morderse las uñas, nerviosa. Y eso era también algo que odiaba hacer.

Bajó los escalones de la entrada principal y empezó a remontar la riada de personas bajo una lluvia cada vez más copiosa.

—¿Habéis visto a mi hermano? —preguntaba a todo aquel con el que se cruzaba—. Jason, un chico alto, con el pelo castaño... ¡La última vez que lo he visto estaba en la plaza de St. Jacobs!

Pero todos le contestaron que no.

Solo la dueña de la floristería explicó:

—Yo he oído disparos, ¿sabes?, cuando he pasado por allí. Lo siento, pero estoy segura: ¡eran disparos!

¿Disparos?

Julia dejó a un lado todas sus preocupaciones y echó a correr.

—¡Vía libre! —anunció Jason, asomándose para inspeccionar el callejón.

Malarius Voynich lanzó una última llamarada en el interior del taller y lo siguió.

Los monos los habían acorralado allí dentro, pero, al ver afortunadamente el cuerpo disecado del dragón en la habitación del fondo, habían huido despavoridos. Jason y el señor Voynich habían ganado de ese modo el par de minutos que necesitaban para abrir la puerta trasera y poner pies en polvorosa. Ahora estaban intentando llegar a la plazuela en la que tiempo atrás había

estado la librería de Calypso y, desde allí, al colegio o a la iglesia. Tenían que dar una vuelta más larga para no encontrarse con los otros monos que patrullaban las calles.

Se detuvieron en la esquina siguiente y echaron un vistazo en ambas direcciones.

—¿Por dónde? —preguntó Voynich.

La punta metálica de su paraguas lanzallamas todavía echaba humo, así como el cañón de la escopeta que Jason llevaba en bandolera.

—¡Por aquí! —decidió el chico, echando a correr bajo la lluvia implacable.

Saltaron por encima de un par de charcos profundos, sin dejar de mirar atrás. Parecía el escenario de una película de catástrofes: las calles desiertas, las ventanas cerradas a cal y canto, criaturas salvajes que merodeaban por el pueblo dando caza a sus habitantes...

—Creía que la escopeta me iba a explotar en la mano —dijo Jason, que se apoyó contra una pared para recobrar el aliento.

—¿No habías disparado nunca?

—Disparar no es lo más normal del mundo que digamos.

—Tampoco lo es que te persiga una jauría de monos enloquecidos —observó Voynich con su habitual tono monocorde.

Se guarecieron bajo una marquesina sobre la que caía la lluvia produciendo un ruido ensordecedor.

—¿Y los otros? —preguntó el jefe de los Incendiaros, mientras comprobaba que llevaba todo consigo e intentaba distinguir algo en el manto de lluvia gris que los envolvía.

—¿Qué otros, señor Voynich? Aparte de nosotros, el único que se ha quedado en Kilmore Cove es Black. Lo he visto hace poco: estaba subiendo al faro para pedir ayuda por radio... Y sus amigos, ¿qué le han contestado antes de que nos atacaran?

Malarius Voynich miró la hora.

—Están al llegar, aunque... todavía tardarán un poco. Tenemos que resistir por lo menos tres horas antes de poder contar con ellos.

—No son pocas.

—Lo importante es que vengan —murmuró Malarius Voynich. Se apoyó contra la pared del edificio y añadió con una sonrisa de medio lado—: Si no, ya pueden ir despidiéndose los próximos meses del sueldo.

En ese momento llegó hasta ellos el eco de una lucha cercana. Un golpe, gritos y después... silencio.

Los dos salieron de su refugio.

—¡Vamos! —exclamaron al unísono, echando a correr bajo la lluvia.

Julia volvió sobre sus pasos, con un nudo en la garganta y unas ganas locas de estrangular a su hermano en cuanto lo tuviera delante. Fue otra vez hasta la plaza de St. Jacobs y, desde allí, cogió el callejón por el que había visto desaparecer a Jason poco antes. Las callejuelas del casco histórico de Kilmore Cove le parecían todas iguales y, aunque no alcanzaban la decena, siempre se perdía en ellas.

«¿Por dónde?», se preguntó, mirando a su alrededor. Fue corriendo a resguardarse en un zaguán e intentó razonar: su hermano se había ido porque había visto algo raro. La florista le había dicho que había oído disparos. Posiblemente las dos cosas estaban relacionadas de alguna manera...

—¡JASON! —llamó al final, incapaz de idear un plan mejor—, ¡JASON! ¿DÓNDE ESTÁS?

Solo le respondió el eco de la lluvia, que rebotaba en la calle y dentro de los canalones.

Lo llamó otra vez. Y una vez más. Después recorrió el callejón en busca de alguna pista. Se detuvo delante de una puerta blanca totalmente desvencijada.

—¿Jason? —repitió, asomando la cabeza al interior.

Estaba completamente a oscuras. Dio medio paso en la antesala, encontró un interruptor y encendió la luz...

Estaba claro que hacía poco había tenido lugar un violento combate allí dentro. Estaba todo patas arriba: armarios abiertos, frascos boca abajo, marcos, cabezas de animales disecados... Y mariposas muertas esparcidas por todo el suelo. El auricular de un viejo teléfono de baquelita colgaba de su cable. Julia se acercó, lentamente, y lo puso en su sitio.

—¿Jason? —murmuró para darse ánimos—. ¿Estás ahí?

Dio un par de pasos más pegada a la pared. Pasó por delante de un mono disecado y se asomó al otro lado de la pared: más mariposas en el suelo, una luz que se encendía y se apagaba iluminando de manera intermitente el cuerpo de una gigantesca criatura disecada que sobresalía de una puerta entrecerrada.

De repente, una mano peluda le tapó la boca.

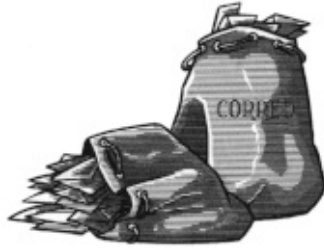
Los brazos del mono que había creído disecado se movieron rápidamente y tiraron de ella hacia atrás.

Julia abrió los ojos de par en par. Intentó gritar, pero no lo consiguió.

Se encontró tumbada en el suelo, entre las mariposas y los trozos de cristal. Trató de ponerse de pie, pero la golpeó algo duro y muy pesado.

Lo último que vio fue la mueca salvaje de un mono con la dentadura renegrada.





Capítulo 11

***El MISTERIO del CORREO***

—¡Absolutamente nada! ¡No he visto a nadie! —exclamó Jason.

—¡Yo tampoco! ¡A lo mejor ha sido una falsa alarma! —respondió el señor Voynich.

En el fragor de la tormenta, no habían conseguido averiguar quién había gritado de modo que se ciñeron al plan original: cruzaron la plaza de la fuente y se refugiaron delante de la oficina de Correos. Su ropa, empapada, relucía como la piel de una serpiente.

Se detuvieron un momento a tomar aliento.

—Ya casi hemos llegado... —comentó Jason.

Desde el pórtico bajo el que se encontraban, alcanzaban a divisar el campanario de la iglesia y una esquina del colegio. Voynich, se había acercado a la entrada de la oficina de Correos.

—Creo que está cerrada... —observó Jason sin mirarlo siquiera.

Antes la encargada de la oficina era Calypso, la librera del pueblo, cuya tienda se encontraba al otro lado de la plaza. Pero después de su imprevista marcha y de la inundación que había borrado la librería del mapa, las llaves no habían vuelto a aparecer.

—Me parece que te equivocas —dijo Voynich, sorprendido: la puerta de la oficina estaba entreabierta.

—¿Cómo es posible? —se sorprendió el chico—. ¿Cree que han sido los monos?

Voynich usó el cañón de la escopeta para abrir la puerta justo lo suficiente para echar un vistazo dentro. No se veía a nadie. La oficina parecía desierta.

—Solo un segundo —dijo el Incendiario.

—¿Qué quiere hacer ahora? ¡Tenemos que ir al colegio!

Haciendo caso omiso de las protestas de Jason, Malarius Voynich entró en Correos con la escopeta en ristre y el paraguas lanzallamas en el cinturón.

—A lo mejor la señora Stella no está loca del todo... —murmuraba entre dientes—. Sabía que encontraríamos la puerta de Correos abierta. Me ha pedido que le echara el paquete hoy mismo, en la ventanilla de la derecha...

—¿Señor Voynich? —Jason, que conocía aquel sitio muy bien, fue hasta él.

De hecho, había sido justo allí donde había empezado su aventura, el día en que recogieron por cuenta del «propietario de Villa Argo» un extraño paquete postal. Jason se acordaba de ese día, de hacía ya unos años, de manera muy precisa: el sol sobre el puente, Julia, Rick y él que abrían lo que parecía una simple caja de zapatos llena de periódicos viejos y encontraban dentro las cuatro llaves de la Puerta del Tiempo de Villa Argo.

La oficina de Correos de Kilmore Cove era pequeña, con una taquilla muy sencilla y una habitación en la parte de atrás donde se amontonaban los sacos y los paquetes que había que entregar.

Voynich fue al otro lado de la taquilla y apoyó encima la escopeta.

—Ventanilla de la derecha, ventanilla de la derecha...

—¿Se puede saber qué demonios está haciendo? —preguntó el muchacho, mirando nervioso a la calle con el temor de que la jauría de monos apareciera de un momento a otro.

—¡Un segundo! —El Incendiario recordó de repente—. Si quiero enviar un paquete, tengo que escribir el remitente, poner los sellos y... ¿tú sabes cómo funciona?

—¡Señor Voynich, no! Y además, no creo que sea este el momento más oportuno para estas cosas...

La lluvia golpeaba el cristal con un ruido ensordecedor.

—Es un favor que me ha pedido la señora Stella... —replicó Voynich, examinando la taquilla.

—Sí, pero... ¡no tiene sentido! No hay nadie que pueda recoger la correspondencia. Pasarán días antes de que todo vuelva a la normalidad. Siempre que eso suceda...

—Estaba tan tranquila... —continuó Voynich, pensativo—. Se oían los primeros cañonazos y lo único que hizo fue pedirme este favor.

—De acuerdo, señor Voynich, pero en mi opinión no hacemos más que perder el tiempo... Tendríamos que ir enseguida al refugio y...

—Solo un segundo.

Jason resopló y se colocó delante de la puerta para vigilar la plaza, mientras Voynich giraba en torno a la taquilla, pasaba por encima de unos sacos de yute especialmente voluminosos y dejaba escapar una exclamación.

—¿Qué pasa? —le preguntó inmediatamente Jason.

Voynich hizo titilar una minúscula llama a modo de vela en la punta de su paraguas, miró de nuevo y dijo:

—Apuesto a que tú esto no lo sabías...

—¿Qué es lo que no sabía, señor Voynich?

—Aquí detrás hay dos ventanillas para los envíos. Una a la izquierda y... otra más pequeña aquí, a la derecha. Es casi invisible, la verdad.

La ventanilla de la izquierda contenía dos normalísimos sacos postales, que se mantenían abiertos gracias a sendos ganchos metálicos. Los sacos estaban apoyados en una cinta transportadora, cuya función era llevarlos a la parte de atrás, donde los cargaban en las furgonetas de correos.

—Esta es la ventanilla de la «Correspondencia»... —leyó Voynich en voz alta. Intentó abrir la ventanilla de la derecha—. Mientras que esta otra...

Jason abandonó la guardia en la puerta y se acercó para ver mejor. La llamita de la punta del paraguas que iluminaba el rostro de Voynich se apagó por un instante.

Alguien tosió.

Cuando se volvió a encender, Malarius Voynich había abierto la segunda ventanilla.

—Mientras que esta es la ventanilla «Sin correspondencia». Y efectivamente es solo un agujero en el suelo. Un agujero con una rampa que lleva... abajo, digo yo.

Voynich se quedó mirando unos instantes aquel agujero aparentemente sin fondo del que ascendían bocanadas de aire caliente. Después salió de su ensimismamiento y decidió hacer una prueba: apoyó la caja de zapatos de la maestra Stella en la rampa que desaparecía en el suelo y, sin soltarla, dijo:

—Pasa por el agujero perfectamente. Parece hecho a propósito.

«Meta también algo pesado, por favor: los paquetes demasiado ligeros suelen perderse», le había aconsejado la señora Stella. Demasiado ligeros... ¿para deslizarse hasta el fondo?

En ese momento también Jason dejó la escopeta en la taquilla y se agachó para mirar.

—¡Caramba! —exclamó, con los ojos como platos por la sorpresa.

Voynich cogió de nuevo el paquete y le consultó al chico.

—¿Por qué querría que lo enviara enseguida?

—¿Le ha dicho qué contiene?

—Sí y no. Ha hablado de «dimisión y petición de ayuda».

«Ayuda —pensó Jason—. Bajo Kilmore Cove están las cuevas. La hendidura y el precipicio que lleva al Laberinto. Y más abajo, la Asamblea de los Lugares Imaginarios. Quizá...» Otro acceso de tos. Jason volvió en sí.

—¿Ha oído? —preguntó.

—¿El qué?

El ruido de la lluvia era cada vez más fuerte.

—¿Ha sido usted el que ha tosido? —preguntó Jason.

—No. Creía que habías sido tú.

Al oír eso, el chico empuñó la escopeta con un rápido movimiento.

—¡Salid de ahí, malditos monos! —exclamó apuntando con la escopeta por la habitación al azar.

—¡Eh! —le contestó una voz—. ¡Cuidado con lo que dices, flacucho!

Jason y el señor Voynich se miraron. Después también el Incendiario empuñó la escopeta. La voz parecía provenir de muy cerca.

—¿Quién ha hablado? —preguntó Jason, amenazador.

—Ese saco de ahí abajo —señaló Voynich, a media voz.

—No. He sido yo —exclamó el saco de al lado.

Jason apuntó con la escopeta primero a un saco y luego al otro.

—¡Salid de ahí! —ordenó.

Los dos sacos empezaron a moverse.

—No hace falta que nos amenaces, Covenant... —dijo el primero de los dos.

—No, no hace falta.

—No seremos Einstein, pero tampoco somos unos malditos monos.

De debajo de los sacos asomaron dos chicarrones, uno gigantesco y con la cara como la luna llena, y el otro alto y delgado, con el pelo rizado y la nariz llena de pecas.

—¿Y quiénes sois vosotros si puede saberse? —preguntó Malarius Voynich. Luego los alumbró con la luz trémula de la punta del paraguas y se dio cuenta de que ya los conocía—. ¡Oh, no! ¡Otra vez vosotros!

—¿Qué estáis haciendo aquí? —preguntó Jason, bruscamente—. Nada bueno, seguro...

—Nosotros podríamos decir lo mismo —respondió el Flint grande, y cruzó los brazos musculosos sobre el pecho.

—Sí, eso es. Lo mismo —respondió el Flint mediano imitando la postura de su primo.



Capítulo 12

## *La DAMA de las TORMENTAS*

Tras cruzar por un hueco que se abría entre las rocas, el pasillo que discurría al otro lado de la verja había conducido a Nestor y al Flint pequeño hasta una meseta interminable. Habían aparecido de golpe bajo un cielo cubierto de nubes de un uniforme color café con leche. Miraran donde miraran, no veían más que una planicie infinita de rocas basálticas con forma octagonal, parecidas a columnas truncadas a distintas alturas. Aquí y allá crecían cipreses cenicientos, cuyas copas se balanceaban lúgubres al viento. No había señal alguna de la intervención de la mano humana: ni una estatua ni una inscripción. Nada.

Solo un vago aroma salobre que venía del norte.

Siguieron los líquenes que crecían junto a las columnas octogonales y caminaron durante un tiempo indefinido hasta que la meseta dio paso a una extensión de tierra compacta, dura y oscura, que descendía hacia el mar. Bajo la acción incesante de las olas, la tierra se resquebrajaba y se transformaba en arena vítrea y minúsculos guijarros negros.

Allí, en la orilla, se alzaba un modesto asentamiento de palafitos y casuchas achatadas, que en lugar de afianzarse en el suelo estaban apoyadas sobre enormes carros semovientes. Los carros tenían unas ruedas desproporcionadas y pesadísimas, y yacían semienterrados hasta la mitad en la arena, como si no se hubieran movido desde hacía años. Cada casa tenía una chimenea, y cada chimenea escupía chispas rojizas y bocanadas de humo hacia el cielo.

Junto a esa especie de campamento permanente de casas plantadas la una al lado de la otra sin orden preciso, pastaba un grupo de caballos de tiro de tupidas crines y fuertes pezuñas recubiertas de pelo. Una raza de caballos que ni siquiera Nestor había visto antes, pese a los innumerables viajes que había hecho.

Los dos viajeros llegaron al poblado sin que nadie se interpusiera en su camino y se adentraron entre los palafitos sin ver un alma. Y, sin embargo, había vida: en el interior de las casas, hechas de madera, chapa, pieles curtidas y otros materiales reciclados, se oían fragmentos de conversaciones, ruido de platos, pies arrastrándose por el suelo, pasos de zuecos sobre la madera.

Mientras Nestor buscaba a su alrededor algún rastro que les indicara cómo proseguir su camino, el Flint pequeño intentaba aplacar el hambre que lo devoraba y miraba obsesivamente de reojo tras sí; temía que los atacaran de un momento a otro.

Después de dar unas cuantas vueltas llegaron a un pequeño claro en la playa, donde varias personas de piel oscura con llamativos pendientes de oro estaban asando un animal en la hoguera. Los indígenas les echaron una rápida ojeada, les concedieron alguna fugaz sonrisa de dientes de plata y amarillentos, y volvieron a concentrarse en su espetón.

Cuando llegó hasta él el olor de la grasa que caía en las brasas, el Flint pequeño notó que le rugían las tripas.

—¿Sabe usted dónde estamos? —preguntó, saliendo de detrás de Nestor.

—Tanto como tú —respondió el jardinero, bruscamente.

—¿Y tiene una vaga idea de hacia dónde vamos?

Nestor tampoco contestó a esa pregunta. Pasó al lado de un carro negro decorado con amenazadoras figuras de cal blanca y se dirigió hacia el mar, oscuro y burbujeante.

Una vez en la orilla, descubrió un rústico embarcadero: una pasarela de huesos y listones de madera entrecruzados que se adentraba en el agua unos veinte pasos. Había amarradas no más de cinco barcas, una de las cuales sobresalía entre las demás por la belleza de sus dos cascos y el audaz equilibrio de sus aparejos. Era un catamarán.

—Vamos —decidió el jardinero—. A lo mejor son remolcadores.

—¿«Remolcadores»? —preguntó el Flint pequeño, siguiendo sus pasos—. ¿Y nos remolcarán adónde?

Esta vez Nestor le concedió un amago de respuesta:

—Hasta donde podamos pagar, imagino.

El chico suspiró.

—¿Sabe una cosa? Está usted completamente loco. Es un viejo chiflado, pasmado y atontado. Y yo, que voy detrás de usted, estoy más loco todavía.

—Si quieres, puedes volverte por donde has venido, jovencito. Yo no te he pedido que me acompañes.

—¡Ay, esta sí que es buena! En lugar de darme las gracias por todo lo que he hecho por usted... Por haberlo seguido hasta aquí, tras las huellas de su acérrimo enemigo y su mujer...

—¡Bueno, ya vale! —gruñó el viejo jardinero.

—¡No, no vale! —chilló el Flint pequeño, fuera de sí—. Es más, ¿sabe lo que le digo? ¿No se le ha ocurrido nunca pensar que a lo mejor su mujer se largó voluntariamente, que lo dejó plantado porque quería?

Nestor se detuvo de golpe y, finalmente, el chico consiguió alcanzarlo.

—Admítalo. Es una posibilidad, ¿no cree? Se buscó uno más joven, más interesante, menos arisco. Uno que dice más de diez palabras al día y que... que... PERO ¡¿SE PUEDE SABER QUÉ HACE?!

Nestor había cogido al Flint pequeño del cuello y lo había tirado al suelo, donde lo mantenía sujeto aplastándolo con todo su peso.

—Escúchame bien, pequeña víbora —susurró—. Repítelo otra vez y te corto el pescuezo. Como que me llamo Nestor. Conozco a mi mujer... y conozco a Spencer. Si han pasado por aquí juntos es porque él la ha obligado a hacerlo. ¿Está claro?

El Flint pequeño asintió con la cabeza, medio asfixiado. Nestor lo soltó de golpe y se puso en pie. El chico empezó a toser y a lanzar improperios, mientras el viejo jardinero se alejaba cojeando hacia el embarcadero y el catamarán.

—Conoce a su mujer... Ya... claro... —refunfuñó el Flint pequeño, masajeándose el cuello y echando a andar con paso cansino tras el renqueante dueño de Villa Argo—. Cuántas veces habré oído eso...

De guardia en el embarcadero había un carro que parecía tallado en marfil o en el esqueleto de una ballena. Las puntas curvas de los huesos sujetaban trapecios de tela de colores que hacían las veces de cortinas. En lugar de puertas y paredes, la vivienda situada encima del carro tenía alfombras oscilantes, incensarios, collares de jade, adornos de plata y atrapasueños de nácar que difundían un delicado tintineo a su alrededor.

Sentada, delante de la entrada, en un kílím de vivos colores, había una mujer de pelo largo y moreno, con un pendiente de plata en la nariz. Iba vestida con un sari azul oscuro y estaba comiendo: con el arroz que cogía de un cuenco grande, hacía unas bolitas y las mojaba en distintas salsas que tenía alineadas delante de las rodillas.

No dejó de comer ni los saludó hasta que Nestor la interrumpió. En ese momento alzó la vista y dijo:

—Acabáis de llegar, ¿verdad?

El jardinero se frotó las manos, nervioso.

—¿Se nota mucho?

La mujer les hizo una señal para que se sentaran en la alfombra.

—Sobre todo se huele. Todavía lleváis encima el olor de las normas.

—El olor de las normas, claro —refunfuñó Nestor. Señaló detrás de él—.

Venimos de la meseta, y antes estuvimos en...

Ella hizo un gesto brusco con las manos.

—No importa de dónde venís. Es más interesante adónde vais.

—¿Son tuyas las barcas? —preguntó Nestor, señalando el embarcadero.

—Solo una. La mejor.

—¿Y puedes llevarnos...? —El anciano jardinero titubeó al contemplar el mar oscuro que acariciaba los guijarros. Decidió cambiar de táctica y confesó —: Estamos buscando a dos personas.

La mujer metió los dedos en el cuenco de arroz, sacó un puñadito y empezó a aplastarlo en la palma de la mano. Después usó las dos palmas para hacer una bolita perfectamente esférica.

—¿Dos personas? —preguntó, sarcástica—. Normalmente uno se pasa la vida buscando a una. Y no siempre la encuentra.

Untó entonces la bolita de arroz en un cuenco de salsa de color azafrán y miró al Flint pequeño, que no le quitaba los ojos de encima y tragaba saliva con dificultad.

—Tu hijo tiene hambre —observó.

—No es hijo mío —respondió Nestor, tosco.

—¿Tienes dinero? —preguntó la mujer, dirigiéndose al chico.

—¡Tengo esto! —exclamó con rapidez el Flint pequeño. Y se sacó de los bolsillos los montones de monedas y piedras preciosas que había robado en la isla del capitán Spencer—. ¿Bastan para el arroz?

—Debes de tener mucha hambre...

Nestor intentó que regateara, pero el Flint pequeño no le hizo caso: entregó de buena gana sus riquezas a cambio de aquel medio cuenco de arroz y empezó a comérselo con las dos manos.

—Prueba también las salsas —lo invitó la mujer—, pero ten cuidado con esa roja de ahí...

El Flint pequeño acababa de mojar en ella un puñado de arroz.

—... porque es muy picante.



El rostro del chico se puso morado de repente. Abrió la boca de par en par para gritar y corrió, lejos, para revolcarse por la arena.

Cuando se quedaron solos, la mujer y Nestor se miraron fijamente a los ojos.

—Háblame de esas personas —lo invitó ella—. ¿Cuánto tiempo hace que vinieron a la Playa Olvidada?

—No lo sé con exactitud. ¿Un año? ¿Dos?

—Mucho tiempo. Es como si no hubieran venido nunca.

—Y sin embargo pasaron por aquí.

—Describémelas.

—Ella es más o menos así de alta. Es muy guapa, aunque ya tiene una cierta edad. Tiene los ojos claros, grandes, muy dulces. El pelo rubio, largo y liso. O por lo menos... así lo tenía la última vez que la vi.

—Es a ella a quien buscas, ¿verdad? —intuyó la mujer.

Nestor asintió lentamente.

—¿Y él?

—Él es más alto. Tiene el pelo castaño claro, casi rubio, y es un fanfarrón. Aquí, justo aquí, le falta una parte de la oreja. Parece mucho más joven que ella, aunque debe de tener ya más de doscientos años.

—¿Un mago?

—Algo así.

La mujer meneó la cabeza.

—¿Y por qué viajan juntos?

—La verdad es que no lo sé —admitió Nestor—. Me temo que él la secuestró.

—¿Y no sabes ni siquiera adónde se dirigían? ¿A cuál de los Puertos Oscuros?

—No.

La mujer rió. Una risa lenta, cruel.

—¿Y de verdad crees que vas a poder encontrarlos con tan pocos datos?

—Sí —respondió Nestor sin vacilar.

—Podrías tardar años... Los Puertos Oscuros son muy grandes.

—Él tenía una nave. Un bergantín con las velas completamente negras.

La mujer inclinó el cuello hacia delante. La cadenita que tenía en la nariz tintineó emitiendo amenazadoras notas de plata.

—¿Un bergantín con las velas negras has dicho?

—El *Mary Grey*, «María la Gris». Un dos palos toscano, varado en una ciénaga tras el amotinamiento de su tripulación. ¿Te suena?

—Algo. Es una historia que ya he oído antes. Un comandante traicionado y exiliado a una isla lejana... —dijo la mujer con voz aterciopelada, como recitando una salmodia— que trama su venganza durante veinte años. ¿Puede ser la misma historia?

Lentamente, conteniendo un escalofrío que le atenazaba el corazón, Nestor asintió.

—Puede ser. ¿Y qué sabes de esa historia?

—He oído rumores. Numerosos rumores... Y es normal que sea así. No son muchos los navíos en los que ondean velas negras. Que yo sepa solo ha habido dos: el *Mary Grey*, desaparecido en una ciénaga... —La mujer levantó la vista hacia el cielo sin estrellas—, y uno mucho más antiguo, hundido mar adentro, en Cornualles.

—La *Metis*... —susurró Nestor.

La mujer se tapó la boca con las dos manos, como para proteger sus mismas palabras.

—¿Quién eres? —murmuró entre los dedos.

En aquel momento el Flint pequeño volvió lentamente a la alfombra. Tenía la boca violácea y las mejillas anegadas en lágrimas.

—¡Picantillo! —exclamó, tumbándose exhausto en el suelo. Después, al ver que los otros dos se miraban en silencio, añadió—: ¿Me he perdido algo?

—Hace mucho tiempo —contó la mujer, con las olas acariciándole los pies descalzos—, hubo una batalla con tantos nombres que ninguno de ellos se recuerda ya. Hubo mundos que se hundieron, mientras que otros se cubrieron de oro. Los vencedores decretaron la división entre los Lugares de la Memoria, conectados entre sí por lo que vosotros llamáis «el Laberinto», y los Puertos Oscuros, que se extienden ante nosotros ahora unidos por el Mar Cerrado, un mar del mismo color de la noche, pero sin ninguna constelación celeste por la que orientarse. Un mar sin confines, pero también sin vía de fuga. Por un lado, pues, un mar ilimitado que es como una prisión; por el otro, una construcción con salas y pasillos que no tiene fin. El infinito se encierra en lo finito y viceversa. Estas son las paradojas de nuestra imaginación.

El Flint pequeño rebañaba el cuenco de arroz y, entretanto, seguía los pensamientos en voz alta de la mujer, preguntándose por qué, de repente, había decidido hacerles todas esas confidencias. Nestor estaba sentado en la arena, unos pasos por detrás de ella, y la escuchaba con la mirada de quien había oído ya aquellas palabras y simplemente las rememoraba.

—Nosotros, aquí, somos los parias de la sociedad. Somos aquellos a los que olvidaron y que no tienen memoria. Los puertos a los que podemos acceder fueron expulsados de la Gran Imaginación. Están prohibidos. Cerrados. Olvidados. Así es para quien pierde las guerras. Tanto en el mundo real como en los Lugares Imaginarios... la ley la dictan siempre los vencedores. No obstante, existen algunas excepciones: son los errores, lo que algunos llaman «posibilidades». Que yo sepa, solo existe una manera de salir del Mar Cerrado y entrar en el Mar Abierto... y esa manera es por medio del viento. El viento hincha las velas que nos llevan de un Puerto Oscuro a otro. Pero hay algunas velas, las velas negras... velas rarísimas, tejidas, se dice, con las cabelleras de los primeros soñadores... que pueden sacarnos de nuevo de aquí. Quien posee esas velas y una nave capaz de llevar esa carga puede viajar por toda la Geografía de la Imaginación. Por lo que es seguro y por lo que es terrible. Por la luz y por la oscuridad...

El Flint pequeño resopló mientras pasaba la palma de la mano por el cuenco para rebañar los últimos granos de arroz.

—La *Metis* era el más antiguo de esos barcos. Surcó los mares para recobrar las almas de los soldados caídos en la batalla y volvió del viaje con todos aquellos a los que había ido a buscar. Los soldados fundaron un condado, en el Norte, y la *Metis* siguió viajando para ellos. Al final naufragó, por culpa de un capitán inexperto.

—Y del *Mary Grey*, ¿qué se cuenta? —preguntó Nestor, conteniendo un escalofrío.

—El *Mary Grey* estuvo viajando hasta hace cincuenta años. Después se perdió. Aunque alguno dice que lo ha visto en el Cementerio de las Ballenas o en las Esfinges.

—¿Y qué más dicen?

—Dicen que ha vuelto. Que su capitán surca de nuevo los mares. Que se ha vengado de todos los que se amotinaron contra él. Que ha salido a buscarlos y ha ido matándolos. Uno a uno.

—A todos no —susurró Nestor, sombrío.

—Pero si el *Mary Grey* es una leyenda, la *Metis* lo es todavía más. Los rumores sobre él son confusos. Algunos dicen que no es verdad que naufragara. Que lo vararon para que no surcara más estos mares. Otros sostienen que navega aún en un estrecho brazo de mar, un manantial formado con el agua de estas olas...

Una réplica, en escala reducida, del Mar Cerrado y del Laberinto...

La mujer se agachó para acariciar el agua oscura, que pareció estremecerse bajo sus dedos como un ser vivo.

—Pero esto, claro, son solo leyendas. Y a veces creer en las leyendas es peligroso.

—¿Por qué? —preguntó el Flint pequeño.

—Porque la *Metis* era el navío de los constructores.

—¿«Los constructores»?

—Los que construyeron el Laberinto y el Mar Oscuro. Los que hicieron las puertas y perdieron la batalla cuando sus mismos discípulos se rebelaron contra ellos y los expulsaron de los Lugares Imaginarios. Los que fueron olvidados y aún esperan una chispa fugaz de memoria para recuperar el mar. Los constructores: ¿cómo los llamas tú, jovencito? ¿Inventores? ¿Arquitectos? ¿Dioses?

Esa última palabra resonó en la playa como una piedra lanzada sobre las olas y reverberó en los pensamientos de todos ellos antes de hundirse en la oscuridad. Estaban rozando un límite peligroso, donde las palabras adquirían majestuosidad y el silencio dominaba el infinito.

Nestor volvió a pensar en los años que había pasado corriendo tras el espejismo de los constructores de puertas, personas que, en un pasado muy remoto, habían encontrado la manera de comunicar los Lugares Imaginarios con los lugares reales gracias a sencillas puertas de madera y a llaves con forma de animal.

Todos aquellos años para encontrarse solo con polvo y retazos de misterio en la mano.

—Me llamo Pandora —dijo entonces la mujer, girándose hacia ellos.

—Yo soy Emmet Flint —se presentó el chico.

La mujer le tendió las manos a Nestor, que se levantó con dificultad de la arena.

—¿Quieres que te lleve a la ciénaga? —le preguntó.

El viejo jardinero señaló el catamarán amarrado al muelle.

—¿Es veloz tu nave?

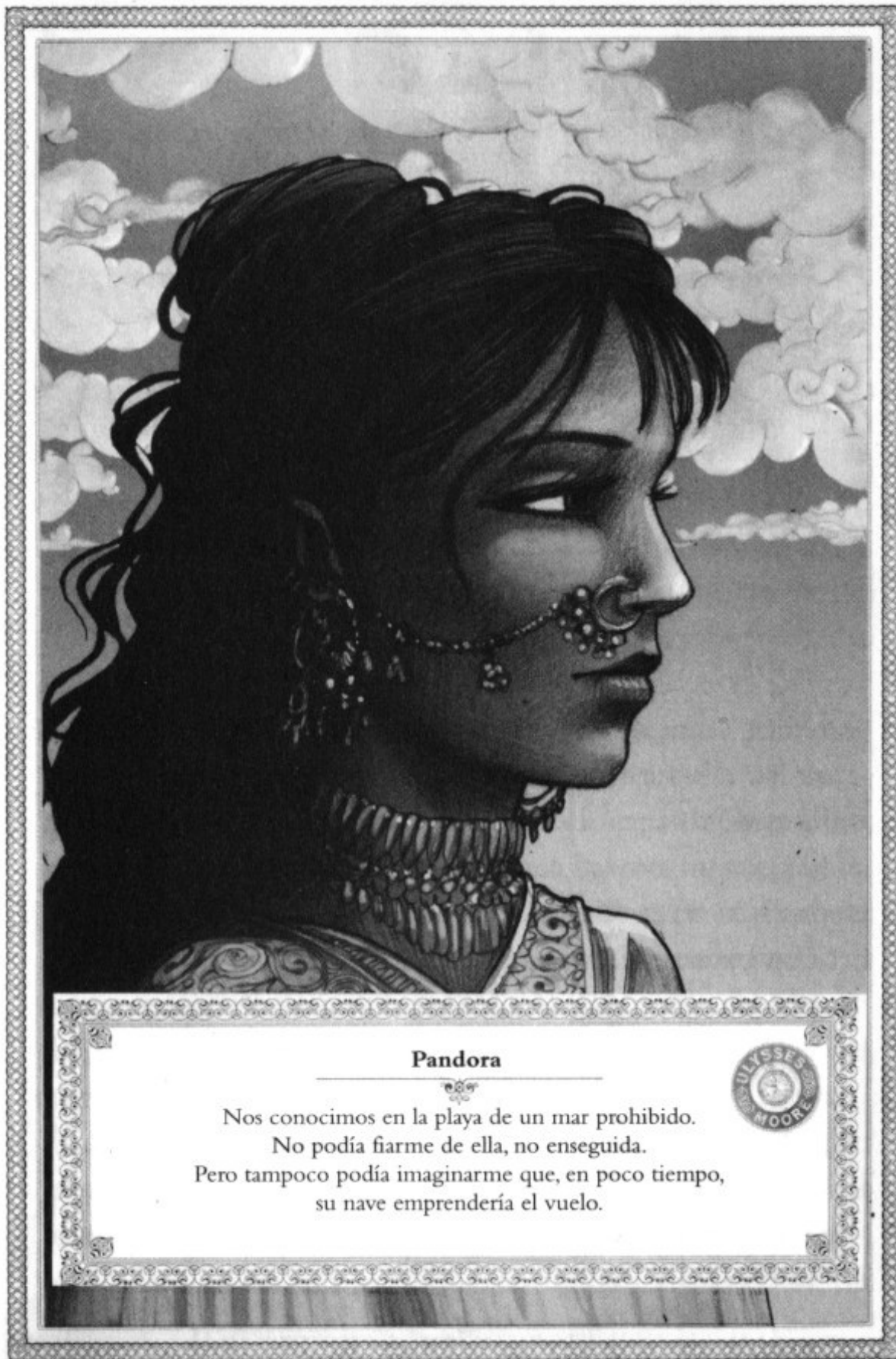
Pandora agitó sus cabellos.

—Más veloz que el viento.

Nestor asintió.

—Pero, si quieres viajar conmigo —añadió la mujer—, tengo que saber cuál es tu verdadero nombre.

Nestor se agachó y le susurró algo al oído a través de la larga melena.



**Pandora**

Nos conocimos en la playa de un mar prohibido.  
No podía fiarme de ella, no enseguida.  
Pero tampoco podía imaginarme que, en poco tiempo,  
su nave emprendería el vuelo.





### Capítulo 13

## *El VALLE de los TAMBORES*

Dos figuras avanzaban lentamente por el terreno pantanoso, abriéndose paso con dificultad entre los árboles del manglar, cuyas largas raíces se hundían en la capa de agua y barro que lo cubría todo formando una barrera impenetrable.

Leonard Minaxo iba delante, haciendo girar el machete para librar el paso de las plantas trepadoras que enrarecían el aire con sus efluvios dulzones. En la otra mano llevaba un largo bastón que usaba para comprobar la consistencia del terreno.

Calypso caminaba cuatro pasos más atrás, atada a él con una cuerda, como los alpinistas, para no acabar en las arenas movedizas. Cuando los pies de Leonard empezaban a hundirse en el barro, ella se paraba, se sujetaba al tronco de un árbol y esperaba a que el guardián del faro se liberara para elegir otro camino.

Cada vez que giraban en aquella intrincada maraña de raíces, arbustos y bancos de arena, Calypso dejaba una señal con spray rojo en la corteza descolorida. Y cuanto más se adentraban en el corazón del manglar, más parecían esos signos un rosario de heridas. Pero si se lo decía a Leonard, él, por toda respuesta, resoplaba y lanzaba mandobles aún más fuertes con su machete.

—De acuerdo, hagamos una pausa —aceptó en determinado momento el guardián del faro, tirando al suelo la mochila.

Minúsculos insectos blancos corrieron a resguardarse en los recovecos que había entre las raíces.

Habían llegado a cierta altitud y se sentaron para descansar. Unos cangrejos pequeñitos salieron de sus refugios y se quedaron observándolos, curiosos.

Leonard le pasó a Calypso la cantimplora de agua y algo de comer. Ella

aceptó las dos cosas y permaneció sentada, con la espalda recta, con cuidado de no apoyarse en nada: había visto demasiados animales reptar y corretear entre aquellas raíces y no tenía ningunas ganas de encontrarse con uno de ellos en el cuello.

—¿Cuánto más piensas seguir? —le preguntó a su marido, antes de devolverle la cantimplora.

Miró hacia arriba, como para orientarse, pero el manglar era tan tupido que apenas conseguía ver el cielo: parecía un tejido esponjoso que solo las ramas mantenían unido.

—Cada poco pienso que deberíamos de estar al llegar... —respondió él, meneando la cabeza—. Y sin embargo esta maldita jungla no acaba nunca.

—Fijemos un plazo —propuso Calypso.

—Una hora —respondió Leonard—. Seguimos una hora más y después volvemos.

Calypso asintió, taciturna. Otra hora de camino significaba dos horas para volver al punto en el que empezaba el manglar y otras tres para regresar a la barca. La habían puesto en seco en una ensenada mucho más abajo, donde habían oído los tambores por primera vez.

Habían sido los tambores los que habían convencido a Leonard de adentrarse en la espesura. Los tambores y el hecho de que el bergantín del capitán Spencer parecía haberse esfumado.

Leonard quería ir solo, pero Calypso había insistido en acompañarlo. «O los dos o ninguno», le había recordado, usando las mismas palabras que le había susurrado en su noche de bodas, cuando la había llevado por primera vez al faro.

En todos aquellos años juntos, Leonard le había contado quién era en realidad y todo lo que había hecho y visto durante sus viajes. También le había señalado al culpable de que hubiera perdido el ojo, o sea, el capitán de aquel navío desaparecido. Calypso había descubierto la vida secreta de Leonard de manera natural, como suelen hacerlo las mujeres, y con cada pieza que él le mostraba, en la mente de la librera se había ido componiendo un rompecabezas de misterios y antiguos secretos. Aunque algunos, a decir verdad, los conocía ya...

Mucho tiempo antes de casarse con Leonard, Calypso había hecho un juramento. Y ese juramento era como una caja fuerte: custodiaba un pequeño secreto, que quizá no fuera tan pequeño. Ella no lo rompería mientras pudiera. Por supuesto, nunca mentiría a su marido, pero tampoco le revelaría las verdades que conocía de forma espontánea. A menos que él le hiciera

preguntas muy concretas, claro: en ese caso, Calypso abriría la caja fuerte. Pero únicamente en ese caso. Si no, se limitaría a escuchar fascinada los relatos de los viajes y las teorías de Leonard sobre los Puertos de los Sueños, los veleros con las velas negras y los misteriosos constructores de puertas...

A tantos años de distancia, sin embargo, en ese pantano fuera del mundo y del tiempo, Calypso se preguntó si tenía sentido seguir ocultándole lo que sabía. ¿Su secreto podría ayudar a Leonard en su búsqueda? ¿O solo serviría para confundirlo más?

No lo sabía. Y, de cualquier modo, ese día no tuvo tiempo de seguir pensando en ello.

Los tambores comenzaron a oírse de nuevo, y el eco de su ritmo acompañado resonó por toda la selva. Parecían muy cercanos. Más que nunca. Y por debajo del ruido de tambores se distinguían también gritos y alboroto.

—Vamos —murmuró Leonard, poniéndose de pie.

«Sí —pensó Calypso—. Vamos.»

Un rato después, vieron chisporrotear el fuego en la espesura de la selva. Un olor penetrante de humo, madera y plantas aromáticas quemadas llegó muy pronto hasta ellos. El ruido de tambores era ensordecedor por momentos y aún más opresivo a causa del aire inmóvil del manglar.

Leonard y Calypso avanzaron con más cautela todavía, atentos a que no los descubriera ningún centinela que pudiera dar la alarma.

El sendero se hacía cada vez más empinado, y la arena, los charcos de agua fangosa y el barro poroso por los que habían caminado hasta ese momento fueron dando paso a tierra más compacta y rocas. El manglar era menos espeso, y los árboles, cuyo nombre desconocían, ahora tenían los troncos blancos. El musgo y las plantas trepadoras eran cada vez más tupidos. Aparecieron los primeros helechos, que muy pronto formaron una barrera compacta y cada vez más alta de grandes hojas susurrantes.

Al final alcanzaron la cima, desde la que se dominaba una especie de cuenca natural: un anfiteatro de rocas y árboles, en cuyo centro se alzaba un poblado.

El fuego que habían entrevisto se hizo de repente más vivo, casi cegador. Calypso se tapó la nariz con un pañuelo para no toser a causa del humo denso que se alzaba de aquellas hogueras.

Vieron decenas, centenares de monos. Danzaban sin parar al ritmo de los tambores que unos hombres de piel oscura, semidesnudos, tocaban en torno a las hogueras, golpeando las pieles tersas con las manos y produciendo un



ruido obsesivo e hipnotizador. No hacían ni una sola una pausa: cuando uno de ellos dejaba de tocar, otro lo sustituía enseguida.

El poblado estaba formado por algunas tiendas hechas de harapos y por una casa más grande, de madera y piedra. En la parte de atrás, se entreveía una extraña pérgola, de la cual colgaban unas cuerdas que se mecían de manera siniestra.

Leonard apretó la mano de Calypso, le señaló el edificio principal y la invitó a seguirlo. Empezaron a recorrer el borde de la cumbre para abarcar todo el poblado con la vista.

—¿Qué están haciendo? —preguntó desconcertada la librera de Kilmore Cove.

Leonard no lo sabía, pero tenía la sensación de que, fuera lo que fuese, era malo. Algo negativo que se alimentaba con los tambores, las hogueras encendidas y la danza extenuante de los monos.

Caminaron lentamente, agachados, cuidándose de sobresalir entre la tupida vegetación, aunque tenían la impresión de que nadie podía darse cuenta de su presencia, desde allí abajo. En el último tramo, avanzaron reptando por el suelo. Después se asomaron a través de las plantas para observar de nuevo el poblado de los tambores.

Habían bordeado aproximadamente un tercio de aquel anfiteatro natural y se encontraban justo detrás de la casa de piedra, una especie de cuartel militar con ocho pequeñas ventanas. Al lado de la entrada trasera, había una pila de ropa y zapatos viejos, sables oxidados, sombreros rotos, cinturones, botas desparejadas y tirantes.

—No mires... —dijo Leonard en un susurro, intentando tapar con la mano los ojos de Calypso. Demasiado tarde.

Lo que de lejos les había parecido una pérgola era en realidad una horca, de la que colgaban cinco sogas para otros tantos ahorcamientos.

Calypso se había llevado una mano a la boca, y se esforzó por no gritar. Escondió la cara entre los brazos de Leonard, quien, por el contrario, no conseguía apartar la mirada de aquel absurdo poblado. ¿Qué diablos estaba pasando en aquel lugar olvidado de la mano de Dios y de los hombres?

De repente oyó el crujir de una rama al partirse, dirigió su único ojo sano hacia el lugar de donde provenía el ruido y distinguió a un mono escondido entre las ramas.

—¡Cuidado! —le dio tiempo a gritar, apartando a Calypso a un lado un instante antes de que el mono soplara en una especie de cerbatana.

Leonard sintió como una pequeña picadura de mosquito en el cuello.

Intentó incorporarse, pero cayó redondo al suelo y rodó entre las hojas.



Capítulo 14  
**SOLOS**

En la oficina de Correos de Kilmore Cove, Jason y Voynich bajaron las escopetas y se quedaron mirando con el ceño fruncido a los dos primos Flint, que, hombro con hombro, estaban llenos de barro de los pies a la cabeza, y tenían una expresión atemorizada.

—¿Y bien? —preguntó Jason, dado que nadie hablaba.

El Flint mayor lo observó con hostilidad.

—Y bien, ¿qué?

—Eso... —le secundó el Flint mediano—. Y bien, ¿qué?

—¿Se puede saber qué estáis haciendo aquí?

—¿Por qué no nos decís antes qué hacéis vosotros?

Jason alzó los ojos al cielo, exasperado.

—Señor Voynich, ellos son... —empezó a explicar.

—Lo sé —lo interrumpió Voynich—. Trabajaban para nosotros.

—¿Trabajaban para ustedes? —saltó Jason, volviendo a empuñar la escopeta—. ¿Qué quiere decir que trabajabais para ellos?

—¡Nosotros no trabajábamos para nadie! —protestó el Flint mayor—. ¡Y ten cuidado, a ver adónde apuntas con ese cacharro!

—¡Eso, cuidado, Covenant! No querrás dispararnos, ¿no?

Jason volvió a bajar el arma, contrariado.

—¿Y dónde está el tercero? —siguió preguntando.

—¡Eso tendríamos que preguntároslo nosotros! —replicó el Flint mayor, rojo de ira—. ¿Qué habéis hecho con nuestro primo?

—¡Eso! ¡Os lo preguntamos nosotros! —reafirmó el Flint mediano—. ¿Dónde está?

—Pero ¿de qué estáis hablando, si puede saberse? —preguntó Jason, desconcertado.

—¡Nuestro primo fue a tu casa —prosiguió el chicarrón apuntándole con

el dedo— y no ha vuelto!

—Eso, no ha vuelto... —gimoteó el otro—. ¡Devolvednos a nuestro primo!

—¡Bueno, ya vale! —intervino Voynich, que se puso en medio para separarlos—. Es muy sencillo, chicos. Nosotros no tenemos la menor idea de dónde está el inútil de vuestro primo. Además, estamos todos en el mismo barco. Y la verdad es que este no es el momento más oportuno para ponernos a dar explicaciones... —Miró a Jason—. Lo pasado pasado está, ¿de acuerdo?

Jason torció el gesto, no muy convencido.

—Todavía no nos habéis explicado qué estáis haciendo aquí dentro...

—¿Tú que crees que estamos haciendo, listillo? —saltó el Flint mayor.

—¿Qué crees que estamos haciendo, eh? —añadió el Flint mediano—. No podíamos volver a casa sin nuestro primo ¿no? Así que hemos venido a por él. Hemos buscado por todas partes: en los bosques, en el cementerio, en el faro... También hemos vuelto a vuestra casa, ¡pero ese sitio da escalofríos! Y además, vosotros tampoco estabais...

—En cualquier caso —añadió el Flint mayor—, no lo hemos encontrado.

—En ningún sitio.

Los dos intercambiaron una larga mirada resignada.

—¿Y qué tiene que ver Correos con la desaparición de vuestro primo? —preguntó Jason, confuso.

El Flint mediano resopló impaciente, como si la respuesta a su pregunta resultase absolutamente obvia.

—¡Tiene que ver con que podíamos entrar aquí porque teníamos las llaves! Las encontramos en la trastienda de la librería antes de que se desatara el infierno por culpa de aquella maldita puerta... Y hemos preferido venir aquí antes que volver a casa y que nos cayera encima un buen rapapolvo, ¿está claro?

El Flint mayor se restregó la nariz con el dorso de la mano.

—Después han empezado los cañonazos... ¡Pum! ¡Pum! Nos hemos asustado. ¡No es culpa nuestra...!

—¡Nosotros no tenemos nada que ver!

—Así que nos hemos escondido todavía mejor.

—Dentro de los sacos.

—Hasta que habéis llegado vosotros.

—Sí, hasta que habéis llegado vosotros...

Los cuatro siguieron discutiendo unos minutos, hasta que un cañonazo cercano los hizo enmudecer y los devolvió de golpe a la realidad.

—Vamos todos a los refugios que hay debajo del colegio —propuso Jason cuando el estruendo se atenuó.

—¿Al colegio? Pero... ¿tú estás loco? —protestó el Flint mayor.

—¿Contigo, Covenant? ¡Ni lo sueñes! —corroboró el Flint mediano.

—¡Pues haced lo que queráis! Quedaos encerrados aquí dentro o salid para que os capturen los monos, si queréis —replicó Jason, exasperado. Después miró a Voynich y meneó la cabeza—. Con estos dos no hay nada que hacer. ¿Y usted? ¿Viene conmigo?

Voynich se lo pensó antes de contestar.

—No, me quedo aquí.

—¿Se queda aquí? —repitió Jason, incrédulo.

—Alguien tendrá que quedarse para recibir a mis hombres cuando lleguen...

—¡Llegarán dentro de tres horas como mínimo!

—No, en serio, Jason. Yo me quedo. —Voynich cogió el paquete de la maestra Stella y empezó a empujarlo hacia delante y hacia atrás en la ventanilla.

—Como quiera —masculló Jason, y volvió a colgarse la escopeta al hombro.

—Tengo aquí el cuaderno de Moreau... —dijo entonces Voynich—. De vez en cuando lo abriré para ver si estáis. De esta manera podremos ponernos en contacto.

Jason asintió.

—Me parece una buena idea. —Lanzó una mirada torva a los dos primos Flint, que estaban confabulando entre sí, y añadió—: ¿Son un problema?

—No, creo que no —respondió el jefe de los Incendiaros—. Si llegan los monos, por lo menos seremos tres para darles la bienvenida.

Jason se dirigió a la puerta.

—Nos vemos luego, entonces. Abra el cuaderno, ¿vale? —Y, sin esperar respuesta, salió.

Cuando la puerta se cerró, Voynich volvió a concentrarse en el paquete de la maestra Stella. Lo apoyó sobre la rampa que llevaba hasta el sótano, pero no se decidía a dejarlo caer.

—¿Qué le pasa? —le preguntó el Flint mayor, acercándose—. ¿Ya no quiere mandar su paquete?

Voynich suspiró.

—La verdad es que tengo unas ganas enormes de abrirlo para ver qué contiene... —confesó.

—¿Y por qué no lo abre? —dijo el chicarrón—. No le va a ver nadie. Excepto nosotros, claro.

—¡Pero nosotros no contamos! —intervino el Flint mediano—. ¡Nosotros somos malos!

—Sí. Una vez abrimos un paquete que era para nuestro padre porque pensábamos que había llegado la nueva máquina para podar los setos... ¡Pero solo había unos libros! ¿Te acuerdas?

—¡Cómo no me voy a acordar! Fue una desilusión tremenda... —El Flint mediano negó con la cabeza.

Mientras hablaban, Voynich empezó a hacer un segundo paquete. Metió dentro su manuscrito, ató cuidadosamente el paquete con un cordel y lo precintó con un sello, escribió el remitente y lo dirigió a la sede de los Incendiaros, en Frogmal Lane, Londres.

—Listo —comentó al final, satisfecho.

—Ahora hay dos paquetes —observó el Flint grande con su acostumbrado ingenio.

Oyeron pasos arrastrándose por la plaza, acompañados por unos gruñidos incomprensibles.

—¡Los monos! —susurró Voynich—. ¡Rápido! ¡Escondeos!

Los primos Flint no se lo pensaron dos veces.

Voynich se refugió detrás de la taquilla y, ya que estaba, abrió las ventanillas y echó los dos paquetes. El de la maestra Stella bajaba cada vez más rápido, como si la rampa midiera decenas y decenas de metros de largo.

Entretanto, los gruñidos y el alboroto de la plaza se fueron haciendo cada vez más fuertes. El hombre se sentó en el suelo, empuñó la escopeta y miró el reloj.

«Dos horas y media —pensó—. Dos horas y media, y estarán aquí.»



Capítulo 15

## **RADIO CERO**

Una extraña criatura mecánica se movía por un río subterráneo, avanzando a brincos irregulares y velocidad constante. Peter estaba sentado a los mandos, mientras que Rick observaba el paisaje a través de la escotilla superior. No es que fuera muy interesante: una monótona sucesión de rocas cuya vista se perdía hacia lo alto en una parte, y la eterna curvatura del Laberinto en la parte opuesta. Pensó que nunca se acostumbraría a la idea de que todos los Lugares Imaginarios estuvieran conectados por aquella única estructura construida en el fondo de la hendidura que los separaba de la realidad. Pero así era. Y Peter y él acababan de obtener la enésima prueba.

Junto a él, el genial relojero de Kilmore Cove parecía un niño en un parque de atracciones por primera vez. Desde que zarparon, no había hecho más que mirar a su alrededor lanzando exclamaciones de entusiasmo y consultando algunos de sus gigantescos folios de dibujo, realizando un número interminable de cálculos incomprensibles.

—¡Este lugar debe de tener una geografía propia! —exclamó entonces—. Si se baja por las cascadas de Venecia, se llega al nacimiento del río... Si se sube por la cúpula derruida, como me has contado, se accede a Kilmore Cove...

Al oír el nombre de su pueblo, a Rick le entró un inesperado ataque de nostalgia. Pensó en su casa, en su madre, en sus amigos. Se acordó de Julia y, por un momento, le entraron ganas de que toda aquella aventura terminara enseguida para poder volver a abrazarla, por fin. Pero, por lo que sabía, el único medio para viajar directamente desde el Laberinto hasta Kilmore Cove era el globo que, precisamente Peter, había fabricado muchos años antes para Penelope y que ahora flotaba en el corazón de Salton Cliff, amarrado con una soga al muelle de los animales.

—En Venecia, en tu taller, nos hablaste de una nave... —dijo Rick de

repente, dirigiéndose a Peter, más para apartar de la mente la idea obsesiva de su casa que por un verdadero interés.

El inventor levantó la cabeza de sus hojas garabateadas y lo miró como si se hubiera materializado súbitamente en el habitáculo.

—La nave del capitán Spencer —contestó. Y, sin más preámbulos, empezó a contar.

Le explicó que había visto arribar a Venecia un bergantín con las velas negras y le habló de un pirata que no envejecía porque había hecho un pacto con alguna rara criatura. Un canalla que surcaba los mares, moviéndose a través del mundo real y los Lugares Imaginarios a bordo de su navío. Le habló de cuando sus caminos se cruzaron y de cómo él, Ulysses y los demás lo habían derrotado, le habían robado la nave y después la habían conducido hasta una ciénaga impenetrable, donde la abandonaron, dejándola encallada.

—Yo quería hundirla... —confesó—. Y quemar las velas. Pero los otros, Nestor sobre todo, no quisieron ni oír hablar del tema. Para él hundir una nave era como asesinar a alguien. Y, además, Spencer no podría escapar nunca de la isla ni encontrar la nave...

—Entonces, ¿cómo lo ha conseguido? —preguntó Rick, mientras la araña metálica avanzaba.

—Yo también me lo pregunto... —respondió Peter, pensativo. Y luego añadió—: Pero recuerdo que había un marinero, que se había amotinado con el resto de la tripulación, que nos llevó a tierra después de haber dejado el *Mary Grey* encallado en la arena.

—¿Un marinero?

—Un gigante con la piel de ébano llamado JohnDoo —recordó Peter—. Aparte de Black, Nestor, Penelope, Leonard y yo, era el único que conocía la ubicación exacta del barco.

—Entonces, ¿a lo mejor ha sido él quien...?

—Es la única explicación. Spencer podría haber escapado de la isla en la que estaba prisionero, haber encontrado más tarde a JohnDoo y, gracias a él, haber llegado hasta su vieja nave.

—Y después haber vuelto a las andadas.

—Exacto —respondió Peter—. Y por eso nos hemos puesto en marcha. Ha llegado a Venecia, pero eso al fin y al cabo era fácil. Lo importante es que nunca descubra la ruta hacia Kilmore Cove...

—Por tanto... —dedujo Rick—, nuestra misión... ahora es... capturar a Spencer, ¿no?

—Así es —asintió Peter con decisión.



—¿Y adónde vamos exactamente?

El inventor soltó los mandos de su araña anfibia y se quedó mirando al chico pelirrojo durante un buen rato.

—¿Sabes una cosa?, no lo he pensado —respondió al fin, y se concentró de nuevo en la oscuridad. Luego empezó a mover los mandos para encender un rudimentario aparato de radio, refunfuñando entre dientes—: Quién sabe si hay alguien que retransmita música clásica aquí abajo...

Rick miró incrédulo al genial relojero. Una vez más, dudó de si estaba bromeando o si era solo que le faltaba un tornillo.

Nada que hacer. No había absolutamente nada que hacer.

Las baterías de la radio del faro estaban prácticamente descargadas y dado que, como todos los demás inventos de Peter, se alimentaban con energía solar, de noche no había manera de recargarlas.

Black Vulcano apretó el botón de transmisión de aquella caja de baquelita negra y gritó al micrófono:

—¿LEONARD? ¿ME OYES? ¡LEONARD! ¡LEONARD!  
¡PROBANDO! ¡PROBANDO! ¡ALFA! ¡BRAVO! ¡CHARLIE!

Giró la rueda a derecha e izquierda, intentando captar la «frecuencia cero», la única capaz de establecer la comunicación entre los lugares reales y los imaginarios: Black sabía, por lo que recordaba, que la frecuencia cero era el eco de la radiación de fondo del universo liberada por el big bang, en la cual se podían sintonizar los distintos aparatos de radio proyectados por Peter. Y, sin embargo, el maldito cachivache no se sintonizaba. No transmitía más que un débil zumbido, un silbido, un chirriar de insectos que ni siquiera conseguía superponerse al ruido de la lluvia que caía incesantemente sobre las luces apagadas del faro.

Vista desde allí arriba, la bahía de Kilmore Cove tenía cierto aire apocalíptico: hacia el este, las nubes empezaban a alejarse y dejaban paso a lenguas de luz dorada, cada vez más intensa, mientras los rayos de sol arañaban el cielo cubierto como si fueran las garras de un gato. La tormenta que se cernía sobre el pueblo se había reducido a una lluvia pertinaz, que ahora caía vertical, sin viento. El mar parecía un termitero.

Black intentó poner en funcionamiento la radio por última vez. Después tiró lejos el micrófono, exasperado.

Nada. Silencio. Oscuridad absoluta. Oscuridad absoluta y lluvia.

Era inútil tratar de ponerse en contacto con Leonard. Inútil intentar comunicarse con Ulysses. Y con Peter, que estaba divirtiéndose en Venecia. Estaba solo y tenía que hacer frente al más acérrimo de sus enemigos.

Un enemigo tan implacable que no quería involucrar a los chicos.

Se levantó de la silla, puso los brazos en jarras e intentó razonar. Desvió la mirada del bergantín que cabeceaba en la ensenada a las ruinas de Villa Argo, en la cima del acantilado. Salton Cliff no era lo mismo sin la torre irguiéndose en lo alto.

—Piensa, amigo mío... piensa... —se repitió Black—. ¿Cuántos pueden ser?

Los chicos habían visto a un marinero de piel oscura en tierra y a un tipo encapuchado a bordo. Dejando a estos aparte, la tripulación debía de estar compuesta exclusivamente por monos.

Black profirió una imprecación a través de la ventana del faro, turbado por una vaga sensación de impotencia.

A excepción de los monos, Spencer estaba prácticamente solo.

Solo.

«¿Cómo demonios consigue controlar a esos animales?», se preguntó. ¿Cómo podía darles órdenes y lograr que lo entendieran? Esa era la cuestión. Si Black consiguiera romper la relación entre Spencer y su tripulación, si pudiera promover un segundo motín...

Una idea empezó a rondarle por la cabeza, insistente e impracticable. Y, sin embargo, quizá fuera la única forma de salvar el pueblo.

—¿Leonard? —chirrió de repente el micrófono de la radio, sobresaltándolo—. ¿Leonard Minaxo?

Black cogió el micrófono con un nudo en la garganta.

—¡Aquí Black Vulcano! ¿Quién es?

Dejó libre el canal cero, en espera de la respuesta.

—¡Black! ¡Viejo zorro! ¿Qué te cuentas?

La voz era extraña. Lejana y, sin embargo, familiar. Una voz que el maquinista de Kilmore Cove no oía desde hacía muchos años. Tardó unos segundos en reconocerla, pero nada más hacerlo el corazón le dio un vuelco de felicidad.

—¡Peter! —exclamó—. ¡Dime que eres tú!

Tuvo que subir el volumen al máximo, porque la voz de su amigo se oía muy lejana, era apenas un susurro.

—¡Claro que soy yo! ¿Quién quieres que sea?

—¡No sabes cuánto me alegra oírte, viejo bribón! Pero ¿dónde estás? ¿En Venecia?

La respuesta tardó unos segundos en llegar.

—¡Es más fácil que me digas dónde estás tú!

—¡Yo estoy en Kilmore Cove! ¡En el faro! ¡Y ha llegado Spencer!

—¿Spencer? —Otra pausa, un poco más larga—. ¡No es posible!

—¡Te digo que está aquí, en la bahía!

—Pero ¿cómo ha podido encontrar la ruta?

—¡Y yo qué sé! ¡Solo sé que ese canalla nos está friendo a cañonazos! Hemos llevado a la gente a los refugios y ahora yo... ¡estoy buscando ayuda!

—¡Pues sí, amigo mío, yo diría que la vas a necesitar! ¡Después de la broma que le gastamos la última vez, querrá meternos una manzana en la boca a todos y asarnos a fuego lento como cochinitos! ¡Empezando por Ulysses!

Black emitió una risita nerviosa y se acercó un poco más al micrófono. La voz de su amigo era aún más débil.

—¡Peter, oye! —exclamó—. ¡Tenemos que poner en marcha tu vieja arma! ¿Me has oído?

La voz del otro lado le llegó como un borboteo.

—¡Ni hablar! ¡No la hemos probado nunca! Podría ser demasiado peligroso...

—¿Tienes alguna brillante idea alternativa? ¿O crees que ya has disfrutado bastante con tus vacaciones y piensas venir a echarme una mano?

—Bueno, si te pones así, no voy a tener más remedio que ir. Hace tiempo que no arreglo un poco la casa.

Black sintió que el corazón le daba un vuelco de alegría.

—¿Lo dices... en serio?

—Sí. Ahora estoy aquí abajo, en algún lugar indeterminado. Dante el tiempo de orientarme y encontrar el camino a casa...

—¡Pero eso es fantástico!

—Y hazme caso: no pongas en marcha el arma bajo ningún concepto. Provoca un poco de jaleo, distráelos, intenta ganar tiempo, ¡pero no te pongas al mando de las Sirenas! ¿Entendido? ¡Espera a que yo vuelva!

—Pero ¿cuánto tardarás en volver?

Silencio.

—¡Maldita sea! Peter, ¿me oyes?

El micrófono emitía un débil zumbido.

Se había cortado. La voz de Peter Dedalus se había perdido en los meandros del tiempo y del espacio que se extendían por debajo de Kilmore Cove.

Ganar tiempo, había dicho el relojero. Distraerlos.

Perfecto, pero... ¿cómo?!

Black Vulcano se puso a pasear arriba y abajo en la habitación del faro para ver si se le ocurría alguna idea.

—Bueno —dijo al final—. Cada cosa a su debido tiempo.

Apartó los mapas y los libros que Leonard había dejado en el estudio y salió. Fue hasta el cuadro de mandos, buscó las palancas que controlaban las luces del faro y las encendió todas a la máxima potencia. El generador de emergencia del sótano se puso en funcionamiento con un gruñido, y a Black casi le pareció ver cómo la corriente eléctrica corría crepitando a lo largo de los cables.

La enorme luz del faro se encendió y cortó en dos la capa de nubes como un golpe de espada.

Black bajó rápidamente las escaleras.

—Ahora sabes dónde estoy, Spencer... —bramó—. Pero no te daré la satisfacción de atraparme.

En la cuadra, Ariadne relinchó inquieta. Black no le hizo caso y entró en casa de Leonard. Tenía las llaves. Buscó un viejo baúl. Cuando lo abrió, el olor a naftalina le penetró en la nariz.

—Puestos a cometer locuras, por lo menos hagámoslo bien... —masculló.

Cogió una caja de madera finamente labrada, cuyo anterior propietario había grabado su nombre en una placa de oro: «Francisco Vásquez de Coronado».

Dentro de la caja, envueltas en terciopelo rojo, había dos pistolas de cañón largo con las cachas de marfil. Dos espléndidos ejemplares de manufactura española que habían encontrado en un lugar que ya no existía.

—Y ahora... un chaleco —decidió Black Vulcano mirando a su alrededor.



Capítulo 16

## PRISIONERA *del* CAPITÁN

Lo primero que vio Julia fue el puente de la nave: tablonés de madera oscura que oscilaban ante sus ojos inmersos en una neblina luminosa. No entendía nada. Se quedó con los ojos abiertos hasta que la neblina se disolvió, aturdida por un dolor constante en la nuca, en el punto donde la habían golpeado. Después oyó ruido de pasos que resonaban en la cubierta y vio un par de botas de cuero negro que se acercaban hasta detenerse a pocos pasos de ella.

Una voz ronca, masculina, ordenó:

—Despertadla.

Dos monos la agarraron de los hombros y empezaron a zarandearla, pero a Julia le bastó el olor nauseabundo que emanaban para despertarse del todo.

—¡Quitadme esas patatas de encima! —gritó con razón.

Vapuleada y tirada por los suelos, con dos monos que le gritaban, irritados.

—¿Eres tú la gemela de Villa Argo? —le preguntó la voz de antes.

Julia tragó saliva y alzó lentamente los ojos. De pie frente a ella, había un hombre alto, muy alto, con una figura imponente. Visto de cerca, y desde abajo, parecía una estatua monumental. Sus botas relucían, las manos eran robustas y fuertes. La ropa, impecable y extrañamente perfumada. Un contraste radical con la jauría de monos que la rodeaba.

La chica intentó ganar tiempo.

—Eres el capitán Spencer, ¿verdad? —le dijo, con voz temblorosa, preguntándose cómo podía saber nada de ella ese hombre.

El pirata se puso de cuclillas frente a ella. De cerca, su rostro parecía esculpido en teca: los pómulos altos, las cuencas de los ojos profundas, la boca bien perfilada, la nariz recta como la aguja de una brújula.

—Soy yo —respondió, dejando ver una dentadura resplandeciente.

Julia intentó retroceder a su pesar, pero no había espacio suficiente para

hacerlo. De repente, sintió que el pánico la atenazaba y comprendió que con aquel hombre no se podía bromear. Gritó: el capitán Spencer desenvainó la espada y clavó con ella en el puente los cordones de las zapatillas de deporte de Julia.

—Y ahora... ¿puedo saber si mis chicos me han traído a la persona que estaba buscando o tengo que arrojarte al mar?

—Soy... soy yo... —balbuceó Julia—. Soy Julia Covenant.

—Muy bien —murmuró Spencer.

Se puso de pie, retiró la espada de los cordones de Julia y la invitó a alzarse. Ella lo intentó y se dio cuenta de que le temblaban las rodillas.

Le daba vueltas la cabeza. Miró a los monos que chillaban a su alrededor y las casas humeantes de Kilmore Cove.

—¿Qué quieres? —preguntó al final.

—Solo una cosa: quiero a tu amigo Ulysses Moore —respondió el capitán Spencer.

—Yo... no sé dónde está... —contestó Julia.

El pirata cruzó las manos detrás de la espalda y contempló el mar. En la cima del acantilado, en los jardines de Villa Argo, brillaron algunas señales luminosas. Señal larga, señal breve. Señal larga...

«Código morse», intuyó Julia.

Spencer esperó a que el mensaje acabara y después comentó:

—Tu hermano no aparece. Y tampoco el jardinero.

Rió socarronamente.

«Lo sabe todo —pensó Julia aterrada—. ¿Cómo es posible?»

Iba a decir algo, pero él se le adelantó:

—He capturado a tus padres. Aún están en tierra, pero no hablan. Dicen que no saben nada de vuestro... ¡jardinero cojo!

—¿Qué les has hecho a mis padres? —gritó Julia, fuera de sí.

—Nada que no pueda hacerte a ti si no hablas —le respondió el capitán Spencer, con toda tranquilidad—. Puedo hacer que te arranquen las uñas una a una o sumergirte en un barril lleno de hormigas...

Julia intentó no escuchar: calculó la distancia que separaba el bergantín de la orilla.

—Si te tiras al mar... —dijo Spencer, como si le hubiera leído el pensamiento—, ordeno que te disparen.

—¿A quién? ¿A tus monos?

Spencer rió.

—¡Tienes mucho carácter, Julia Covenant! Tal y como me habían contado.

—¿Quién te lo ha contado?

—Y también eres muy guapa... —El capitán continuó riendo sarcásticamente—. Sería una verdadera pena tener que torturarte para que me dijeras dónde se esconde ese cobarde de Ulysses Moore.

—¡Ya te he dicho que no sé dónde demonios está! ¡No tengo ni idea!

—Patrañas. ¿No quieres decírmelo tú? Pues me lo dirán tus padres. O tu hermano.

—Jason no dejará que lo atrapes.

En el rostro del capitán Spencer se dibujó una nueva sonrisa gélida.

—¿Sabes cuántas veces he oído esa frase? Y al final he ido atrápanolos a todos: uno tras otro. Creían que se saldrían con la suya. Que podrían librarse de mi venganza. ¡Qué ingenuos! Yo soy un maestro en este tipo de caza: me hace sentir vivo. Dime dónde está Ulysses Moore... y te perdonaré la vida.

—¿Y por qué debería creerte? —respondió Julia, despectiva.

Spencer señaló Villa Argo.

—En tu casa, en este momento, hay un hombre con el que he hecho un pacto. —Dio un taconazo en el suelo—. Él sabía dónde se encontraba mi nave, y yo sabía cómo alargarle la vida... Como ves, nos fiamos el uno del otro. Y volvimos a hacer negocios juntos. Tienes suerte, Julia Covenant, todavía busco a cuatro personas, y tú no eres una de ellas. En fin, ¿tienes algo que decirme?

Julia se disponía a negar con la cabeza, pero el pirata se lo impidió: dio un salto, le cogió la cara y se la sujetó, mirándola fijamente a los ojos.

—No me hagas perder tiempo —le espetó—. ¿Dónde está?

Cuando la soltó, la chica casi se cae al suelo de miedo.

—Vamos a hacer una cosa. Yo intento ayudarte ahora... —murmuró Spencer—. Y después me ayudas tú a mí. ¿Qué me dices de Leonard el Tuerto?

Julia hizo un esfuerzo por mantener la calma.

—Salió de viaje. Por mar... No sé adónde.

—Muy bien. ¿Ves cómo puedes ser amable si quieres? ¿Peter Dedalus?

—Ya no vive aquí.

—Magnífico, jovencita. No hace falta que me digas nada más. Lo sé todo: vive en Venecia, y he encargado a otros que se ocupen de él, aunque no me habría importado nada matarlo con mis propias manos... Sigamos. ¿Y el ferroviario?

—Yo... yo... No lo sé...

—Te ayudo yo: ¿ves la luz del faro? ¿Quién crees que la ha encendido?

Julia sorbió con la nariz y asintió. Sí. Había sido Black.

—Y ahora el plato fuerte: ¿quieres hablarme del cojo?

—Se fue —repitió Julia.

—Demasiado fácil, ¿no crees?

—¡Te lo juro! Desapareció de golpe, sin decir nada. ¡Ninguno de nosotros sabe adónde ha ido!

El capitán Spencer esperó unos segundos y después dijo, con tono monocorde:

—¿De verdad quieres que ordene colgar a tu hermano del palo mayor?

Julia no pudo contenerse por más tiempo y se echó a llorar.

—¡No! —se lamentó el pirata—. ¡No! ¡Lo estabas haciendo muy bien! Vamos a dejar tranquilo a tu hermano, ¿vale? ¡Puedo hacerles lo mismo a tu padre o a tu madre si lo prefieres! Como tú quieras. A no ser que me digas adónde se marchó el cojo.

—¡Se fue después de leer la carta de Penelope! —gritó Julia, desesperada.

Al oír ese nombre, el capitán Spencer frunció el ceño de golpe.

—¿Qué carta?

—La que ella le escribió justo antes de desaparecer. ¡La leyó, descubrió que Penelope todavía está viva y se fue a buscarla!

—Pero Penelope no está viva —respondió Spencer, desconcertado.

Julia dejó de llorar de golpe y abrió la boca de par en par.

—Te lo puedo asegurar —añadió el pirata—. La maté yo mismo, en la Tierra de Punt, cuando me di cuenta de que nunca me entregaría los mapas para llegar a Kilmore Cove. ¡La encerré en la biblioteca y prendí fuego a todo el edificio!

Julia notó las últimas lágrimas deslizarse por sus mejillas. Recordó, rápidamente, el viaje de Jason y Rick a aquel lugar imaginario: le habían contado que un pavoroso incendio había acabado con un ala entera de la biblioteca. Y que habían buscado el mapa de Kilmore Cove que permanecía custodiado allí, en una cámara secreta. Un mapa que después había caído en manos de Oblivia Newton y que...

¿Penelope había muerto para proteger aquel secreto? Era como si hubieran pasado mil años.

Julia pensó en todas estas cosas y alzó los ojos para encontrar los de Spencer. Todos sus miedos habían desaparecido de golpe.

—Entonces eres tú quien tiene que tener miedo de Ulysses Moore.



—Perdona, ¿qué has dicho?

—Cuando descubra que tú mataste a Penelope, no habrá nada que pueda calmar su ira.

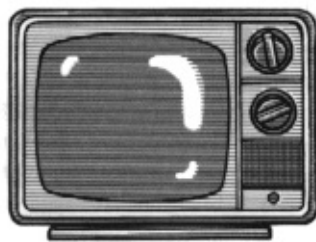
Spencer lanzó una carcajada atronadora.

—¡Tú tienes miedo de él! —prosiguió Julia, notando que la piel se le arrebolaba.

—¡Sí, Julia Covenant, tienes razón! ¡Tengo miedo! ¡Tengo un miedo atroz de Ulysses Moore! ¡Estoy aterrorizado! —El pirata la miró con conmiseración—. ¡No lo has entendido, jovencita! Yo no puedo morir. ¡Y no he tenido nunca miedo de nada!

Hizo un ademán con la mano dirigido a su tripulación de monos.

—¡Llevala abajo! —ordenó.



Capítulo 17

## ***El ARMA SECRETA***

—¡Padre Phoenix! —llamó Jason en el pasillo del refugio subterráneo.

Ya estaban casi todos abajo, pero los refugios eran espaciosos y nada sofocantes. Poco a poco, los habitantes de Kilmore Cove encontraron un lugar donde acomodarse: algunos conversaban, otros se habían tumbado para descansar después de aquel brusco despertar. Los más jóvenes parecían los más asustados, mientras los ancianos estaban como envalentonados por aquella atmósfera marcial. Como si la idea misma de una guerra hubiera despertado en ellos el espíritu combatiente de otros tiempos.

Cuando construyeron los refugios, los amigos del Gran Verano hicieron un buen trabajo: había sitio suficiente para el doble de la población de Kilmore Cove, y los dormitorios estaban dotados de soluciones tecnológicas un tanto extrañas pero utilísimas.

Un generador de corriente alimentaba la iluminación de circuito cerrado, grandes ventiladores soplaban incesantemente aire fresco sin dejar de zumbar. En los grandes dormitorios con literas, había baños con agua caliente, y en cada pasillo, al menos una enfermería, una sala estéril para operaciones de urgencia, dos cocinas enormes, una despensa repleta de latas y conservas, una hilera de lavadoras mecánicas que reutilizaban el agua y el jabón, además de una cisterna subterránea que parecía una piscina olímpica. Había también una parada de tren, unida a la red paralela de la Clio, para evacuar definitivamente el pueblo en caso necesario.

A Jason le parecía increíble que solo cuatro amigos, y además en secreto, hubieran podido construir todo aquello: lo más lógico era que aquel refugio existiera antes de que ellos lo descubrieran, que fuera de la época de la Segunda Guerra Mundial o de antes incluso, del tiempo de la guerra de los constructores de puertas, y que los amigos simplemente lo hubieran rehabilitado y dotado de las comodidades de la época moderna.

—¡Padre Phoenix! —repitió Jason, corriendo entre la multitud para llegar a su lado—. ¿Dónde está mi hermana?

El párroco se restregó los ojos y se masajeó las sienes. Parecía exhausto.

—Le he dicho que fuera a abrir la entrada del colegio y después... Por aquí no la he visto todavía, pero... estamos casi todos. ¡Ya he cerrado la entrada de la iglesia!

—¿Y Black? ¿Ha vuelto?

—No lo he visto tampoco —respondió el padre Phoenix. Después vio la escopeta que el chico llevaba al hombro y le preguntó de dónde la había sacado.

Jason le contó brevemente la agresión que habían sufrido en el taller y le explicó que Voynich se había quedado atrincherado en la oficina de Correos a la espera de quienes fueran a socorrerlo.

—Tenemos que hacer algo... —murmuró al final. Hizo una pausa antes de añadir—: Black me ha hablado de un arma que hay aquí abajo, en algún lado... ¿Usted sabe algo?

El padre Phoenix lo miró fijamente a los ojos durante unos segundos. Se notaba que estaba pensando muy rápidamente.

—Algo he oído decir, sí —admitió al final.

—¿Qué es lo que sabe? —quiso saber Jason, impaciente.

—Bueno, está bien... —decidió el párroco. Se apartó de las personas que lo rodeaban y encargó a un grupo de chicos que lo sustituyeran durante un cuarto de hora, pidiéndoles que prestaran atención a esto y lo otro. Dio unas rápidas instrucciones al alcalde y a los dos bomberos y, por último, echó a andar con Jason por las salas del refugio—. Antes de marcharse —empezó a contar—, Penelope me habló de un sistema de defensa que ella y los otros habían empezado a proyectar, pero que habían abandonado cuando decidieron cerrar todas las puertas para evitar problemas... ¿Me sigues?

Jason asintió. No había entendido nunca muy bien cuál era el papel del padre Phoenix en la pandilla de amigos del Gran Verano. A veces parecía saberlo todo y haber participado en primera persona. En otras ocasiones, sin embargo, se quedaba al margen, como si fuera ajeno al asunto.

Al llegar ante una puerta blindada, el cura empezó a buscar la llave en el mazo medieval de Black.

—Al cerrar las puertas, creyeron haber alejado cualquier tipo de amenaza, y durante un tiempo fue realmente así. Hasta antes de que llegaraís vosotros, al menos. Pero yo no me he fiado nunca. Sabía que antes o después pasaría. Era inevitable...

Probó un par de llaves, y finalmente, al tercer intento, la cerradura se abrió y la puerta chirrió sobre sus goznes oxidados. Una vez en el otro lado, Phoenix encendió las luces.

Jason vio que habían entrado en una especie de sala de mandos, que recordaba una de esas viejas series de ciencia ficción en blanco y negro: había una maqueta de Kilmore Cove que ocupaba prácticamente todo un lado, moqueta en el suelo, mesas de formica, interruptores con lucecitas redondas, televisores abombados, un tocadiscos, una colección de LP y un enorme teléfono de baquelita negra, colocado encima de una lista de números.

—¿Qué es este sitio...?

—Era la estación de radio de Black Vulcano... y muchas cosas más. Peter la llamaba «el Olimpo», pero... —El padre Phoenix movió varios interruptores arriba y abajo, antes de dar con los indicados. Una serie de aparatos que colgaban de las paredes empezaron a zumbir como un enjambre de abejorros—. Peter sentía debilidad por los nombres altisonantes. Ven.

El padre Phoenix se sentó en una vieja butaca de los años setenta y le señaló otra a Jason.

Los televisores se encendieron con un chisporroteo. Las pantallas negras se iluminaron con un campo de energía estática blanca y gris y, por último, lentamente, se fueron sintonizando con distintas vistas de Kilmore Cove.

—¡Eh! —exclamó Jason—. Eso es... ¡William Square!

Señaló la primera pantalla de televisión, sintonizada con la plaza principal. En la maqueta, se encendió una lucecita verde en la posición correspondiente.

—¿Hay cámaras... en el pueblo?

—No exactamente... —murmuró el padre Phoenix—. Hay un sistema de espejos y un tomavistas que Peter consiguió fabricar desmontando el proyector de cine. Esta imagen está tomada desde los ojos de la estatua del rey William...

Jason se había quedado boquiabierto.

El segundo televisor transmitió una imagen gris y uniforme.

—Este creo que está roto —comentó el cura. Le dio un par de golpes, pero la imagen no mejoró.

En las otras pantallas se veían las calles principales de Kilmore Cove azotadas por la lluvia, la playa, con el pequeño puerto (o por lo menos lo que quedaba de él), los balcones de la casa de miss Biggles, el torrente de barro y arbustos delante de la Casa de los Espejos, el porche de la casa de Leonard, visto desde lo alto del faro...

—Hay alguien en los establos —observó Jason, señalando la luz que salía de los boxes de los caballos—. A lo mejor es Black. ¿Podemos hablar con él?

El padre Phoenix estudió los mandos.

—No. Me temo que no.

Se quedaron mirando las pantallas un rato más, como hipnotizados, hasta que en una de ellas vieron un grupo de monos que cruzaba la plaza de la oficina de Correos.

—¡Maldición! —exclamó Jason—. ¡Voynich y los Flint están dentro!

Los monos olfatearon la entrada. Después, como si hubieran olido algo, abrieron la puerta de par en par y entraron con las espadas en ristre.

—¡Tenemos que ir a ayudarlos! —El chico ya se había puesto de pie de un salto, pero el padre Phoenix lo detuvo: en la pantalla se vio a los monos entrar uno a uno en Correos y salir pocos segundos después, como si nada.

Jason meneó la cabeza, perplejo.

—No lo entiendo...

—Quizá se han marchado —aventuró el padre Phoenix—. Los monos han estado dentro poco tiempo para poder...

«Matarlos», pensó Jason. El cura tenía razón: los monos parecían tranquilos y habían salido de Correos tal y como habían entrado. Pero, entonces, ¿qué había sido de Voynich y los otros?

—Se me ha ocurrido una idea —dijo Jason.

El rostro se le iluminó de repente. Cogió el teléfono de baquelita negra y miró los números apuntados en la lista: Leonard, Villa Argo, Chubber, la casa de Black Vulcano, la Casa de los Espejos, la librería Buenos Libros Salvados del Mar, la maestra Stella... También estaba apuntado el de la oficina de Correos. Intentó llamar, sin dejar de mirar la imagen en la pantalla, pero no pasó nada. Después marcó otros números. Ninguna respuesta.

Entretanto, el padre Phoenix había abierto todos los cajones que podían abrirse. Y al abrir el último exclamó:

—¡Ah, aquí está! Me parecía recordar que se guardaba aquí...

Acababa de encontrar un archivo, del que sacó varias hojas transparentes que colocó en el cuadro de mandos. Eran las secciones de los pasillos y de las grutas subterráneas de la ciudad. Hojeó los folios rápidamente, como si lo hubiera hecho muchas veces antes.

—Nosotros estamos aquí, en el puntito rojo —dijo, enseñandoselo a Jason—. Estos son los refugios, los sótanos... Después está este largo pasillo... —añadió haciendo correr el dedo sobre los folios y abriéndolos como un acordeón—, que lleva a los ascensores, a la cueva, al mausoleo, a la estación

de tren, al puente... sigue por este camino, dentro del acantilado y... aquí descende.

—Bajo el mar —murmuró Jason, fascinado.

—Bajo los Tacones de la Dama —se apresuró a puntualizar el padre Phoenix.

Los Tacones de la Dama, los Afilados, los Sharp Heels, o sea, los dos farallones a los pies del acantilado de Salton Cliff.

—¿Quiere decir que... está allí? —preguntó Jason, con un nudo en la garganta.

—Creo que sí —respondió el padre Phoenix—, pero no me preguntes qué es ni cómo funciona porque no lo sé. Y aunque lo supiera, te diría que no la utilizaras, porque soy un sacerdote.

Jason lo miró de reojo.

—Lo que no significa —añadió el padre Phoenix con tono irónico— que tú, por iniciativa propia, no puedas decidir ir hasta allí abajo, encender el arma, ¡y hacer que esa chusma ponga pies en polvorosa!

Ahora lo reconocía Jason. El padre Phoenix estaba preocupado, pero sobre todo estaba furioso, como puede estarlo un padre que hubiera intentado por todos los medios avisar a sus hijos de un peligro para evitar que se hicieran daño.

El párroco de Kilmore Cove apoyó el mazo de llaves de Black en el cuadro de mandos.

—Yo estas las dejo aquí. Ten cuidado, chico... —dijo antes de salir de la habitación.

Cuando se quedó solo, Jason observó la maqueta, las luces intermitentes verdes, los LP, las pantallas en blanco y negro...

El segundo televisor había empezado a funcionar de nuevo y mostraba la imagen del parque de Villa Argo, envuelto en la penumbra. Jason se sobresaltó al descubrir al gigante de piel oscura dando órdenes a los monos en el porche. Cogió el teléfono e intentó marcar el número de Villa Argo. Vio en la pantalla que el gigante se daba la vuelta de golpe y entraba en la casa para contestar.

El corazón empezó a latirle atropelladamente en el pecho.

Oyó que cogían el teléfono y, sin esperar una respuesta, gritó en el auricular:

—¿QUÉ LES HAS HECHO A MIS PADRES?

Contrariado, contempló cómo el energúmeno miraba pasmado el auricular y, al final, lo dejaba caer al suelo: evidentemente no había visto un teléfono

en su vida.

—¡SOY JASON COVENANT —gritó todavía más fuerte— Y OS ACONSEJO QUE SALGÁIS ENSEGUIDA DE MI CASA Y ABANDONÉIS EL PUEBLO, ANTES DE QUE SEA DEMASIADO TARDE!

Colgó con fuerza y permaneció con la mano apoyada encima del aparato hasta que le dejó de temblar. Luego, sin perder más tiempo, cogió el mazo de llaves, dobló el mapa de los subterráneos y salió de la habitación del Olimpo.

El padre Phoenix comprobó con el rabillo del ojo que Jason se había alejado y después volvió sobre sus pasos.

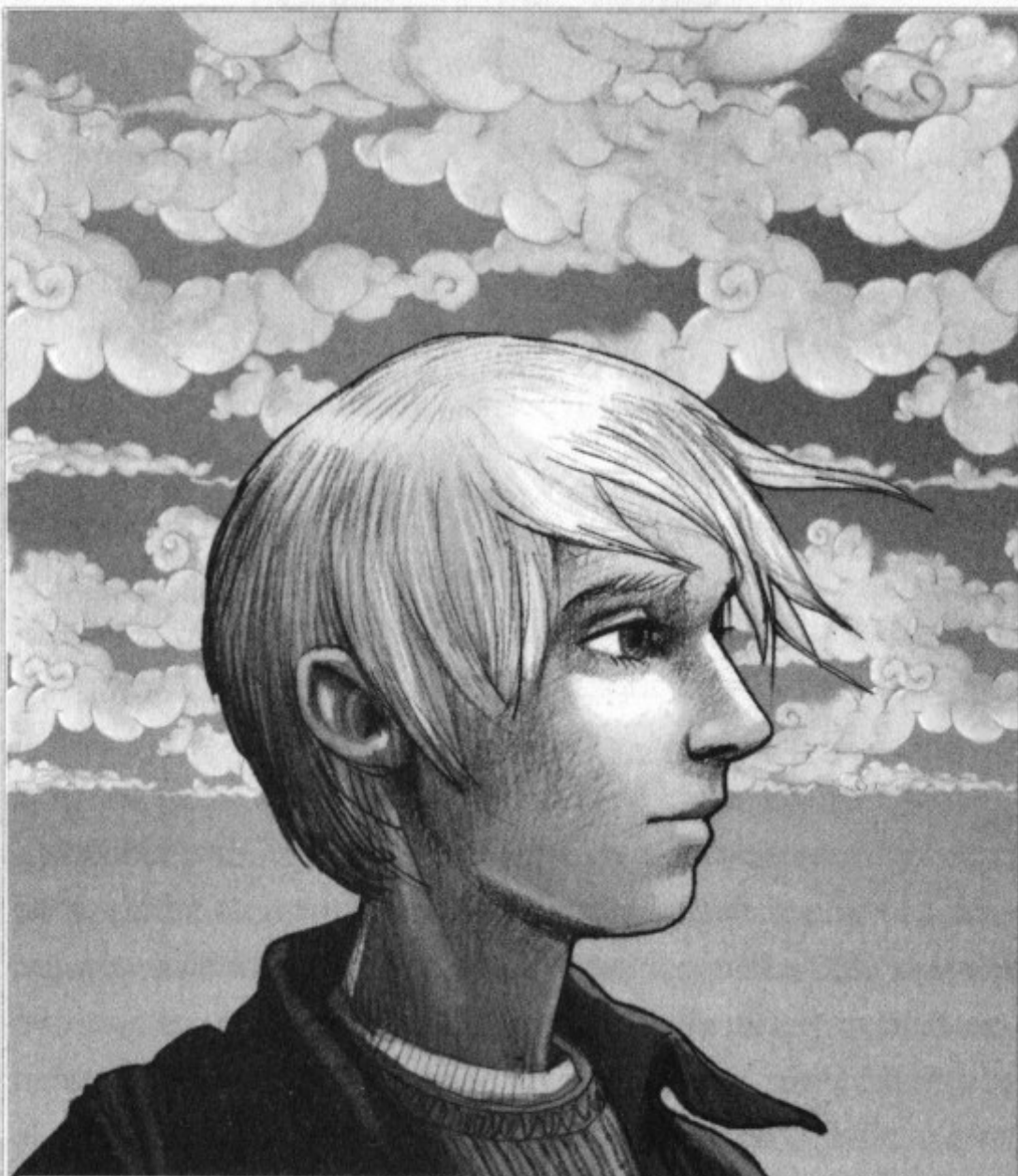
—Esperemos que vaya todo bien y no le pase nada... —murmuró al ver que el chico se había llevado las llaves del subterráneo.

Un momento después, algo en las pantallas le llamó la atención.

Una figura que caminaba lentamente por la playa.

El padre Phoenix se acercó para ver mejor y, a pesar de la mala calidad de las imágenes, reconoció la barba inconfundible de Black Vulcano. El ex ferroviario se dirigió a la orilla del estuario y alzó una enorme bandera blanca por encima de su cabeza.

—¿Qué estás haciendo, Black?



**Jason**

Cuando llegó a Villa Argo pensé:  
«Vaya, este chico me destrozará la casa».

No es que me queje: los sabios nos enseñan que no se puede  
construir nada bueno si antes no se destruye...







Capítulo 18

## *Las* **FUGITIVAS**

El calabozo de la bodega era lóbrego y tan estrecho que casi no se podía estar tumbado. Julia intentó abrir la puerta a empujones y pedir ayuda, pero no obtuvo respuesta. Solo una vez oyó una voz que procedía del interior de la nave y gritaba extrañas órdenes. De repente se acordó de que aún conservaba el cuaderno de Morice Moreau. Se lo sacó del bolsillo y empezó a hojearlo frenéticamente, tocando con los dedos cada una de las páginas a ciegas. Pero ninguno de sus amigos le contestó. Al final cerró el cuaderno, suspirando desilusionada.

El tiempo pasaba con una lentitud exasperante. No sabría decir cuánto había transcurrido cuando, exhausta y asustada, se acurrucó en un rincón, con la cabeza apoyada en las rodillas, y se durmió.

Se despertó sobresaltada: le había parecido oír una voz que la llamaba. Se quedó escuchando. ¿Estaría soñando?

Después oyó la voz de nuevo:

—¿Estás ahí dentro, jovencita?

Julia se puso en pie de un salto, pegándose a la puerta del calabozo.

—¡Sí! —gritó—. ¡Estoy aquí! ¿Quién eres?

—Una amiga.

Había algo extrañamente familiar en aquella voz, pero Julia no habría sabido decir dónde la había oído antes. Después le vino a la memoria como un flash la figura encapuchada situada detrás de Spencer que había visto con el catalejo de Black.

—¿Formas parte de la tripulación del *Mary Grey*? —preguntó.

—Sí.

—¿Puedes sacarme de aquí? —preguntó Julia, con voz implorante.

—No —respondió la otra.

—Y entonces, ¿a qué has venido?

—Quería asegurarme de que estabas bien...

Julia casi se echó a reír.

—Un loco me ha capturado y me ha arrojado a un calabozo. ¿Cómo quieres que esté?

—El capitán Spencer no es ningún loco.

—Ah, ¿no? ¿Es que ha dejado ya de arrasarse mi pueblo a sangre y fuego, por casualidad? —preguntó Julia, sarcástica.

—Es tu pueblo tanto como el suyo. —La voz del otro lado de la puerta dejaba traslucir una imperceptible nota de desprecio.

—¿Y tú qué sabes?

Julia oyó que su misteriosa interlocutora se apoyaba en la puerta.

—Me ha contado algunas cosas de su vida mientras estábamos de viaje.

—¡Ahora lo entiendo! ¡Has sido tú la que lo ha traído hasta aquí!

Silencio.

Julia buscó una rendija en la puerta, una grieta por donde se colara luz que le permitiera ver con quién estaba hablando, pero no la encontró.

—El capitán Spencer está lleno de resentimiento contra los Moore —dijo la voz, reanudando inesperadamente la conversación—. Y no es el único, créeme.

«¿Resentimiento?», Julia volvió a pensar con terror en las amenazas recibidas. Llamar a eso «resentimiento» era francamente un eufemismo.

—Los Moore le arrebataron a su hija.

—¡Los Moore... ¿qué?! —exclamó Julia, a quien aquella revelación inesperada había pillado por sorpresa—. Pero ¿qué historia es esa?

—Ocurrió a finales del siglo pasado... El *Mary Grey* abordó un buque de carga —contó la voz misteriosa—, y después del abordaje el capitán descubrió que en las bodegas había una niña escondida.

Julia pegó un respingo. Justo el día anterior, en Villa Argo, había leído en un libro una historia muy parecida sobre un bergantín cuya tripulación había desaparecido en la nada. ¿Era posible que estuviera hablando de la misma nave?

Mientras tanto, la voz prosiguió:

—Spencer era un feroz pirata, pero a esa niña... no podía matarla. Ni tampoco dejarla en el mar. Así que se la llevó consigo, a su isla, donde la crió como a una hija. Se convirtió en una muchacha y después en una joven mujer... Se llamaba Sophia.

«¡Sophia Matilda Briggs!», recordó Julia. Era el nombre de la niña desaparecida del... *Mary Celeste*, así se llamaba el buque.

—Spencer le contó todo sobre él: quería que fuera su heredera. Dicen que era muy hermosa e inteligente. Habría sido una gran mujer pirata. Sin embargo, durante uno de sus viajes...

—¿Qué...?

—Atracaron en Londres, en el Támesis. Por la noche, Sophia se escapó del *Mary Grey*. Se escondió en la ciudad y borró sus huellas.

—¿Y qué tienen que ver los Moore con todo esto? —preguntó Julia, sin entender nada.

La mujer del otro lado del calabozo dio un largo suspiro antes de responder:

—En Londres fueron precisamente los Moore quienes le ofrecieron refugio...

Julia se mordió los labios mientras esperaba oír la continuación de la historia. Pero solo oyó que su misteriosa interlocutora se levantaba de golpe.

—Tengo que irme —dijo la voz bruscamente—. No le digas a nadie que he estado aquí.

—¡Espera! —intentó retenerla Julia—. ¿Qué pasó después?

El bergantín cabeceó, haciéndole perder el equilibrio. Cuando volvió a apoyarse en la puerta, oyó los pasos de la desconocida que se alejaban y después una serie de gritos procedentes del puente principal. Oyó a los monos, que corrían y alborotaban, y las botas del capitán Spencer sobre la toldilla. Se oyeron órdenes, pero no consiguió entenderlas.

—¡Maldición! —exclamó, dando una patada a la puerta del calabozo, desesperada ante la idea de tener que quedarse encerrada allí abajo quién sabía cuánto tiempo más.

Para su sorpresa, la puerta chirrió y se entreabrió.

La mujer misteriosa había mentido.

El coche corría veloz, devorando kilómetros de autopista muy cerca de Londres. Otros dos coches lo seguían a corta distancia.

—La cuestión es, señores —estaba diciendo Pirès a los dos hermanos Tijeras, que iban sentados en los asientos delanteros—, que todavía le faltan muchos detalles a mi reconstrucción de los hechos...

Anna Bloom estaba sentada junto a él, arrellanada en el mullido asiento del coche de los Incendiaros, y miraba al mayordomo del club londinense con los ojos todavía empañados por el sueño. Bostezó.

No había conseguido dormir casi nada en las pocas horas transcurridas desde aquel increíble descubrimiento, en una habitación secreta de los sótanos de Frogmal Lane. Las velas negras. Las mismas velas que, cuidadosamente dobladas, estaban viajando con ellos en el portaequipajes.

—Vamos, Pirès, dinos lo que has descubierto... —dijo, bostezando por segunda vez.

—La chica tiene razón, ¡necesitamos hechos! —la secundó el de rizos.

—«Los hechos son aquello que es necesario. Solo los hechos son necesarios en la vida» —citó a su vez el rubio.

—Espera, eso lo dijo... ¡el doctor Van Helsing en *Drácula*, de Stoker!

—¡Error: es de Charles Dickens! —exultó el rubio.

El otro dio un manotazo en el cristal.

—Estoy demasiado cansado. Un error así no es propio de mí.

Anna y Pirès intercambiaron una larga mirada que valía más que mil palabras.

—Cuenta, vamos... —lo invitó de nuevo la chica, frotándose los ojos. Por un instante, pensó en qué harían sus padres al despertarse, cuando se dieran cuenta de que se había escapado de nuevo sin dejarles más que un lacónico mensaje: «Estoy con los amigos de Kilmore Cove. No me esperéis para comer. Besos». Y las peleas que habrían tenido antes de ponerse a buscarla por medio Londres y todo Cornualles.

—Primero... —suspiró Pirès—, es importante que sepan que he tenido que utilizar la copia de seguridad de las llaves de nuestras oficinas para poder consultar el archivo del doctor Voynich. Por tanto, desearía que me eximieran de toda responsabilidad, dado que fueron precisamente ustedes quienes me autorizaron a buscar información por todos los medios...

—¡Eximido! —exclamó el de rizos—. Si el doctor Voynich tiene algo que objetar, la responsabilidad no será tuya, sino... de mi amigo, el que está al volante.

—¡¿Por qué mía?! —exclamó el rubito, frenando bruscamente.

El de rizos echó una ojeada preocupada a través de la luna de atrás.

—Vamos a intentar que no nos den un golpe por detrás, ¿vale?

—Señores... —intervino entonces Pirès—. Les rogaría que se tomaran el asunto en serio, si es posible. Lo mío es una cuestión de ética profesional.

—¡Claro, claro, Pirès! ¿Qué podemos hacer para convencerte? ¿Firmarte una carta eximente? —soltó el de rizos, en broma.

—Exactamente. —El diligente mayordomo sacó una hoja de papel doblada en cuatro y se la puso delante de las narices—. Bastará una firmita

aquí, gracias —silabeó. Y antes de que pudieran poner alguna objeción, les dio también una pluma azul.

El de rizos, pillado por sorpresa, se quedó un momento indeciso, sin saber qué hacer. Después garabateó una firma en la hoja, sin leerla siquiera. El rubio, a su lado, dejó escapar una risita irónica, y Pirès volvió a metérselo todo en el bolsillo.

—Pues como les iba diciendo... —prosiguió el mayordomo—, los hechos conocidos, inventados, supuestos y escuchados por mí, en mi calidad de conciencia histórica de aquel club, podrían resumirse de la siguiente manera: en septiembre de 1918 se presentó en la puerta del Club de los Viajeros Imaginarios una señorita apellidada «Briggs». Todavía no se hacía llamar Circe, como se la conocería más tarde en el club, sino... Sophia.

—¿Sophia? —preguntó Anna, con curiosidad.

—Exactamente. Y al llegar a este punto ha sido cuando he decidido que lo mejor era utilizar un ordenador. Con los datos recopilados y una rápida búsqueda en los volúmenes de la *Enciclopedia Británica*, he descubierto fácilmente que una tal «Sophia Briggs» apareció entonces en las páginas de algunos periódicos de la época...

—¿Cómo, cómo, cómo? —comentó el de rizos, girándose en el asiento para oír mejor.

—Unos veinte años antes de los hechos que les estoy contando, en el mar de las islas Azores, encontraron el bergantín *Mary Celeste* sin tripulación. Nadie sabe qué pasó ni quién lo asaltó. Una de las últimas anotaciones de los diarios de a bordo, del 7 de noviembre de 1872, era una lista de diez pasajeros, entre los que figuraban el capitán Benjamín Briggs, su mujer, Sarah, y su hijita de dos años, Sophia.

—¡Uau! —exclamó Anna—. ¿La misma Sophia que solicitó entrar en el Club de los Viajeros Imaginarios?

—Eso es lo que he supuesto yo también —respondió Pirès—. Pero tengo que subrayar que su ingreso en el club no fue inmediato: solo la admitieron un tiempo después. La señorita Briggs, de hecho, no tenía ninguna experiencia en viajes imaginarios. O al menos eso parecía...

—Espera un momento... —lo interrumpió Anna. Sacó de su mochila el volumen once de *Las aventuras del capitán Spencer*, también este encontrado en los sótanos de la casa de los Moore—. ¿Cómo se convirtió Sophia Briggs en Circe de Briggs, la famosa escritora?

Pirès se encogió de hombros.

—Puedo suponer que la culpa fue de un dibujante, también joven, que en esos mismos años asistía a las tertulias de los Viajeros Imaginarios.

—¿Morice Moreau? —supuso Anna al leer el nombre del ilustrador dentro del libro de aventuras de la escritora.

—Exactamente. He hecho averiguaciones, y fue precisamente el señor Morice Moreau quien presentó la solicitud de ingreso como socia de la señorita Briggs. Y creo también que, muy probablemente, fue él quien le puso el *nom de plume* de Circe de Briggs.

»En la solicitud de ingreso en el Club de los Viajeros Imaginarios, de la que he encontrado copia en la oficina del doctor Voynich, a la señorita Circe de Briggs se la presenta como una joven escritora de desbordante fantasía. En una anotación realizada poco después, al lado de la firma de uno de los delegados del club, se dice que su prosa es mediocre y que las experiencias de viajes imaginarios que describe en sus novelas son insustanciales: como prueba se aduce que *Las aventuras del capitán Spencer* fueron rechazadas por numerosos editores antes de ser publicadas por una imprenta muy pequeña, la imprenta del señor Franfois Bonet...<sup>[1]</sup> por sugerencia de Thomas Moore, padre de Mercury Malcom Moore, abuelo de Ulysses. —Pirès dejó vagar la mirada fuera de la ventana y se rió—. Y tuvieron, naturalmente, un éxito de público clamoroso. Se hicieron tres tiradas en un solo mes, y los lectores las devoraban. Circe de Briggs entró por la puerta grande en el club y siguió escribiendo durante un buen número de años. Mor ice Moreau ilustraba sus obras, y muy pronto sus aventuras se convirtieron en tres, cuatro, seis, doce volúmenes.

—¿Y luego? —preguntó Anna, muerta de curiosidad.

—Después algo empezó a ir mal —dijo el mayordomo—. Pero no sabría decirles qué. ¿Quizá las relaciones entre Moreau y ella se enfriaron? ¿Quizá no pudo digerir la fama inesperada que obtuvo con los libros? ¿Quizá tenía que resolver algún asunto de su pasado? No hay manera de saber más, porque sus estancias en Londres se fueron haciendo cada vez menos frecuentes y, poco después, el Club de los Viajeros Imaginarios se clausuró. Lo que les he contado es prácticamente todo lo que queda de esta colaboración...

Anna se quedó pensando: a lo mejor ella tenía algo más de información.

El de rizos se volvió precisamente hacia la chica.

—¿Son de verdad tan buenos los libros de esta escritora?

—La verdad es que no lo sé —respondió ella—. Solo he leído el once y tampoco me he enterado de mucho... Solo de que el capitán Spencer llevaba consigo una tripulación realmente extraña.

—¿Extraña? ¿Por qué?

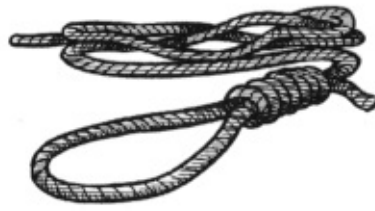
—Bueno, en el libro que he leído, Spencer va a un lugar que se llama la Isla de Jade, donde libera de la esclavitud al Rey de los Monos. Y el Rey de los Monos le ofrece a cambio el collar de la inmortalidad que lleva al cuello.

—Sale ganando... —observó el mayordomo.

—Sí, pero le dice también que el collar permanecerá en su poder solo si el Rey de los Monos se queda a su lado... —prosiguió Anna.

—Por lo que nos ha contado nuestro jefe —intervino el de rizos—, yo diría que aún está a su lado.

—Sí. —El rubio chasqueó los labios—. Precisamente monos no parece que falten en Kilmore Cove...



Capítulo 19

**Los CONDENADOS**

—¿Leonard...? —susurró Calypso en cuanto volvió en sí. Intentó moverse, pero no pudo. Vio que estaba atada de pies y manos.

—Estoy aquí —respondió su marido con voz apagada.

Calypso se giró todo lo que pudo y descubrió que tenía una cuerda alrededor del cuello. Vio las cabañas del poblado, la selva, la enorme casa de piedra y el montón de zapatos, ropa vieja, cinturones y armas oxidadas.

Después vio a Leonard, atado como una longaniza, con los pies descalzos apoyados en una trampilla cerrada y colgado de una cuerda atada al cuello.

Gritó horrorizada.

Y solo entonces se dio cuenta de que se encontraba en la misma situación: estaba atada a un soporte que la mantenía en pie, lista para que la ahorcaran.

¡No! Era una pesadilla. Sin duda era una pesadilla. Solo un momento antes estaban en mitad de la selva y ahora...

Entonces los vio.

Los monos.

Estaban en torno a ellos y los miraban fijamente, en medio de un silencio irreal. Inquietante.

—¿Qué pasa, Leonard?! —gritó.

—¡Nos han capturado! ¡Y nos van a matar!

—¿Capturado? Pero ¿qué es toda esta historia?! ¡Tenemos que irnos de aquí! —Calypso intentó soltarse desesperadamente, pero no lo consiguió: al contrario, cuanto más se movía, más le apretaban las cuerdas.

—¿Crees que no lo estoy intentando? —saltó Leonard.

Los fuertes músculos del guardián del faro se hinchaban y deshinchaban continuamente, intentando vencer la resistencia de las cuerdas. La mandíbula le temblaba por el esfuerzo y apretaba los dientes con tanta fuerza que corría el riesgo de partírselos. Pero, a pesar de la fuerza descomunal que



proporciona la desesperación, ni el tronco al que estaba atado ni las cuerdas parecían ceder lo más mínimo.

De repente, los monos se dieron la vuelta todos a la vez y se quedaron mirando la única casa de piedra del poblado. La puerta se abrió y salió un hombre de piel clara, quemada por el sol y devorada por los insectos. El cuerpo excesivamente delgado, el rostro tapado con una enorme máscara de mono.

Al verlo salir, los animales empezaron a susurrar. Luego el susurro se convirtió en murmullo y el murmullo en bramido. El hombre con la máscara caminaba al frente de los músicos que tocaban los tambores. Tenía una mueca diabólica pintada en la máscara de madera y una melena de paja seca que ondeaba sobre sus hombros.

—¿Y ese quién es, Leonard?

—¿A mí me lo preguntas? No lo sé. Parece... su rey... o un brujo...

—¿Qué pretende hacer?

El hombre de la máscara se acercó al patíbulo, y los monos gritaron cada vez más excitados.

—¡Leonard!

Los músicos empezaron a golpear las pieles de sus tambores en una sombría marcha fúnebre.

—¡Creo que lo que quiere hacer está bastante claro! —exclamó el guardián del faro—. ¡Viene a por nosotros!

Le lanzó una mirada fulminante a través del ejército de monos y músicos y clavó sus ojos en las cuencas vacías de la máscara de mono. Apretó los dientes tratando de liberarse.

—¡Leonard! ¡Hay algo que quiero decirte!

Aquella especie de sacerdote levantó ambas manos y se detuvo por un instante. Luego se giró hacia los monos y los azuzó.

—¡Yo también te quiero! —gritó Leonard cuando el hombre echó a andar de nuevo hacia ellos.

—¡No quería decirte eso, Leonard!

—Ah, ¿no?

—¡No! —gritó Calypso, desesperada—. ¡Es una cosa que no te he dicho nunca!

—¿Y crees que cambia algo que me la digas ahora?

Los tambores aceleraron su ritmo, como si fueran puñetazos en la columna vertebral de la selva.

—Mi abuelo... —prosiguió Calypso.

—¿Qué abuelo?

Leonard giró la muñeca derecha intentando soltarse de las cuerdas.

—¡Morice Moreau! No es verdad que fue a Kilmore Cove solo. ¡Llegó con una mujer, para ocultarla!

—¡Pues qué bien!

—¡Escúchame, te digo! Se llamaba Circe. Yo no la conocí porque los dos murieron antes de que yo naciera...

—¿Dura mucho la historia? Porque, por si no te has dado cuenta, no nos queda mucho tiempo...

—Eran muy buenos amigos de los Moore. Y fueron precisamente los Moore los que los convencieron para que se establecieran definitivamente en Kilmore Cove. Cuando mi abuela murió, mi abuelo Morice dejó el pueblo para irse a Venecia. ¡Y allí acabó realmente mal!

—Lo siento mucho, amor mío. De verdad. ¡Pero eso habrá pasado hace por lo menos medio siglo!

—¡Esa no es la cuestión, Leonard! La cuestión es que yo no sabía nada. Me lo contó la maestra Stella cuando era una niña.

Los tambores se volvieron más insistentes.

Y también la voz de Calypso.

—Fue ella quien me explicó cómo se usaba el correo. El correo normal y el... imaginario.

—¿Qué tiene que ver ahora... el correo?

—¡Pues eso es justo lo que tienes que saber, Leonard! ¡Fue la maestra Stella la que recibió ese paquete!

—Santo cielo, Calypso, ¿¿se puede saber de qué estás hablando?!

—¡El paquete con las llaves! ¡Lo dejó en la oficina y, poco después, llegaron los chicos a recogerlo!

Lo que Calypso estaba intentando explicarle a Leonard era que la maestra Stella sabía perfectamente todo lo que pasaba en Kilmore Cove. Es más, muchas veces era Stella Evans en persona la que hacía que ocurriera. Quería hacerle entender que tenía que haber sido ella, la aparentemente inofensiva maestra de primaria, quien había vuelto a poner en circulación las llaves de la Puerta del Tiempo de Villa Argo. Quien las había cogido de donde los amigos del Gran Verano las habían escondido. Quien había decidido que los viajes volvieran a empezar. Pero no tenía tiempo para todas esas explicaciones. ¡Era demasiado tarde!

Leonard tensó los músculos hasta que casi los sintió estallar, mientras el brujo con la máscara de mono llegaba a los pies del patíbulo.

—Es ella, ¿entiendes? —insistió Calypso.

—ELLA, ¿QUÉ? —gritó Leonard, intentando soltarse de las cuerdas por última vez.

—¡LA ÚLTIMA CONSTRUCTORA DE PUERTAS! —gritó a su vez Calypso.

El brujo levantó el brazo y lo movió, haciéndoles un gesto a los monos para que se callaran y a los músicos para que dejaran de tocar sus tambores. De repente sobre el poblado cayó un silencio irreal.

Leonard abrió los ojos, exhausto, el cuerpo marcado por las cuerdas como si fueran latigazos.

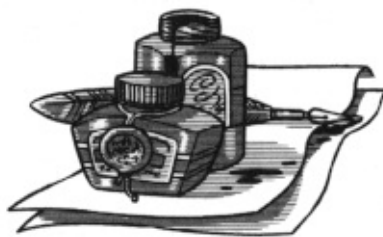
El brujo movió la máscara arriba y abajo y se la quitó.

Los miró bien, primero a uno y después al otro.

—¿Leonard Minaxo? —murmuró con un hilo de voz—. ¿Calypso? ¿De verdad sois vosotros?

Si alguna vez un hombre y una mujer se habían quedado completamente de piedra, esos fueron Leonard y Calypso.

—¿Señor director...? ¿Señor Marriet? —balbucearon al reconocerlo.



Capítulo 20

## *El AMIGO de los ANIMALES*

—¿Qué hace? —le preguntó Tommaso Ranieri Strambi al viejo Zafon, que caminaba arrastrando los pies unos pasos por detrás de él.

El comerciante de papel cargaba sobre los hombros con un zurrón gigantesco, que lo obligaba a doblarse sobre sí mismo como un signo de interrogación.

—Nos sigue —respondió el viejo, jadeando.

Sin dejar de andar, Tommaso se echó al hombro una parte de las mercancías que Zafon había insistido en que se llevaran de la tienda.

—¿Por qué lo hace? —preguntó mientras doblaban la esquina de una calle.

—Al parecer le gustas, chico...

Siguieron avanzando sin hablar unos centenares de metros, confundiéndose con el resto de los transeúntes de la ciudad. A pesar de ello, Tommaso intentaba caminar entre los almacenes y las calles menos transitadas por miedo a encontrarse en cualquier momento con los hombres del conde Cenizas.

—Tranquilo, Bola de Pelo —susurró al cachorro de puma que avanzaba dando saltos a su lado—. Son solo gatitos.

Y es que de vez en cuando el puma se daba la vuelta y bufaba al ver los gatos de Zafon, que le sacaban las garras y erizaban el pelo del lomo en respuesta. Contando al mono, pensó Tommi, formaban un bonito circo ambulante.

—¿Cuánto falta? —le preguntó entonces el anciano—. Me temo que no podré seguir andando mucho tiempo.

—Le dije que no cargara con todos esos trastos —precisó el chico.

—¡Son el fruto de toda una vida! —rebatía Zafon—. ¿Querías que los dejara allí?

Tommaso estuvo a punto de contestarle que, una vez en Kilmore Cove, todos esos pergaminos, tintas y fruslerías perfumadas no le servirían de nada. Pero ¿cómo podía explicarle que en el mundo moderno ya no se usaban el papel y la pluma, sino... unas máquinas electrónicas?

Mientras Zafon bebía, Tommaso se puso a mirar los tejados. Vislumbró un instante al mono que los seguía y que, según Zafon, hacía días que vigilaba su tienda. Por enésima vez, se preguntó qué papel desempeñaban los monos en aquella historia. Los monos lo habían ayudado a escapar en la Venecia del presente. Se decía que un mono acompañaba a Morice Moreau antes de morir en el incendio de la Casa de los Garabatos. Y ahora, en la Venecia de 1751, había un mono siguiendo sus pasos.

—Ya casi hemos llegado —le dijo al viejo Zafon, al tiempo que echaba a andar de nuevo—. Vamos a movernos antes de que toda la ciudad se dé cuenta de que estamos aquí.

—¡Pero esto es Venecia, jovencito! —gruñó el comerciante bajo la inmensa carga que llevaba—. ¡No hay sitio para las personas normales!

Llegaron sin problemas a la calle del Amor de los Amigos y, en cuanto Tommaso reconoció el familiar contorno de aquel canal tan apartado, tuvo la sensación de respirar de nuevo el aire de casa.

—Por aquí... —le indicó a Zafon, abriéndole camino en el callejón.

Oyó un ruido y se paró de golpe. Temía que el conde Cenizas pudiera tenderles una emboscada. Pero había sido una falsa alarma. Igual que la última vez que estuvo allí, no había nadie.

Llegaron al final del callejón, y Tommaso abrió la puertecita de la izquierda. Al otro lado había una habitación oscura y repleta de muebles desvencijados y, al fondo, la Puerta del Tiempo.

—Es esa... —le dijo a Zafon.

El viejo pasó a su lado y se adentró en la penumbra. Sin embargo, cuando llegó a unos pasos de la puerta, se dio la vuelta, indeciso.

—¿Y tú? —le preguntó a Tommaso—. ¿No entras tú primero?

—No. Vaya usted delante. Pero, por favor, cuando llegue al otro lado no se mueva. No es como aquí, ¿sabe? Es... un lugar completamente distinto.

Zafon asintió.

—Adonde nadie podrá seguirnos.

—Adonde nadie podrá seguirnos.

El viejo comerciante vaciló de nuevo.

—¿Ocurre algo? —se informó Tommi.

Se acercó al viejo y solo entonces se dio cuenta de que había cerrado los ojos y estaba musitando una oración entre dientes. Esperó a que acabara. Luego Zafon dijo:

—He vivido muchos años en esta ciudad. Le debía un último agradecimiento. —Tendió los brazos al chico—. Si quieres déjame también tus bártulos. Por si cambias de idea y decides no venir.

Tommi rió, pasándole la tonelada de mercancías que llevaba en los hombros.

—¿Puede llevarse también a él? —susurró después, poniéndose de cuclillas para acariciar al cachorro de puma—. Ve con Zafon, Bola de Pelo. Yo voy enseguida.

El puma lo miró con sus grandes ojos acuosos.

—Lo prometo —añadió Tommi.

Zafon abrió la Puerta del Tiempo y escrutó la oscuridad que había al otro lado.

—¿Seguro que los animales...?

—Los animales pueden pasar —asintió el chico.

—Sí, como siempre —añadió Zafon, enigmático.

Después dio un paso y cruzó el umbral, arrastrando con fatiga su pesada carga. Los gatitos se escabulleron entre sus piernas, y el cachorro de puma entró detrás de ellos, justo antes de que la puerta se cerrara de nuevo.

Tommi se volvió hacia el haz de luz de la puerta de salida a la calle. Luego se ocultó entre las sombras, pensando: «Ahora nos toca a nosotros dos, mono».

No tuvo que esperar más de diez minutos. Una manita peluda empujó la puerta y un morrito curioso se asomó para mirar dentro. Escondido entre las tablas de los viejos muebles, Tommaso contuvo la respiración. El mono que los había seguido hasta allí entró en la habitación y, con mucha cautela, se dirigió hasta la Puerta del Tiempo, se sentó delante y se quedó mirándola.

—Yo sé quién eres —dijo entonces Tommaso, sin moverse.

Pillado por sorpresa, el mono se puso en pie de un salto y salió disparado por la puerta.

Tommaso lo siguió, haciendo caer los tablones.

—¡No te vayas! —le gritó.

Lo encontró parado al final del callejón, casi a la altura del canal.

Extendió los brazos y se puso en cuclillas para hacerle entender que sus intenciones eran buenas.

—Tú eres el que me liberó y me condujo hasta la góndola mecánica de Peter Dedalus, ¿verdad?

El mono se le acercó lentamente.

—Y luego me seguiste cuando iba en góndola... —Mientras hablaba, Tommaso le hacía señas para que se acercara—. Ven aquí. Soy tu amigo. ¿Me entiendes?

Le enseñó la palma de la mano, y el mono, con prudencia, se acercó.

—Sí, ¿ves? Soy yo, Tommaso... —Le sonrió—. Tú me llevaste a la góndola y en ella llegué hasta la Venecia imaginaria... Me seguiste hasta aquí, pero después entré por esa puerta y no pudiste venir detrás...

El mono emitió un débil murmullo. Se había acercado a menos de dos metros del chico.

—Así que me esperaste sin moverte de aquí. Me viste volver con Rick y empezaste a seguirme otra vez, corriendo por los tejados. Hasta la tienda de Zafon... Y ahora estás de nuevo aquí... No debes tenerme miedo...

Tommi se inclinó y le acarició una vez el morrito, pero el mono se apartó en cuanto intentó volver a acariciárselo.

—Monito guapo... ¿Ves? Somos amigos...

El monito alzó los ojos y lo miró. Después se puso panza arriba para que le hiciera cosquillas.

—Monito curioso... ¿me dices qué es lo que quieres de mí?

Tommaso permaneció unos minutos dándole mimos y después apartó la mano.

«Los animales se fían de manera instintiva de los seres humanos. Saben quién es su amigo y quién no.»

—¿Quieres venir conmigo? ¿Quieres venir... a Kilmore Cove?

El monito hizo una pirueta y se quedó mirándolo.

—¿Quieres venir a Kilmore Cove? —repitió Tommaso Ranieri Strambi. Se puso de pie, lentamente, dándose una palmadita en el hombro—. Salta aquí, vamos. Tienes que cruzar la puerta conmigo.

Se dio otra palmada en el hombro.

—Vamos. No tengas miedo. Ven.

La furgoneta de Correos pegó un bote, y el señor Voynich, que se había asomado a la ventanilla para disparar, estuvo a punto de salir disparado.

—¡Perdone! —se disculpó el Flint mediano, que iba al volante—. ¡No es fácil conducir este cacharro!

Voynich volvió a meter la cabeza en la furgoneta, despotricando.

—¡Cuidado con cómo conduces, chico, o no tendrá ningún sentido que intentemos huir!

Después hizo rodar otros dos cartuchos sobre las alfombrillas del coche y cargó de nuevo la escopeta.

—¿Nos siguen todavía? —gimoteó el Flint grande, que viajaba sentado en medio.

—¿Tú qué crees? —gruñó Voynich—. ¡Claro que nos siguen! ¡Sujétame por las piernas mientras intento darle!

—¡Ay, madre mía santísima! —lloriqueó el Flint mediano.

—¡Y tú intenta conducir mejor! —le gritó el Incendiario.

—¡Eso intento!

Voynich se asomó otra vez por la ventanilla, mientras el Flint grande lo sujetaba por las rodillas para que no se cayera fuera. La furgoneta de correos no proporcionaba un buen ángulo de visión. Apoyó el cañón de la escopeta en el costado del vehículo, cerró los ojos intentando esquivar la lluvia y, cuando volvió a abrirlos, los vio: seis, ocho monos, que corrían a toda velocidad por el asfalto, justo detrás de ellos, espada en ristre.

Realizó dos disparos secos, y los monos chillaron enfurecidos.

Después volvió a meterse en la furgoneta.

—¿Les ha dado? —preguntó ansioso el Flint grande, que miraba por el espejo retrovisor.

—¡Agarraos! —gritó justo en ese momento el Flint mediano, cogiendo la curva que había a la salida del pueblo como si estuviera de rally.

La furgoneta de correos dio un bandazo, y las ruedas lisas patinaron sobre el asfalto. Los tres vieron acercarse el mar. Luego, de alguna forma, el Flint mediano se hizo de nuevo con el control del vehículo, enderezó las ruedas y viró.

Los tres salieron disparados hacia el lado contrario.

—¡Ufff! —suspiró el Flint mediano cuando la furgoneta volvió a su carril—. ¡Nos hemos salvado por los pelos!

—¡Chico! ¡Recuérdame que no te deje sacarte el carnet de conducir cuando seas mayor de edad! —masculló Malarius Voynich mientras trataba de quitarse de encima al Flint grande—. ¡Y tú, abre los ojos! ¡Todavía estamos vivos!



—¡Madre mía! —gimió el Flint grande. Pero, al ver que no habían caído al mar, una sonrisa obtusa se dibujó en su cara—. ¡Muy bien, primito!

El Flint mediano apretó el acelerador sin cambiar de marcha, y la manecilla del salpicadero se puso a más de cuatro mil revoluciones. Voynich, que a decir verdad de motores sabía menos que él todavía, se limitó a descargar y volver a cargar la escopeta.

Tomó aliento antes de asomarse por la ventanilla para lanzar otra ráfaga de disparos y pensó en la manera rocambolésca en la que habían huido: en cuanto oyeron los pasos de los monos en la plaza de la oficina de Correos, los dos primos habían ido a esconderse en la parte de atrás. Y allí habían encontrado la furgoneta, al alcance de la mano. Las llaves estaban en el salpicadero. Entonces, el Flint mediano había mentido, y les había dicho que se le daba muy bien conducir, y todos habían saltado a bordo y se habían marchado, produciendo tal estruendo que todos los monos del pueblo se habían lanzado a perseguirlos y ahora les pisaban los talones.

Las calles de Kilmore Cove y la impericia del Flint mediano al volante les habían obligado a ir muy lentamente, pero ahora que habían dejado el promontorio y el faro atrás, y la carretera se había ensanchado, a los monos les costaba seguir la marcha de la furgoneta.

—Mejor darles otro caramelo —indicó Voynich, volviendo bruscamente al presente—. ¡Sujétame, venga!

El Flint grande obedeció las órdenes mientras el Incendiario descargaba otro par de proyectiles anestésicos contra sus perseguidores. Pero después vio aparecer en la carretera una extraña criatura con un bulto colosal a la espalda y soltó las rodillas de Voynich, al tiempo que exclamaba:

—¡CUIDADO, PRIMO!

El Flint mediano vio el obstáculo en el último segundo. Dio un volantazo y luego otro para evitarlo, pero en lugar de frenar aceleró y la furgoneta se deslizó por el asfalto mojado como un disco de hockey. Hasta el inevitable golpetazo contra las rocas del arcén.

Los primos Flint bajaron de la furgoneta, tambaleándose. Ninguno de los dos se había hecho daño de verdad, aunque el Flint mediano tenía un corte que le sangraba sobre la ceja.

—¡Está ahí abajo! —gritó el Flint grande—. ¡Te digo que se ha caído ahí abajo! —Había visto a Voynich salir disparado por la ventanilla cuando su primo viró.

—¡Ahí está! ¡Lo veo! —exclamó el Flint mediano.

—Sí, pero ¿esos quiénes son?

A unos veinte pasos de distancia de dónde se habían estrellado, se había formado un curioso corrillo. Dos gatos, una especie de pantera y esa extraña criatura con el bulto gigantesco en la espalda, que desde allí parecía un viejo con el rostro apergaminado. Junto a él se encontraba el amigo de los Covenant, Tommaso, con un mono subido al hombro.

Y el hombre al que estaban socorriendo era precisamente el jefe de los Incendiaros, que gemía tumbado en el suelo.

—¡Señor Voynich! ¿Está bien? —inquirieron los dos primos, mientras se dirigían al extraño grupito dando pequeños brincos.

—¡Hay que fastidiarse! —gruñó el Incendiario. Luego, gritando de dolor, intentó ponerse de pie. Tommaso y el viejo con el bulto se apresuraron a ayudarlo.

—¿Es que no sabéis cruzar la carretera? —los reprendió el Flint mediano.

—¡Cállate! —le ordenó Voynich. Luego se acordó—: ¡La escopeta! ¿Dónde ha ido a parar mi escopeta?

En ese momento se oyeron unos horribles gruñidos que venían de la carretera, a su espalda. Todos se giraron para comprobar horrorizados que los monos no se habían detenido. Eran una decena. Avanzaban encorvados, corriendo a cuatro patas y arrastrando las espaldas por el suelo.

—¡Oh, no! —exclamó el Flint grande—. ¡Nos han pillado!

—¡A la furgoneta, vamos! —gritó el Flint mediano.

—¿La escopeta? ¿Dónde está mi escopeta?

Pero, antes de que ninguno de ellos pudiera hacer algo, el mono que había seguido a Tommaso hasta allí saltó al suelo y salió corriendo hacia los otros.

—¡Lo harán pedazos!

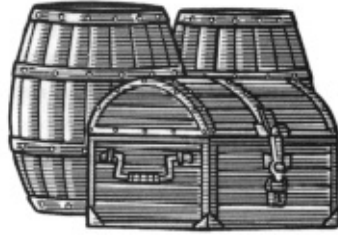
—¡A lo mejor no! ¡A lo mejor son amigos!

De repente el animal se irguió sobre las patas posteriores y levantó las otras dos, con un gesto imperioso. Su boca emitió un sonido gutural y seco.

Los monos pirata se pararon de golpe, como fulminados.

—¿Qué pasa? —preguntó Voynich, con la mirada ofuscada por el dolor.

—No lo sé... —le respondió Tommaso, sujetándolo—, ¡pero parece que los monos se han arrodillado!



Capítulo 21

**El DUELO**

El bergantín del capitán Spencer crujía sobre las olas. Julia se asomó al exterior del calabozo para asegurarse de que no hubiera nadie cerca. Después echó a andar, con cuidado. Avanzó por un pasillo oscuro, pasito a pasito, prestando atención al menor ruido.

Oyó voces, pero por suerte parecían lejanas. Llegó a un pasillo más grande, donde había un tufo terrible, una mezcla de ajo y pelo mojado que la obligó a taparse la nariz y la boca. Intentó orientarse en aquel laberinto: la habían obligado a bajar por una escalerilla que había a la izquierda y desde allí la habían arrojado al calabozo...

Se preguntó cómo podía escapar y llegar a tierra firme: a lo mejor podía subir a la cubierta y buscar una chalupa. No, demasiado peligroso... Y además, era a Jason al que se le daba bien remar. Si se tiraba al agua, a lo mejor conseguía nadar hasta la orilla sin que nadie se enterara.

Del puente llegó la voz penetrante del capitán Spencer:

—¡Izadle! —ordenó.

«Izar... ¿a quién?», se preguntó Julia, con curiosidad.

Se acercó a las escalerillas que llevaban arriba y echó una ojeada fuera.

El cielo se estaba despejando, y la lluvia implacable de unos minutos antes se había transformado en una llovizna molesta. El puente del *Mary Grey* estaba iluminado con antorchas crepitantes, que propagaban un humo denso y grasiento por el aire gélido de la mañana. El capitán Spencer se encontraba de pie, con los brazos en jarras, esperando a que subieran a alguien a bordo.

Julia se asomó un poco más y distinguió un par de toneles de pólvora y un arcón de madera donde podía ocultarse. Se aseguró de que no había monos a la vista y dio un salto para esconderse allí dentro.

Desde donde estaba, podía ver al capitán Spencer y a la mujer misteriosa que la había liberado. Esta última se volvió hacia ella, y Julia se aplastó

contra el suelo de la cubierta de la nave.

—¿Qué esperas conseguir con esta payasada? —preguntó el capitán Spencer al hombre que acababa de subir a bordo.

Julia volvió a mirar en esa dirección, y el corazón le dio un vuelco cuando reconoció a Black Vulcano. El maquinista arrojó a sus pies la sábana blanca que había usado como bandera para ir a parlamentar. Parecía muy cansado y jadeaba. Llevaba bajo el brazo una caja de madera labrada.

—Es un placer volver a verte... —dijo resoplando en cuanto recobró el aliento.

—Me cuesta trabajo creerte, Black —masculló Spencer.

—Ha pasado el tiempo, ¿eh?

—No para mí. Sin embargo, veo que tú ya te has hecho viejo.

—Más viejo, más sabio.

—Ahórrame tus sentencias, por favor. Al grano.

—Es muy sencillo: deja de lanzar cañonazos y lárgate.

—¿Nada más? —preguntó Spencer con una sonrisa burlona.

—Por ahora bastará —Black Vulcano sonrió.

—Muy bien —susurró el pirata—. Entregadme a Ulysses Moore y consideraré vuestra oferta.

—Te propongo un trato.

—Creo que no me has entendido, Black, yo no hago tratos. O me entregas a Ulysses Moore o derribo las casas una por una hasta que encuentre su guarida.

—Si se me permite decir algo... —continuó el ex ferroviario, impertérrito—, te veo un poco enmohecido. Leva anclas y vuelve por donde has venido.

—¿Y si no?

—Vendrá la policía. El ejército. Gente contra la que no estás preparado. Tienen binóculos, mirillas telescópicas, armas de fuego que pueden disparar a kilómetros de distancia. Te hundirán antes de que consigas darles a tus monos la orden de zarpar.

—Es un farol. Y bastante malo, Black. Sabes perfectamente que no vendrá nadie. Y en cualquier caso, no llegarían a tiempo: he mandado a JohnDoo a buscar la información que necesito. La chica ya está aquí. Y a su hermano me lo traerán dentro de poco, puedes estar seguro.

—¡Eres el mismo canalla de siempre! ¡Tienes que dejar a los chicos al margen de esta historia! —replicó Black, furibundo.

—Tráeme a Ulysses Moore y los dejaré marchar.

—Volvamos al trato, Spencer.

—Black Vulcano depositó la caja en el puente del barco y la deslizó hasta los pies del capitán de una patada.

—¿Qué es? —preguntó él, parándola con la suela de la bota.

—Un duelo —dijo Black Vulcano—. Si gano yo, coges a tu tripulación, leváis anclas y no volvéis a aparecer por aquí nunca más. Si ganas tú, te diré dónde está Ulysses Moore.

El capitán Spencer abrió la caja. Dentro había dos pistolas con las cachas de marfil.

—¿Qué sentido tiene esto? —murmuró—. Yo no puedo morir. Lo sabes.

Black Vulcano arqueó una ceja.

—Puede ser.

Spencer sacó una pistola y la sopesó. Le dio unas cuantas vueltas y examinó el cañón, el peso, la manufactura.

—Excelentes armas... —comentó al final.

—Ulysses Moore a cambio de que te marches de Kilmore Cove —repitió Black.

El pirata empuñó la pistola.

—Un solo disparo —murmuró pensativo.

—Un solo disparo —confirmó el maquinista, y tragó saliva muy lentamente.

Spencer bajó el arma.

—¿Y quién me garantiza que de verdad sabes dónde está Ulysses Moore?

—¿Y quién me garantiza a mí que tú te vas a ir de Kilmore Cove si gano yo?

—Tienes mi palabra de pirata.

—Y tú tienes mi palabra de ferroviario —replicó Black.

El capitán Spencer reflexionó durante un rato, mientras la lluvia hacía crepitar las antorchas.

—Tengo otra pregunta. Si gano yo y te mato, ¿cómo vas a poder decirme dónde está Ulysses Moore? —preguntó, acariciando la empuñadura de la pistola.

—Pues me ganas sin matarme y después te acercas a escuchar mis últimas palabras —respondió Black Vulcano, impasible.

—De acuerdo —concluyó el capitán Spencer.

La figura encapuchada, que hasta ese momento había permanecido al margen, se interpuso entre los dos, nerviosa.

—Este no era el trato... —protestó.

—¡Silencio! —ordenó Spencer, haciéndole una señal para que se quitara de en medio.

La mujer retrocedió un paso, se retiró la capucha y descubrió el rostro. Julia, que se encontraba justo a su espalda, vio asomar de debajo de la capa una mata de pelo pelirrojo.

Black se tambaleó sobre el puente, como si acabara de ver un fantasma.

—No es posible... —balbuceó—. ¿Eres... tú?

—Soy yo, papá —respondió Oblivia Newton.

Black, incrédulo, no podía apartar los ojos de su hija, a quien hasta aquel momento había creído muerta, devorada por una ballena mientras iba en busca de la Primera Llave. Estaba convencido de que había desaparecido para siempre, junto al director del colegio, el señor Marriet, que viajaba con ella en la lancha motora en la que la habían visto por última vez. Y, sin embargo, ahí estaba, delante de él, sobre el puente del *Mary Grey*, bajo la lluvia implacable.

Se oyeron dos disparos casi simultáneos. Los monos chillaron y saltaron entre las jarcias del navío. Julia vio a Black y a Oblivia llevarse las manos al pecho y caer sobre el entarimado del puente. El capitán Spencer empuñaba aún las dos pistolas con las cachas de marfil, humeantes. Las tiró al suelo y se acercó con paso rápido al viejo maquinista.

Julia ni siquiera consiguió gritar. Vio que Spencer se ponía de cuclillas al lado de Black y le daba la vuelta, sin ninguna consideración: estaba vivo, pero bajo su cuerpo había un charco de sangre roja cada vez más grande.

—Dime dónde está, viejo. Dónde se esconde.

Black tenía los ojos cerrados. Borbotó una respuesta que Spencer no oyó.

—¡Repítelo!

—Tú no puedes entenderlo... —dijo jadeando el viejo ferroviario. Levantó una mano para agarrar la solapa de la chaqueta del capitán.

El pirata lo zarandéó, enfadado.

—¡DÍMELO!

En el rostro de Black Vulcano se dibujó una sonrisa burlona.

—En mi opinión... él... ahora...

—¿DÓNDE ESTÁ? —gritó otra vez Spencer.

—Está junto... a la mujer... a la que ama... —susurró el ex ferroviario de Kilmore Cove, con el último aliento que le quedaba.

«¡No!», pensó Julia.

No.

Debía de tratarse de una pesadilla. ¡Nada de aquello podía ser verdad!

A pocos pasos de Julia, Oblivia Newton se movió. Con gran esfuerzo, consiguió girar la cabeza.

—Lo siento... —susurró, mirando a Julia—. Yo solo quería... volver a casa. —Después abrió la boca de par en par y gritó—: ¡ESCAPA, JULIA... ESCAPA! ¡ESCAPAD TODOS!



**Julia**

Los ha mantenido a raya a todos, con valor, sentido común  
y una agudeza y lucidez típicamente femeninas.

Pero creo que ella nunca habría abierto  
la puerta de las cuatro llaves...







Capítulo 22

## *Las SIRENAS*

Si el mapa era fiel, entonces Jason debía de estar a punto de llegar. Había atravesado túneles interminables y pasarelas suspendidas en medio de la oscuridad, había abierto y cerrado una media docena de puertas y había oído la corriente cálida que bullía en la rendija. Había penetrado en el acantilado de Salton Cliff y estaba casi seguro de haber cruzado uno de los pasadizos que se abrían al otro lado de la Puerta del Tiempo de Villa Argo. Ahora sabían exactamente adonde conducían tres de los cuatro pasadizos, y era posible que el último fuera justo el que estaba recorriendo en aquel momento.

—Allá voy —dijo preparándose para lo peor.

Durante el trayecto había intentado imaginar en qué podía consistir el arma de Peter: un enorme cañón, una máquina para atraer los rayos, un rayo láser, un ejército de robots mecánicos, un rudimentario avión bombardero...

Había pensado en todo, pero nunca habría podido imaginar lo que iba a encontrar.

Se detuvo cuando ya se encontraba bajo el nivel del mar.

El túnel parecía muy antiguo, por lo menos tanto como la gruta en la que descansaba la *Metis*. El techo abovedado destilaba gotas de agua que hacían resbaladizo el suelo, formando charcos irregulares. El aire resultaba casi irrespirable debido al olor a pescado y algas muertas.

Alguien había tendido un cable a lo largo de la parte alta del techo, alternándolo cada treinta metros con una lámpara de minero que garantizaba un mínimo de luz. Aquí y allá, se veían viejas herramientas abandonadas: martillos, carretes de hilo, niveles de albañil, cajas de cartón corroído llenas de engranajes.

Tras una curva muy cerrada, se abrían dos pasillos numerados con el uno

y el dos. En el suelo, en un rincón, Jason descubrió unos huesos: muslos y alas de pollo, una cabeza de conejo. Nada peligroso, pero sí lo suficientemente macabro como para sentir escalofríos. Encima de los huesos había un tablón de corcho colgado, con decenas y decenas de apuntes, esquemas eléctricos y hojitas de todo tipo, que los años habían hecho ilegibles.

Jason intentó coger una hoja, pero se le deshizo entre los dedos.

Después, apartando las notas con apuntes técnicos y diseños de circuitos, descubrió una hoja de papel más resistente, una hoja de los diarios de Ulysses Moore. En ella, el antiguo propietario de Villa Argo había dibujado un farallón con dos sirenas, las criaturas mitad pez mitad mujer que hacían naufragar a los marineros. Al verlo, Jason rió entre dientes, pues comprendió al instante el motivo de la presencia de los viejos huesos de pollo: los habían dejado allí como un recuerdo. Simbolizaban los huesos de los marineros que blanqueaban, amenazadores, sobre los farallones de las sirenas.

Bajo el dibujo, Ulysses había dejado uno de sus acostumbrados enigmas:

*Dos son las centinelas que vigilan el mar,  
caprichosas, terribles y armadas con lanzas.  
Tres son los amigos que las pueden afrontar,  
pero no sin sufrir sus asechanzas.*

Jason ni siquiera trató de interpretarlo: no era difícil imaginar quiénes eran las dos centinelas, pero él no tenía amigos con los que poder afrontarlas. Tenía que hacerlo todo solo.

Eligió el pasillo de la izquierda y se adentró en él. A los pocos pasos, se encontró con una rampa de escalones que conducía a una habitación minúscula que parecía revestida de escamas de pescado.

En cuanto Jason traspasó el umbral, se encendió una lucecita.

El suelo estaba compuesto por varios discos de metal muy grandes, incrustados uno dentro del otro como las piezas de los fogones de las viejas cocinas de gas. En el centro de los discos, había un asiento fijado sobre un perno. La habitación era un tronco de cono, forrado de paneles de hierro empernados que se cerraban en espiral un par de metros por encima de su cabeza. Del suelo, alrededor del asiento y entre un disco y otro, sobresalían ocho palancas distintas de aproximadamente un metro de altura, cada una de las cuales parecía activar un disco. Aparentemente, no había ningún cuadro de

mandos: solo un agujero octagonal en una pared, que parecía hecho a propósito para introducir en él una llave de accionamiento.

Jason entró en la habitación, y los discos resonaron en el vacío bajo sus pies. Intentó empujar delicadamente una palanca y vio que se movía adelante y atrás.

Estudió el techo en espiral, los discos concéntricos y el revestimiento de escamas de peces. Luego salió de la habitación y volvió sobre sus pasos.

El otro pasadizo llevaba a un espacio prácticamente idéntico, pero ligeramente más pequeño.

Jason se apoyó contra una pared.

Dos centinelas vigilan el mar... Pensó en los Tacones de la Dama, los dos farallones a flor de agua a los pies de Salton Cliff, e imaginó que cada una de las dos habitaciones se encontraba bajo uno de ellos.

«Armadas de lanzas.» Las «lanzas» podían ser las palancas que sobresalían del suelo.

No tenía muchas más ideas. Excepto una.

La disposición de los discos y de las ocho palancas.

Recordaba un pequeño tiovivo.

Se sacó del bolsillo el carillón de John Joyce Moore que había salvado de la torre de Villa Argo poco antes de que se derrumbara. Lo abrió y observó las barquitas fijadas en los distintos discos concéntricos. Después se colocó bajo la lucecita de la habitación y examinó el eje que mantenía fijas la base y la tapa del carillón. Lo desmontó fácilmente y se encontró con las dos mitades del juego en la mano.

«¿Es posible que sea tan evidente?», se preguntó.

Intentó meter una mitad del carillón en el agujero octagonal de la pared de la habitación. Parecía hecho a propósito: encajaba perfectamente.

Se detuvo, vacilante. ¿Era prudente lo que estaba haciendo? Por toda respuesta le vinieron a la memoria esas películas de ciencia ficción en las que tenía que activarse una bomba atómica siguiendo complicados procedimientos de seguridad: una serie de personas apretaban botones y tecleaban códigos secretos, de los que cada una solo conocía una parte.

Tragó saliva. No es que de verdad pensara que en aquella habitación hubiera una bomba atómica, pero tampoco podía estar seguro de nada.

Colocó de nuevo la mitad del carillón en el hueco octagonal y la empujó hacia dentro. No pasó nada. No enseguida, al menos. Porque, unos instantes después, el carillón empezó a dar vueltas. Se oyó un clic. Luego un segundo. Un tercero. Un cuarto.

El carillón comenzaba a emitir su dulce melodía.

Salió rápidamente de la segunda habitación y regresó a la primera. Metió la otra mitad del carillón en el agujero correspondiente y se sentó en el asiento. De nuevo, ocurrió lo mismo. Un clic. Dos. Tres. Cuatro.

Y después la melodía.

—Vale... —murmuró el chico. Alargó la mano hacia la palanca más cercana y la aferró como si se tratase de la palanca de cambios de un avión—. ¿Y ahora?

Cuando oyeron la música por primera vez, se encontraban colgados de las paredes de la hendidura como si fueran una araña. Peter Dedalus y Rick se quedaron escuchando, en silencio. El viento silbaba a su alrededor, haciendo oscilar el casco de hierro del submarino como una lámpara de papel.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó el relojero.

Rick no tenía la menor idea.

Después de hablar con Black por la radio, estuvieron deambulando por los alrededores del Laberinto hasta que se toparon con la cúpula sin cobertura que se correspondía con Salton Cliff. En ese momento, del submarino-araña surgieron una serie de ganchos y de escarpas, con los que la nave había empezado a escalar la pared de la hendidura, asidero tras asidero.

A partir de entonces, el chico pelirrojo había dejado de pensar. La idea de permanecer colgado de una pared vertical de una altura prácticamente infinita le daba vértigo.

Reemprendieron la escalada y poco después la oyeron de nuevo. Una melodía dulce, melancólica, metálica.

—Pero... ¿de dónde viene? —preguntó Rick.

—Dime que no es verdad... —murmuró Peter por su parte—. Ahora se para...

Pero la melodía siguió adelante, aumentando casi imperceptiblemente de volumen.

—¡No! —imprecó el inventor—. ¡Maldición!

Agarró los mandos que controlaban las largas patas ahusadas del submarino y les ordenó trepar más rápidamente.

—¿Por qué lo ha hecho? ¡Le dije que me esperaran! ¡Solo tenía que ganar tiempo! ¡Las Sirenas no están preparadas! ¡No las acabamos!

—¿«Las sirenas»? —preguntó Rick, intentando no chocarse contra las paredes de hierro de la araña mecánica, cuyos saltos eran cada vez más

fuertes—. ¿Qué sirenas?

Por toda respuesta, Peter señaló un botiquín que rodaba de un lado a otro del habitáculo.

—¡Rápido! —dijo—. ¡Ahí!

Rick se abalanzó de un salto sobre el botiquín, lo abrió sin saber lo que estaba buscando y siguió las órdenes.

—¡Debería haber taponos de cera para los oídos! Son de color rosa, ¿los ves?

Rick rebuscó entre cápsulas, tiritas, vendas y frascos... y al final los encontró.

—Dame dos, ¡rápido! Y pónelos tú también, antes de que sea demasiado tarde.

—Demasiado tarde... ¿para qué? —preguntó Rick, alarmadísimo. Retiró la lana que protegía las bolitas de cera y se las metió en los oídos, hasta el fondo.

Quizá Peter le había dado una respuesta, pero ya no la oyó. Siguió dándose golpes contra un lado y otro del habitáculo, en el vacío, implorando que aquel cacharro no se cayera y que consiguieran llegar arriba, a Kilmore Cove, a casa.

Después todo empezó a temblar.

Y Rick cerró los ojos.



Capítulo 23

## *La REVUELTA*

Al ver al grupo de personas que se acercaba a la playa, el gigante de piel oscura, JohnDoo, dio una orden en la lengua de los monos y sus soldados se detuvieron a pocos pasos de las chalupas. Apoyó una mano sobre la cimitarra y la otra en la pistola, preguntándose quién diablos era aquella gente y qué querían.

Eran cuatro y tenían un perro. Un quinto se había quedado atrás, a la altura de las primeras casas del pueblo. ¿Habrían ido ellos también a pactar la rendición? ¿El hombre que se había quedado atrás podría ser el tal Ulysses Moore que Spencer estaba buscando?

A medida que el grupo se acercaba, JohnDoo iba frunciendo cada vez más el ceño. El perro era en realidad un cachorro de algún tipo de felino, y tres de las cuatro personas eran prácticamente unos niños.

Se detuvieron a unos veinte pasos de él.

JohnDoo dio otra orden a los monos, pero esta vez los animales no se movieron y se quedaron mirando fijamente al cuarteto que se acercaba.

—No te obedecerán —dijo uno de los cuatro, el más pequeño de todos. Tenía algo dentro de la mochila que llevaba a la espalda. Algo que se movía.

—¿Quién eres? —bramó el terrible JohnDoo, con una voz tan grave que habría hecho oscilar una lámpara.

—Soy un amigo suyo —respondió Tommaso.

—¿Has venido a que te maten?

—He venido a ordenarte que nos devuelvas todo lo que has cogido y te largues de aquí.

JohnDoo profirió una carcajada. Se puso en jarras y exclamó:

—¡Lárgate de aquí, mocososo, o probarás el acero de nuestras espadas!

—Ay, madre... —murmuró uno de los cuatro, el más grande de todos.

—Cállate, primo —le dijo el que iba a su lado, dándole un codazo—. Deja

que hable él.

Tommaso dio un paso adelante en la arena.

—No. Lárgate tú. Y rápido —espetó con tono decidido.

JohnDoo volvió a estallar en sonoras carcajadas. Había hecho frente a los más temibles piratas de los mares, así que no iba a tenerle miedo a un niñato con una mochila y a sus pequeños amigos.

—¿Has venido con tu abuelito? —masculló, señalando con desprecio al señor Voynich.

El jefe de los Incendiaros se limitó a levantar el paraguas y lanzó sobre sus cabezas un arco de fuego con llamaradas de cinco metros. A su pesar, JohnDoo dio un paso atrás, estupefacto. Pero se repuso enseguida y ordenó a los monos que atacaran.

Sin embargo, ellos no dieron un solo paso. Miraban a Tommaso con los ojillos abiertos de par en par por el miedo.

—Te lo advertí... —dijo Tommaso Ranieri Strambi.

Hizo un gesto con el brazo y, desde detrás de la figura que se había quedado aparte, empezaron a salir uno, dos, tres, diez monos.

JohnDoo los reconoció enseguida: eran sus monos. Su tripulación.

—¿Qué... significa esto? —murmuró, confuso.

Tommaso se quitó la mochila de la espalda y la dejó en la arena, al lado de su cachorro de puma.

—Que ahora soy yo quien da las órdenes...

De la mochila asomó un monito de cara redonda y pelo hirsuto.

—Mejor dicho, él —precisó el chico de Venecia.

El Rey de los Monos emitió su reclamo gutural y los soldados de JohnDoo le obedecieron inmediatamente. Se abalanzaron todos sobre el marinero y en pocos segundos lo inmovilizaron.

Del puente del *Mary Grey* empezaron a llegar las primeras señales luminosas.

—Código morse —observó el señor Voynich.

—¿Qué dice? —le preguntó Tommaso, mientras los monos acababan de amordazar a JohnDoo.

—¿Y yo qué sé? —replicó el jefe de los Incendiaros. Alzó el paraguas y sonrió—. Si quieres podemos intentar responderles.

Tommaso no contestó; se giró hacia su pequeño ejército de primates.

Los dos primos Flint estaban de pie junto al gigantesco cuerpo de JohnDoo, atado y amordazado. El Flint grande le dio una patada en el costado

y dijo:

—¿Has entendido ahora quién manda aquí, eh, gordinflón?

—¿Lo has entendido?, ¿eh? —le imitó el Flint mediano.

—¡Flint! —los reprendió Tommaso.

—¿Qué pasa? —exclamó el Flint grande, al tiempo que se apartaba como quien ha hecho algo malo.

—Vosotros encargaos de él... —ordenó el chico de Venecia señalando al marinero.

—¡A tus órdenes! —respondieron al unísono los dos primos.

—¿Y nosotros? —inquirió el jefe de los Incendiarios.

Tommaso fue hasta la chalupa varada en la orilla. Apoyó las manos en ella y dijo:

—Nosotros vamos a rescatar el barco...

El señor Voynich meneó la cabeza.

—No me parece una buena idea, chico.

Nada más decirlo, la playa empezó a vibrar.

—¿Qué pasa? —se preguntaron todos. Los monos empezaron a chillar, inquietos.

El agua del mar empezó a alejarse lentamente de la playa, como si algo gigantesco la estuviera absorbiendo. Todos oyeron una especie de ruido metálico, sordo, que resonaba cada vez más fuerte entre las olas.

—Pero ¿qué...? —murmuró Tommaso, mirando a su alrededor.

El cachorro de puma retrocedió, inmediatamente imitado por los monos. «Instinto —pensó—. Los animales siempre siguen su instinto.»

Miró el mar, oscuro, que seguía alejándose.

Luego lo oyó borbotear.

—¡Vamos! —gritó, mientras se apartaba corriendo de la orilla—. ¡Larguémonos de aquí!

Instantes después, una ola descomunal se levantó de pronto y rompió en la playa. Otra cayó sobre JohnDoo y lo arrastró consigo.

El asiento de la habitación número uno empezó a vibrar cada vez más fuerte. Lo mismo sucedió con los paneles de metal. Los discos concéntricos se pusieron a girar, cada uno en una dirección distinta, cogiendo velocidad. Jason soltó la palanca que había aferrado, porque también se había puesto en movimiento. Intentó coger otra, pero se le escapó de la mano y casi le cortó los dedos.



—Vale, muy bonito... —masculló el chico—. Pero ahora párate, ¿vale? ¡Párate!

La suave melodía del carillón se había transformado en un chirrido ensordecedor de metal y engranajes enloquecidos. Los discos del suelo giraban como piedras de moler, y Jason no tenía la más mínima idea de qué tenía que hacer para detenerlos.

Miró hacia arriba y vio que también el techo de la habitación empezaba a dar vueltas como una gigantesca barrena.

—¡No! ¡Así no! ¿Qué estás haciendo, trasto?

Jason se sentía como si estuviera dentro de una astronave lanzada al espacio. El asiento era lo único que no giraba frenéticamente.

—¿Cómo funciona, Peter? ¿Cómo se controla este trasto? —gritó, presa del pánico.

Pero no había nadie que pudiera oírlo: allí abajo cualquier ruido quedaba ahogado por el aullido metálico de las grandes aspas que giraban vertiginosamente en torno a los farallones y empezaban a elevar el mar.

Julia corrió escaleras abajo, cogió el pasillo de la izquierda, oyó que llegaban algunos monos de las bodegas, abrió la primera puerta que encontró, entró en la habitación y se escondió. Era un camarote bastante grande, con una cama, una mesa, cartas de navegación colgadas en las paredes y un ojo de buey que daba al exterior.

En cuanto lo vio, pensó en una sola cosa: huir.

Se abalanzó sobre él e intentó abrirlo. Estaba bloqueado.

Hizo acopio de todas sus fuerzas, tiró, empujó y al final lo consiguió.

Oyó el mar, que batía contra el costado de la nave, y el aire frío le azotó la cara. Vio que el cielo se estaba despejando y oyó los chillidos de las gaviotas, que empezaban a salir de sus refugios en el acantilado.

Libre. Podía ser libre.

Metió la cabeza en el ojo de buey y luego un hombro. Se quedó atascada. «No», pensó. De esa manera no conseguiría pasar. Así que entró de nuevo en el camarote, se agarró al borde superior del ojo de buey, se alzó del suelo y se quedó suspendida en el aire. Intentó meter primero un pie y luego el otro. Se dio impulso y sacó las dos piernas fuera del bergantín, casi hasta las caderas. Y se quedó de nuevo atascada.

No. Tenía que conseguirlo. Bastaba con empujar un poco. Lo hizo. Arqueó la espalda y, al hacerlo, se le cayó al suelo el cuaderno de Morice

Moreau.

—¡No! —exclamó Julia. Se estiró para tratar de cogerlo, pero no llegaba—. ¡Ven aquí! ¡Vamos! —susurró, desesperada. Tenía que elegir. Dentro o fuera. Lanzarse fuera del bergantín o volver a entrar para coger el cuaderno de Morice Moreau.

El cuaderno era demasiado valioso.

No podía abandonarlo en la nave de Spencer.

Se dio impulso con los riñones para intentar entrar de nuevo en el camarote. Casi lo consiguió, pero se hizo un arañazo profundo en el costado, justo por encima del cinturón de los pantalones. Pensó en el tétanos y casi se echa a reír. Su vida corría peligro, y ella pensaba en el tétanos.

—Vamos... —murmuró Julia, estirando la mano para coger el cuaderno. Casi podía rozarlo.

Casi.

Solo necesitaba un pequeño esfuerzo más. Y otro pequeño... impulso con los riñones.

El arañazo en el costado le escocía como el fuego.

Respiró hondo, después vació los pulmones y se dio otro impulso. Se estiró todo lo posible y logró tocar el borde del cuaderno, pero no pudo cogerlo.

Oyó que Spencer gritaba desde el puente:

—¿Qué estáis haciendo, malditas bestias? ¿Se puede saber qué estáis haciendo?

Julia apretó los dientes. Le llegó el ruido de algo que caía al mar, algo pesado, como toneles de ron o...

Alguien que se estaba tirando al mar.

—¡Volved aquí! ¡Volved aquí enseguida! —gritó Spencer, con la voz temblando de rabia—. ¡A vuestros puestos! ¡A vuestros puestos!

El bergantín se ladeó de golpe, cabeceando por culpa de una ola inesperada, y Julia cayó dentro del camarote y rodó por los suelos. Después, la nave se inclinó sobre el lado opuesto y Julia cayó de nuevo al suelo. Se encontró en un rincón del camarote, sin aliento, entre un montón de objetos caídos.

Luego oyó unos pasos que se acercaban. Reconoció el ruido de las botas de Spencer.

Buscó el cuaderno, pero no lo vio. ¡No! ¡Ahora no! ¿Adónde había ido a parar?

Los pasos se detuvieron justo delante de la puerta del camarote.

Julia miró el ojo de buey aún abierto. Siguió buscando el cuaderno. Quizá había rodado hasta debajo de la enorme cama situada en el rincón opuesto de la habitación.

Tenía que...

Tenía que...

«¡Escapa! —le había dicho Oblivia Newton antes de morir—. ¡Escapad todos!»

Del mar se alzó otra ola, todavía más fuerte que la anterior, y a Julia le pareció que el cielo y el mar hubieran intercambiado su sitio.



Capítulo 24

## ***El CANJE***

—No sé por dónde empezar... —admitió Marriet, el director del colegio, en el poblado de los monos.

—Puedes contarnos por qué querías ahorcarnos, por ejemplo... —respondió Leonard con dureza mientras se masajeaba las muñecas—. O quiénes son esos hombres. O qué estás haciendo aquí. Elige tú. Para nosotros es igual.

—No sabía que erais vosotros —se justificó el hombre, con voz llorosa. Respecto a la última vez que el guardián del faro y su mujer lo habían visto, estaba irreconocible: tenía la cara demacrada y las mejillas picadas de viruela, los ojos diminutos y febriles. Su voz era la de un loco.

Calypso bebió un sorbo de la bebida caliente que Marriet había hecho preparar e hizo un esfuerzo por no escupirla.

—¿Quieres decir que si hubiéramos sido otros... nos habrías ahorcado?

El director del colegio de Kilmore Cove la miró como si no la viera.

—Ahorcaros a vosotros era la manera de liberar a dos de los nuestros... —dijo el director—. Es algo ruin y despreciable, lo sé, pero... los monos nos tienen prisioneros aquí. A mí y a los otros cuatro.

—¿Qué quiere decir que los monos os tienen prisioneros? —insistió Leonard—. ¿Por qué? ¿Quiénes son las otras personas?

El director Marriet se frotó la cabeza y empezó a moverla como un loco.

—¡No lo sé! ¡No lo sé! ¡No lo sé!

—Creo que ha llegado el momento de llevarte a casa, amigo mío —comentó Leonard Minaxo.

—No podéis.

—¿No podemos?

—¡Estoy condenado a permanecer aquí hasta que los demás vuelvan con el Rey de los Monos! —exclamó el director, abriendo la boca en una mueca

de desesperación.

—Pero ¡¿qué demonios estás diciendo?!

—¡Es así! ¡Yo a cambio de su Rey!

Leonard lo agarró de los hombros e intentó mirarlo fijamente a los ojos, pero la mirada del pobre Marriet era huidiza, como la de quienes han perdido definitivamente la razón.

—¡Ursus! ¡Mírame! ¡Soy yo, Leonard! Me conoces desde hace veinte años, ¿verdad?

Marriet asintió lentamente.

—¿Por qué no me cuentas lo que ha pasado? Desde el principio. Desde la noche en que Oblivia y tú...

Cuando Leonard pronunció ese nombre, el director lanzó un gemido desesperado.

—¡Ha sido ella! ¡Es culpa suya!

—Chisst... cuéntanoslo todo. Desde el principio, con calma. Te escuchamos, Ursus. Adelante.

Ursus Marriet empezó entonces a contar una historia abstrusa y farragosa, llena de elipsis y circunloquios, de reflexiones y contradicciones. Explicó cómo a Oblivia y a él los había atacado en alta mar un grupo de ballenas que parecían decididas a acabar con sus vidas. Una de ellas había hecho trizas la lancha fuera borda del director (probablemente la misma que había quedado varada después en la costa norte de Kilmore Cove). Otra, un megaterio gris, tuerto y con el lomo plagado de arpones rotos, se los había tragado. Pero no habían muerto. Habían sobrevivido en su gigantesca panza resonante bebiendo el agua de lluvia que se filtraba por las barbas de la ballena, arrollados por los desechos, las algas y los peces que tragaba sin cesar. Y allí habían permanecido hasta que el megaterio había quedado varado cuando había ido a morir en el Cementerio de las Ballenas, uno de los Puertos Oscuros. Los había sacado de la panza de la ballena una tribu de indígenas que vivía gracias a las carcasas de los gigantes animales marinos, de las que extraían aceite, huesos y grasa que canjeaban por todo lo que necesitaban. Oblivia y Ursus habían sobrevivido también allí abajo, en aquella tierra baja y desolada, poblada de huesos y fuegos fatuos, y dominada por un persistente olor a carne putrefacta. Habían trabajado para los indígenas, contándoles historias de su vida anterior, en Kilmore Cove, como si fueran leyendas, hasta que aparecieron dos hombres: el capitán Spencer y JohnDoo. Estaban solos, sin embarcación, pero tenían un plan.

—¡En la aldea de los balleneros nos avisaron! ¡Nos dijeron que no los siguiéramos! —gimoteó el director—. ¡Nos avisaron, pero no les hicimos caso y nos fuimos con ellos!

—¿Adónde? ¿Adónde fuisteis?

—A la selva. ¡A buscar a una tribu de monos! —explicó Ursus Marriet—. JohnDoo sabía adónde ir, hablaba su lengua. La aprendió en la Isla de Jade, hace muchos años, cuando convenció al Rey de los Monos de que se embarcara con el capitán Spencer.

—¿Qué quieres decir, Ursus? ¿Quién es ese Rey de los Monos?

—Un ser sagrado. ¡Un ser inmortal, cuyo único deseo era viajar y conocer el mundo! ¡Un auténtico bribón! ¡Una criatura buena y mala al mismo tiempo! El Rey de los Monos, el Rey Mono, Sun Wukong:<sup>[2]</sup> estos son solo algunos de sus nombres. Se embarcó con el capitán Spencer y nunca volvió más...

—Un momento, un momento... —lo interrumpió Leonard—. ¿Quieres decir que fuisteis a hablar con los mismos monos que habían perdido a su rey?

—¡No! La Isla de Jade no está en los Puertos Oscuros. O por lo menos eso creo. Fuimos a ver a otra tribu, Leonard. Y una vez allí, JohnDoo, en su lengua, les explicó que sabía dónde estaba el Rey de los Monos...

—¿Y era verdad?

—Sí. Les dijo que no había muerto, que al llegar a cierto puerto se había bajado de la nave del capitán Spencer en el año... en el año... Ay, lo dijo con precisión... Me acuerdo, porque me llamó mucho la atención... ¡Ah, sí! En mil novecientos cuarenta y ocho porque este... rey... quería explorar el mundo por su cuenta. Y, después de desembarcar, no había vuelto nunca más.

—¿Y dijo en qué puerto bajó en mil novecientos cuarenta y ocho?

—Sí, en Venecia —susurró Ursus Marriet.

Leonard asintió. Y si hubiera conocido la historia de Morice Moreau, las leyendas sobre su muerte ese mismo año y el mono que se decía que lo acompañaba cuando pintó la escalinata de la Casa de los Garabatos, habría hecho una pregunta distinta. Sin embargo, le preguntó simplemente:

—¿Y qué pasó después?

—Lo demás es simple: la tribu de monos aceptó poner a los machos más fuertes al servicio de JohnDoo y el capitán Spencer, y juntos rescataron el *Mary Grey*. A cambio del viaje de vuelta, Oblivia les entregó el mapa del cartógrafo Bowen, que había conservado cuidadosamente.

—¿Y tú mientras...? —le preguntó Calypso.

—Yo... me quedé aquí como rehén de los monos con los cuatro músicos. Y aquí seguimos, esperando a que Spencer vuelva con su rey.

—¿Y tú crees que Spencer volverá? —preguntó entonces la librera.

—Es la única esperanza que me queda —admitió el esqueleto de hombre que tiempo atrás había sido el director del colegio del pueblo.

Se quedaron hablando largo y tendido, y el director les dijo que ellos eran libres de irse cuando quisieran. Pero estaba fuera de discusión que él pudiera irse con ellos hasta que no se produjera el canje pactado.

Llegó la noche, y el director les ofreció una cena frugal y un sitio donde dormir, pero Calypso rechazó el ofrecimiento: prefería hacer frente a los peligros del manglar y adentrarse en la oscuridad a dormir en aquel lugar, donde cinco hombres se veían obligados a esperar bajo el patíbulo el regreso de una nave que no volvería nunca.

—¡Debéis huir con nosotros! —propuso la librera—. ¡Tenemos una barca no muy lejos de aquí!

Pero el director estaba demasiado débil y cansado para pensar en una fuga.

—Los monos nos vigilan continuamente. ¡Nunca nos dejarán marcharnos del poblado!

Parecía una situación sin vía de salida: Calypso se resistía a abandonarlos, y Leonard se mostró inflexible. Mataría a los monos de uno en uno si era necesario.

—No hace falta, Leonard... —le dijo el director—. Yo no haría lo mismo por ti.

—Somos distintos —replicó el guardián del faro—. Cada uno tiene un carácter. Y yo no te dejo aquí abandonado.

Al final se quedaron a dormir allí y se prometieron que tomarían una decisión al amanecer del día siguiente.

Pero el amanecer del día siguiente traería una sorpresa.

Se anunció con un remolino de pólvora que se levantó del centro de la aldea, y por los posteriores chillidos de los monos. Leonard y Calypso fueron los primeros en salir de la cabaña para ver qué pasaba.

Miraron a su alrededor, antes de darse cuenta de que una sombra gigantesca oscurecía la luz color café del sol.

—Y eso... ¿qué es? —preguntó Leonard, estupefacto.

Los monos estaban como enloquecidos. Calypso se estrechó contra su marido.

El señor Marriet salió cojeando de la cabaña y observó el cielo, aún más asustado que los demás.

Sobre sus cabezas, una nave voladora con dos cascos y un alto velamen surcaba las nubes, empujada por el viento.

Los habitantes del poblado se quedaron contemplando cómo viraba, pasando por segunda vez por encima de sus cabezas para, al final, bajar la proa y planear hasta el suelo trazando largos círculos concéntricos.

—¿Habías visto antes algo parecido? —le preguntó Calypso a su marido.

Leonard negó con la cabeza, lentamente. No. Nunca había visto nada así. Pero había oído hablar de ello.

En la popa de aquel insólito catamarán de los cielos apareció una mujer con una melena morena larguísima y un pendiente de plata con una cadenita que le llegaba hasta la nariz. Los miró de uno en uno y levantó el brazo en señal de saludo.

—¿Quién de vosotros es el jefe del poblado? —preguntó.

El señor Marriet se dirigió cojeando hacia ella.

—Podría serlo yo, si esto fuera un poblado.

—Yo soy Pandora, navegante de los vientos —se presentó la mujer—. Y esta es mi nave de las tempestades.

El hombre tosió y replicó:

—Yo ya no soy nadie, y este es el lugar donde estoy condenado a morir. Sea lo que sea lo que buscáis, no lo encontraréis aquí. A menos que queráis agua y raíces hervidas.

—Estamos buscando el *Mary Grey* —respondió Pandora—. El navío del capitán Spencer. Nos han llegado noticias de que se encuentra por aquí.

—Pues creo que os han llegado demasiado tarde... —intervino Leonard, adelantándose al director—. El capitán Spencer zarpó hace ya muchas semanas.

—Y decidme: ¿le acompañaba una mujer? —preguntó otra voz desde la nave voladora.

—Sí —respondió el director—. ¡La mujer que le enseñó la ruta de Kilmore Cove!

—¡Imposible! —rugió la voz.

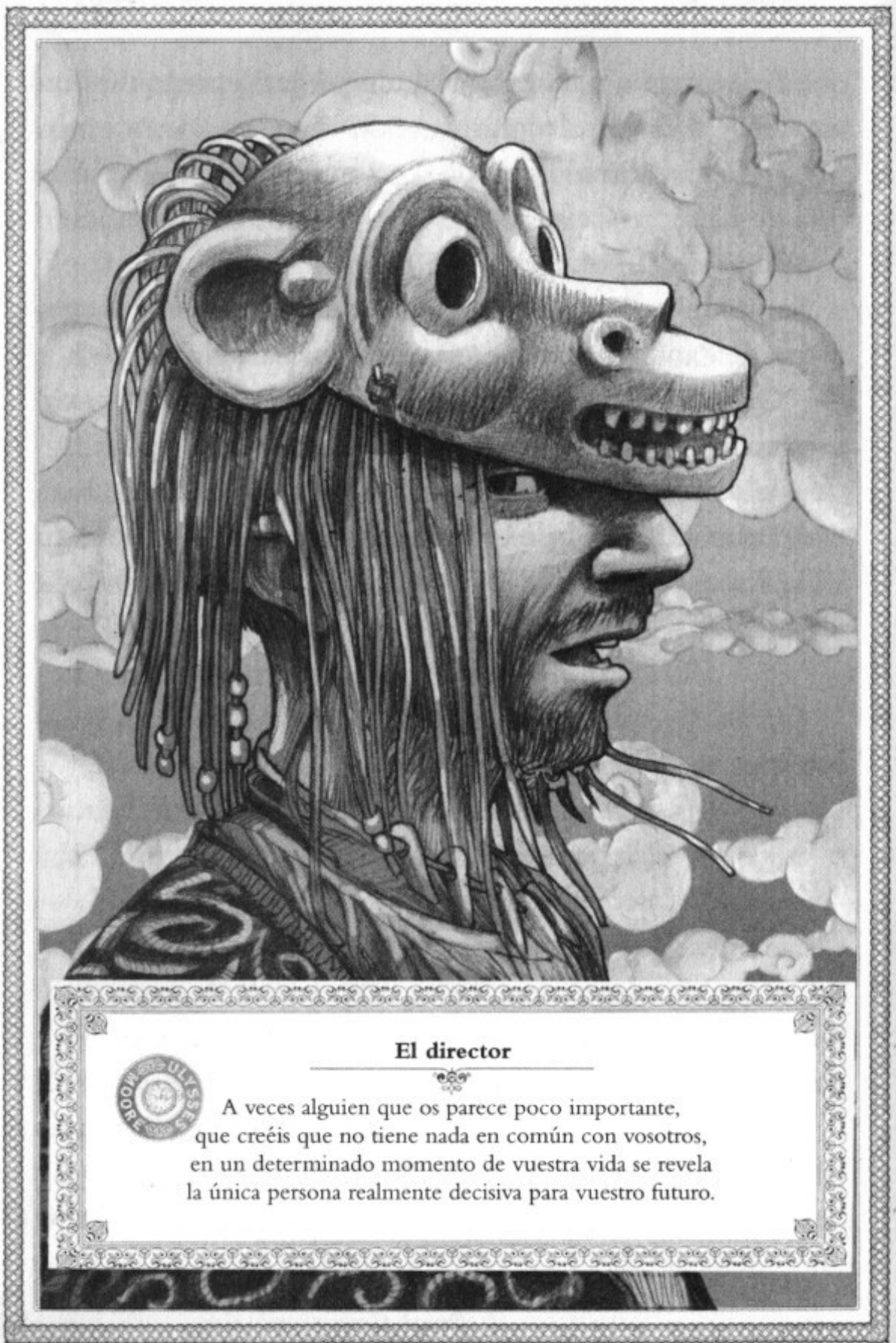
Se produjo cierto jaleo a bordo del catamarán, y luego, detrás de Pandora aparecieron otros dos pasajeros.



—¡Que me aspen si no es...! —exclamó Leonard Minaxo, a quien aquella voz le había sonado enseguida familiar.

—¿Ulysses...? —dijo Calypso, incrédula.

—¿Leonard? ¿Calypso? —se asombró el viejo jardinero de Villa Argo—. ¡Por todos los demonios! ¿De verdad sois vosotros?



**El director**



A veces alguien que os parece poco importante,  
que creéis que no tiene nada en común con vosotros,  
en un determinado momento de vuestra vida se revela  
la única persona realmente decisiva para vuestro futuro.



Capítulo 25

## *El CANTO de las SIRENAS*

El capitán Spencer entró en su camarote, dando un furioso portazo y lanzando imprecaciones. Se desabrochó el cinturón y lo dejó caer al suelo. Después puso la cabeza entre las manos.

—¡MALDICIÓN! —gritó.

El *Mary Grey* cabeceó sobre una nueva serie de olas y Spencer intentó mantener el equilibrio. Pero era difícil. Muy difícil. Los monos se estaban rebelando, y ese inútil de JohnDoo se había quedado en tierra, en aquel maldito pueblo. Y, como si no bastara, aún no le había llevado a Ulysses Moore.

Se apoyó en la mesa para coger sus mapas de viaje. Tenía poco tiempo. Debía darse prisa. Al agacharse vio su propio rostro reflejado en el espejo: los ojos profundos, la eterna mueca de desprecio, la piel, que estaba palideciendo a fuerza de navegar por el Mar Oscuro.

—¿Y ahora, Spencer? —le preguntó a su propio reflejo—. ¿Ahora qué vas a hacer para calmar a tu tripulación?

Todavía no tenía ninguna respuesta. Pensaba que los monos tenían miedo del mar, repentinamente agitado, de modo que consultó el barómetro, el almanaque lunar y las cartas náuticas para tratar de averiguar a qué se debía aquel fenómeno. ¿Una marea? ¿Un remolino? ¿Una borrasca después de la tormenta?

Malditos monos. Maldito JohnDoo y su plan para reclutar una tripulación que no se amotinaría nunca. Y maldito también él mismo por haber vuelto a creerles.

Ya habían tenido un mono a bordo. Una vez. Y había sido suficiente.

El mar agitado era un imprevisto con el que no había contado. O quizá se trataba de una señal: la señal de que tenían que irse. Lejos de allí.

Volvió a pensar con rabia en las últimas palabras de Black Vulcano:

«Ulysses Moore está con la mujer a la que ama...».

—O sea..., que ha muerto —concluyó, encogiéndose de hombros.

La cadena del ancla del *Mary Grey* dio un tirón. Con un mar con aquella fuerza, la nave no tardaría en empezar a garrar.

«Muerto.»

Una palabra que no le atañía.

Todos los demás hombres tenían que morir. Y todas las mujeres. También aquellas a las que Spencer había amado.

Por primera vez desde que entró en el camarote, se dio cuenta del desorden que había. Recogió del suelo un viejo marco de plata y lo puso en la mesa. Una instantánea hecha con un flash con polvo de magnesio: Spencer sostenía en brazos a una niña. Era Sophia, su pequeña Sophia.

El rostro del capitán se endureció de repente y su sonrisa se transformó en una mueca de desprecio. Lanzó el marco contra un rincón del camarote y gritó:

—¿CÓMO PUDO PASAR? ¿CÓMO PUDIERON LLEVARTE LEJOS DE MÍ?

La fotografía cayó al suelo, a pocos pasos de un pequeño cuaderno de piel negra.

Spencer lo miró, sin reconocerlo.

Lo cogió, lo abrió.

Y sintió que lo invadía una ola de odio.

Había un nuevo dibujo en el cuaderno de Morice Moreau. Había surgido de repente en el marco de la página en la que solía aparecer Julia.

Anna Bloom puso la mano encima, mientras pensaba que ya había visto aquel dibujo: un joven barbudo, vestido de marinero, con una gorra con un ancla dorada.

Era el capitán Spencer. Era así como lo había retratado Morice Moreau en los libros de Circe de Briggs.

«Pero ¿cómo es posible...?»

«¡Moreau!», pensó el capitán Spencer al salir de su camarote con la libreta entre las manos. ¿Cómo podía haber llegado hasta allí un cuaderno de Morice Moreau? El hombre que, con los Moore, le había arrebatado a su hija...

El *Mary Grey* saltó sobre las olas, y Spencer pensó que tenía que subir al puente, en lugar de quedarse bajo la cubierta perdiendo el tiempo. No estaba preocupado: había afrontado tempestades mucho más fuertes, aunque la manera repentina en la que el mar había descendido y ascendido era realmente insólita en una bahía recogida como aquella.

Pasó rápidamente las páginas del cuaderno y, casi por casualidad, puso una mano sobre el dibujo de una niña con una llave en la mano. Una niña que, por un instante, le recordó a Sophia.

«¿Eres tú?», le preguntó una voz dentro de su cabeza.

El capitán Spencer apartó la mano de golpe. El velero se balanceó pavorosamente, pero él permaneció en perfecto equilibrio, ignorando las olas que barrían la cubierta.

Colocó de nuevo la mano encima del dibujo y preguntó, en voz baja:

—¿Sophia?

En el asiento de atrás del coche de los Incendiarios, Anna Bloom sintió que le daba un vuelco el corazón. Retiró la mano del retrato del capitán Spencer por un instante, miró a sus compañeros de viaje y anunció:

—¡Cree que yo soy... Sophia!

Pirès se le acercó y echó una ojeada al dibujo de la libreta.

—Es lo que espera, en realidad... —comentó.

—¿Y yo qué hago?

—Deja que se lo crea.

—¿Papá? —dijo el dibujo del cuaderno.

—¿Sophia? No puedes ser tú... —El rostro de Spencer mudó rápidamente de expresión, pasando en pocos instantes de la duda a la certeza y de la certeza nuevamente a la duda.

—Soy yo. Tu hija.

—Pero... ¿dónde estás? ¡¿Cómo... cómo puedes estar todavía viva?!

—Estoy aquí... en estas páginas. Sigo viva, en estas páginas.

Spencer apenas podía pensar. ¿Era posible que su hija, su niña, siguiera viva? ¿Que fuera inmortal gracias a un simple... cuaderno?

—Y tú, papá, ¿sigues... vivo?

A su pesar, el pirata rió.

—Claro que sigo vivo... —Tocó las calaveras de mono que llevaba colgadas al cuello—. ¿No te acuerdas de mi collar? ¿El que me dio el Rey de los Monos? Trece calaveras... Son trece vidas, antes de que tenga que entregar la mía.

—¿Dónde estás ahora?

—En Kilmore Cove. ¡He venido a vengarte!

—¿A vengarme, papá? ¡Pero si yo no quiero venganza!

—Pues la tendrás, ¡porque la quiero YO! Ellos... te secuestraron y te obligaron a alejarte de mí... ¡Malditos sean! ¡Pero yo los he encontrado y los he castigado! ¡Uno tras otro! ¡Todos los que se pusieron en mi contra, en contra del pirata Spencer!

—Papá... no me secuestró nadie.

—¡No es verdad!

—¡Me fui yo! ¡Sola!

—¡ESTÁS MINTIENDO! —gritó el capitán, mientras el bergantín danzaba sobre las olas.

—¡Tienes que olvidar tu deseo de venganza! ¡La venganza no sirve para nada!

«No sirve para nada.»

Una sombra repentina cruzó la mente del capitán Spencer.

Años y años de persecuciones, de cazas furiosas, de fugas y asesinatos. Solo para saciar su sed de venganza. Y ver a los Moore acabados para siempre. Sin herederos. Sin nadie que se acordara de ellos. Años y años de lucha y, al final, al final del todo, la idea de que...

«No ha servido para nada.»

Se apoyó contra un mamparo del *Mary Grey*, el navío por el que había luchado denodadamente. Rememoró las penurias que había sufrido en la isla, cómo había conseguido huir, cuando había buscado a Penelope Moore en Venecia, cuando finalmente la había encontrado en el Laberinto y la había secuestrado, cuando la había llevado a la Tierra de Punt para que le entregara a cambio el mapa con la ruta de Kilmore Cove. Cuando la había matado.

¿Y para qué?

¿Para conseguir qué?

—¡SOPHIA! —gritó el capitán Spencer, arrojando el cuaderno de Morice Moreau a lo lejos.

De repente se sintió desfallecer. Cerró los ojos un instante. Percibía cada crujido de su velero, que se balanceaba entre las olas. Sentía el collar de calaveras oscilar en torno a su cuello...

Abrió de nuevo los ojos.

Una pequeña mano blanca sujetaba con fuerza su collar de la inmortalidad.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó a la chica que estaba parada en los escalones, delante de él.

—¿Te acuerdas de mí? —respondió ella.

Julia Covenant, sí. La amiga de Ulysses Moore. Tendría que haber estado encerrada en el calabozo, en el otro lado de la nave.

Y sin embargo estaba allí, con el collar en la mano.

Y todo lo demás, el puente, el camarote, el cuaderno, el *Mary Grey*, la bahía, el acantilado, el pueblo, Ulysses Moore, todo le pareció de repente muy distante.

Oyó el mar que cantaba, movido por una extraña melodía, al mismo tiempo dulce y estridente. Era como un reclamo, un reclamo lejano. Irresistible.

—¿Tú también lo oyes? —preguntó mientras la chica, que seguía delante de él, apretaba con más fuerza aún el collar—. ¿Sabes qué es?

El capitán Spencer lo sabía. No lo había oído nunca, en ninguno de sus interminables viajes, pero sabía exactamente qué era aquel canto. Lo sabía de manera instintiva, como cuando adivinaba en qué lado se hallaba el norte sin tener que usar la brújula. Era una información que estaba dentro de él, como dentro del corazón de todos los marineros.

—Es el canto de las sirenas... —susurró.

—Adiós, capitán Spencer —le respondió Julia Covenant.

Y de un tirón fortísimo, le arrancó el collar.



Capítulo 26

## *La LEY del MAR*

La primera sacudida tiró al suelo al padre Phoenix. Cuando se puso de pie, corrió a la habitación del Olimpo y vio que dos lucecitas rojas parpadeaban furiosamente bajo los Sharp Heels.

En el refugio subterráneo resonaron gritos de terror. Las luces se apagaron y después volvieron a encenderse. Los ventiladores empezaron a perder fuerza.

—¿Qué has hecho, Jason?! —exclamó el padre Phoenix, mirando con impotencia la maqueta de Kilmore Cove.

Una segunda sacudida siguió a la primera, y una vez más los habitantes del pueblo gritaron, asustados.

El padre Phoenix se abalanzó sobre los mandos del Olimpo: intuía que debía hacer algo, pero no sabía qué. Era como estar dentro de una olla a presión que podía explotar de un momento a otro. Después, en las pantallas descubrió que era como si el mar se hubiera secado: las olas habían abandonado la playa y un fortísimo remolino se había formado bajo el acantilado de Salton Cliff. Olas de cuatro, cinco, seis metros azotaban las rocas. El bergantín negro tenía las velas rotas y se dirigía, sin timonel, hacia los escollos.

Poco a poco, el ruido de fondo que había acompañado las dos sacudidas creció de intensidad, lo que obligó al padre Phoenix a taparse los oídos. Las pantallas de televisión explotaron, una tras otra. Fragmentos de cristal y viejos condensadores rodaron por los suelos. En la maqueta del pueblo ahora parpadeaban todas las luces, mientras que del suelo y de las paredes salían lenguas de humo. Las tuberías de los baños se rompieron, vertiendo en los refugios cataratas de agua hirviendo.

—¡Es el fin! —gritó el padre Phoenix, desesperado. Oyó los gritos de sus conciudadanos. Intentó volver con ellos, pero cayó de nuevo al suelo.



—¡Hombre de poca fe! —exclamó una voz, al tiempo que un par de brazos lo ayudaban a levantarse.

—¿TÚ? —dijo el cura al ver quién lo sujetaba—. ¿Qué haces tú aquí?

—¡He venido a intentar salvaros! —le respondió Peter Dedalus, que agarró una silla y la lanzó contra el cuadro de mandos—. ¡Deprisa, échame una mano! ¡Tenemos que desconectarlo todo antes de que las Sirenas borren Kilmore Cove del mapa!

Era como estar en medio de un huracán.

Las palancas vibraban a toda velocidad a pocos centímetros del asiento, que se veía sacudido por violentos temblores, y toda la cúpula de metal había empezado a girar sobre sí misma como una barrena. Jason luchaba por no caerse, porque de lo contrario habría acabado hecho papilla en un instante.

Y luego estaba ese ruido infernal, que segundo a segundo se iba haciendo cada vez más agudo, estridente, insoportable.

—¡JASON!

El estruendo había llegado a su punto culminante.

—¡JASON!

Solo al tercer o cuarto grito se dio cuenta de que había alguien en la puerta.

Se dio la vuelta en el asiento, mareado.

Y por un momento creyó que tenía alucinaciones.

—¡RICK! —gritó, incrédulo.

Su amigo pelirrojo intentaba decirle algo. Señalaba la habitación y repetía continuamente la misma frase. Pero Jason no entendía ni una sola palabra. ¿Qué le estaba diciendo? ¿Qué quería que hiciera?

Inútil.

Intentó concentrarse en los gestos de su amigo.

—¿TENGO QUE QUITAR EL CARILLÓN? —gritó—. ¿EL CARILLÓN?

En el umbral de la puerta, Rick asintió.

Pero era imposible. Jason no podía hacerlo. Así de simple. Las ocho palancas giraban en torno a él como enloquecidas. Si hubiera intentado estirar un brazo para coger el carillón, se lo habrían cortado de raíz. Se movían a una velocidad vertiginosa, y cada una en una dirección diferente.

—¡NO PUEDO! —gritó Jason, exasperado.

En ese momento, Rick le indicó que esperara y después señaló algo por detrás de él. Asintió con la cabeza. Esperar. Algo detrás de Rick. «Tú puedes.»

¿Qué quería decir?

El ruido resultaba ensordecedor y le impedía pensar. Era como llegar sumergidos por las olas del mar. Como reunir en su interior el ruido de todos los naufragios.

Asintió con la cabeza, aunque no había entendido nada, y Rick desapareció del umbral.

Jason miró arriba. Miró adelante. Miró otra vez hacia la puerta. No pasó nada.

Esperar. Algo por detrás de Rick. «Tú puedes.»

No podía bajar del asiento. No podía moverse. No podía hacer nada. Las palancas. Las lanzas. Las dos centinelas de los mares...

De repente oyó un chirrido ensordecedor, y toda aquella confusión cesó de golpe. El techo dejó de dar vueltas, y las palancas, de correr enloquecidas en torno a él.

Rick había hecho algo. Había ido allí y había hecho algo. Y ahora las palancas se movían más lentamente. Como si algo las frenara. Chirriaban. Todo chirriaba, como si el freno solo pudiera resistir unos segundos más.

Sí que puedes.

Jason se bajó del asiento y a continuación atravesó con un par de saltos los ocho discos de hierro que giraban en el suelo. Fue como caminar sobre una gigantesca boca de cocodrilo que estuviera a punto de abrirse de par en par bajo sus pies.

Fue hasta la pared de la habitación, agarró el carillón y lo sacó del hueco.

Se oyó un golpe, un estruendo fragoroso, el ruido de algo inmenso que se estrellaba por encima de él, y la habitación vibró con la fuerza de aquel golpe. Piedras, madera y hierro chocaron entre sí.

Tropezó, pero de alguna forma consiguió llegar hasta la puerta y dejarse caer fuera.

—¡Jason! —lo llamó Rick desde el pasillo oscuro.

Jason se puso de pie. Fue hasta su amigo tambaleándose. Lo abrazó.

—¡Rápido! ¡Tenemos que salir de aquí!

No pudieron decir nada más: las olas del mar azotaban el paisaje submarino cada vez con más fuerza.

Echaron a correr, hombro con hombro, saltando por encima del agua que borbotaba a su lado, resbalando, cayéndose, ayudándose a levantarse el uno al

otro.

Corrían en la oscuridad, con decisión. No había nada que pudiera detenerlos. Ni siquiera la fuerza del océano.

Eran Jason y Rick.

Y eran dos amigos inseparables.

Subieron sin parar un instante, orientándose instintivamente por aquel dédalo subterráneo. Detrás de ellos, el fragor del agua seguía sin disminuir. De repente, vislumbraron una luz tenue. Fueron hacia ella y se encontraron al filo del acantilado de Salton Cliff, a diez metros por encima del nivel del mar. Las olas se arremolinaban bajo sus pies, salpicándolos de espuma.

La luz que los había guiado hasta allí era el sol de la mañana, que finalmente se había abierto paso entre la espesa capa de nubes de tormenta. El gran faro de Kilmore Cove giraba majestuoso al otro lado de la bahía.

Los dos chicos cayeron de rodillas al suelo, empapados y exhaustos. Se apoyaron el uno en el otro, mientras trataban de recobrar el aliento. La playa de Kilmore Cove estaba completamente seca. Era como si algo hubiera aspirado el mar en torno a los dos Tacones de la Dama formando un pavoroso remolino que atraía cualquier cosa hacia él, incluido el bergantín del capitán Spencer.

La fuerza del mar alzó el navío, que fue a estrellarse de popa contra el más grande de los dos farallones. En el casco se había abierto una vía de agua gigantesca, que se iba haciendo más grande a ojos vistas. De ella salían todo tipo de cosas: cofres, cañones, monedas, piezas de carne, toneles de ron, muebles y todo lo que hasta entonces había albergado la panza del *Mary Grey*. Y monos. Monos que nadaban en todas direcciones para intentar alcanzar la orilla.

La nave, encallada en los escollos, estaba a punto de partirse en dos. Gemía cada tablón de madera, y con ellos cada muesca, cada pieza, cada juntura, cada clavo. Era como si el *Mary Grey* aullara de dolor.

—¡Cuidado! —exclamó Rick de repente, tirando de su amigo hacia sí.

Del balcón de roca en el que habían aparecido, acababan de soltarse dos enormes bloques, que cayeron al mar produciendo un ruido ensordecedor.

Los chicos se asomaron para mirar, prestando mucha atención a donde ponían los pies, y se quedaron de piedra: en la roca blanca de Salton Cliff se habían abierto profundas grietas de las que salían multitud de luciérnagas enloquecidas, que revoloteaban en el cielo. Enjambres y enjambres de

insectos que vibraban con luces intermitentes, dibujando en el aire abanicos y figuras sinuosas para después planear entre las salpicaduras de espuma y los mástiles del *Mary Grey*, que se estaban partiendo.

—¡NO! —gritó Rick de repente, siguiendo el vuelo de los millares de luciérnagas—. ¡JULIA!

La chica acababa de aparecer en la cubierta peligrosamente inclinada de la nave. La vieron caer al suelo, deslizarse hasta la borda y mirar el mar embravecido bajo sus pies.

—¡TÍRATE! ¡AHORA! —le gritó Jason.

Pero las aguas se arremolinaban furiosamente en torno a los Sharp Heels, golpeando contra los escollos y haciendo pedazos todo lo que pasaba por allí.

Con el rabillo del ojo, Jason vio una sombra que pasaba a su lado como una flecha. Alargó una mano para aferrarla, pero era demasiado tarde.

—¡RICK! —gritó cuando su amigo se lanzó al mar y desapareció entre las olas.

El agua entraba por todas partes y ya había inundado la mitad de las bodegas.

El capitán Spencer se apoyó en la baranda del puente, y sintió que le fallaban las fuerzas. Subió la escalerilla, un peldaño cada vez.

El *Mary Grey* se estaba hundiendo.

Y él se estaba muriendo.

Sentía que su barco se partía en el abrazo gélido de las enormes olas de espuma. Oía el fragor de la resaca. Notaba la luz del sol sobre la piel.

Cayó al suelo. Intentó ponerse de pie. Avanzó arrastrándose por el puente, paso a paso, haciendo acopio de sus últimas fuerzas. Envejecía un año con cada parpadeo. Se sentía cada vez más y más débil. Su rostro eternamente joven se estaba llenando de arrugas, el pelo se le caía y le habían salido canas, las heridas estaban volviendo a abrirse una a una, los huesos se le quebraban...

Pero el capitán Spencer seguía avanzando sobre el puente de la nave.

Se había imaginado muchas veces el momento de su propia muerte. Pero nunca había pensado que moriría a manos de una niña.

Una niña. Su única debilidad.

Se preguntó por qué no se lo había impedido. Por qué no había luchado. Por qué, cuando había aparecido enfrente de él, no había sacado uno de sus puñales envenenados y se lo había clavado.

Pero no tenía una respuesta. O quizá la tenía, pero prefería no escucharla. Ahora ya no tenía ninguna importancia.

Lentamente, en medio del estruendoso caos de olas, monos enloquecidos, ahogamientos y destrucción, el capitán Spencer fue arrastrándose hasta el timón de su nave.

«Aquí está...», se dijo. No sentía los dientes y tenía las encías como dormidas.

Pero se puso en pie. De alguna manera, consiguió levantarse. Aferró el timón y lo sujetó con fuerza, como un verdadero capitán.

Y una vez de pie, inclinado ostensiblemente sobre el mar tumultuoso que rugía en torno a él, halló la fuerza para reír.

—¡Mirad cómo muere un capitán! —gritó a las rocas que lo estaban engullendo.

Era el fin. El fin de todo.

Después, de repente, recordó algo. Se metió una mano en el bolsillo y sacó su moneda con dos caras. Se la habían entregado al entrar por primera vez en los Puertos Oscuros, siglos antes.

—¡Ajá! —gritó feliz, mirándola por ambos lados una última vez—. ¡Os habéis equivocado!

Y aquel descubrimiento, por sí solo, le proporcionó una energía inesperada, así como la certeza de que no todo estaba decidido. Y de que cada uno podía, en realidad, elegir la muerte que prefería.

El capitán Spencer lanzó al mar la moneda con su perfil por una cara, y el de Ulysses Moore, por la otra. Y con una última, aterradora carcajada, se hundió junto a su nave.



Capítulo 27

## *La LEY del CORAZÓN*

Julia notó que el mar la envolvía. Lo sentía presionar contra todas y cada una de las partes de su cuerpo. Intentó moverse, nadar, pero el agua tenía demasiada fuerza y rezumaba maldad. La ropa se le hinchaba, los huesos se le deformaban y la luz de la mañana, que empezaba a clarear el cielo, quedó sustituida por la negra oscuridad abisal.

«¡No!», decidió. No quería ahogarse. No quería morir allí, entre los escollos, bajo su casa. Los mismos escollos en torno a los cuales había nadado miles de veces, asustada por la fuerza de las olas que rompían contra las rocas majestuosas. Pensó en las algas colgadas bajo el mar, en las conchas cortantes de los moluscos, en los animales que habían construido allí sus hogares. «¡No!» No moriría así. No moriría ese día.

Tras oír al capitán Spencer revelar el secreto de su inmortalidad al cuaderno de Morice Moreau, Julia había hecho acopio de todo su valor y le había arrancado del cuello el collar con las calaveras de mono. Acto seguido lo había visto ajarse como un limón bajo el sol.

Después salió despedida lejos. El mar alzó el bergantín, que fue a estrellarse contra los escollos con un fragor ensordecedor. Julia acabó en el suelo, no sabía dónde. Oyó el agua rugir a su alrededor y vio bloques que desde el acantilado caían al mar.

Luego, nada: la nave, el mar, el acantilado que caía a trozos.

En un último resquicio de lucidez, buscó los cuerpos de Black y Oblivia sobre la cubierta, pero no quedaba ni rastro de ellos.

Sin darse cuenta siquiera, acabó en el mar, en su mar, que ahora la engullía hacia la nada donde nada crecía, donde no había flores ni praderas por las que correr, sino solo silenciosos peces abisales y mudas estrellas

marinas. Donde no existían esas «coronas caprichosas de ranúnculos, ortigas, margaritas, y orquídeas»<sup>[3]</sup> que tanto le gustaban.

Pero no podía dejarse atrapar sin luchar: no volvería a ver a su hermano ni a sus padres. No volvería a abrazar a Rick.

Así que nadó contra corriente. Se sentía pequeña y pesada al mismo tiempo. Se quitó los zapatos, la ropa. El hielo de aquel abrazo líquido le entumeció la piel, le agarrotó los músculos. Sentía el agua llegarle a la garganta y bajar hasta los pulmones. Entraba por todas partes: los oídos, la nariz, la boca. Pero a Julia no le importaba tener que tragar mucha agua o nadar con un gran esfuerzo.

Ella quería vivir.

Y nadó. Apartó el agua y nadó. Y por un segundo pensó que lo conseguiría y se concentró en imaginar que lo había conseguido, que era más fuerte que el océano, que tenía la cabeza más dura que los escollos de Salton Cliff. Por un segundo vio una luz tenue atravesar la pátina del mar y comprendió que había llegado a la superficie. ¡Lo había conseguido!

Pero en el preciso instante en que abría los ojos para abrazar aquella libertad, una fuerza maligna la aferró y la arrastró hacia abajo inesperadamente. Julia habría querido gritar, pero no le quedaban fuerzas para hacerlo.

Se hundió en un remolino trémulo de burbujas de oxígeno. Alargó los brazos para intentar agarrarse a una de esas nubes deshilachadas y salir de allí.

Pero era solo agua. Agua salada y malvada.

Solo agua y...

Una mano.

Una mano que se cerraba en torno a su muñeca.

Una mano que le aferraba el brazo. Otra que le ceñía la cintura.

Eso era lo que se sentía a las puertas de la muerte. Manos dulcísimas, pero firmes, que te acompañaban en la gran oscuridad.

Julia se rindió a aquel abrazo. Cerró los ojos y se abandonó, hundiéndose en el agua. Y después, de repente, sintió que el agua desaparecía de golpe a su alrededor y que había algo duro bajo su cuerpo.

Arena.

Y aire.

Oyó los chillidos de las gaviotas y el repicar de una campana y las sirenas de los bomberos y el ruido de la resaca. Sintió unas manos que la acariciaban

y le daban palmaditas en la cara. Y una voz. La voz de Rick, sí, su voz, que le decía:

—¿Julia? ¿Me oyes, Julia? ¿Puedes oírme? ¡Por favor, Julia, respira! ¡Respira!

Notó una presión en el pecho. Después, los labios de Rick se apoyaron en los suyos. Se dio cuenta de que él le soplaba aire en los pulmones, le soplaba su aire: estaba respirando el mismo aire que Rick y...

Y entonces tosió.

Y volvió a toser.

Aún tenía los ojos cerrados cuando oyó que Rick le decía:

—¡Estás viva! ¡Sabía que estabas viva! ¡Lo sabía, amor mío!

Y entonces abrió los ojos, unos ojos pesados y tan cargados de agua y de sal... Y lo vio, ante ella, con sus pecas y el pelo pelirrojo pegado en la frente.

Era él.

Era su Rick.

Quería abrazarlo, pero no recordaba cómo se hacía. Así que lo hizo Rick, que se acordaba perfectamente. La estrechó con fuerza entre sus brazos, mientras ella tosía de nuevo y escupía toda el agua que había tragado.

Pasó una eternidad antes de que Julia consiguiera preguntar, con un hilo de voz:

—¿Qué ha pasado?

—Nada —respondió Rick, acariciándole la cabeza—. No ha pasado nada.

Julia cerró los ojos, sintiéndose completamente a salvo por primera vez en su vida.

—Te quiero, Julia Covenant —le susurró Rick al oído.

—Yo también te quiero, Rick Banner.

Aparcaron los coches en el porche del faro. Malarius Voynich estaba de espaldas, de pie sobre el rompeolas, contemplando el mar enfurecido.

—¡Jefe!

—¡Estamos aquí!

—¿Cuál es la situación?

Sin embargo, él no se dio la vuelta.

Se agolparon tras él mientras el enorme faro hacía girar su luz veinte metros por encima de sus cabezas. Voynich reconoció las voces de Anna, los hermanos Tijeras, Eco, los chicos de Greenwich y un par de chicos más. Reconoció incluso la voz de Pirès.



—La verdad es que creo que habéis llegado demasiado tarde... — murmuró el jefe de los Incendiaros, señalando el acantilado de Salton Cliff, que se hallaba envuelto en una nube de luciérnagas enloquecidas que se iban apagando una tras otra al entrar en contacto con los rayos del sol.

—¡Hemos llegado lo antes posible!

—Pues «lo antes posible» no ha sido suficiente —respondió Malarius Voynich.

Todos se dispusieron a ver el mar desde el acantilado. La yegua de Leonard, todavía un poco inquieta, mordisqueaba la hierba del prado, y los dos primos Flint estaban apoyados en la torre blanca y roja del faro de Kilmore Cove. Tommaso se encontraba sentado en una piedra, con su cachorro de puma tumbado junto a él, y Zafon se había decidido, por fin, a dejar en el suelo su gigantesco zurrón.

—Ha salido de aquella hendidura... —explicó Malarius Voynich, señalando la profunda grieta que se había abierto a los pies del acantilado de Villa Argo.

Anna se protegió los ojos con la palma de la mano y vio una nave, en alta mar, que daba bordadas al viento.

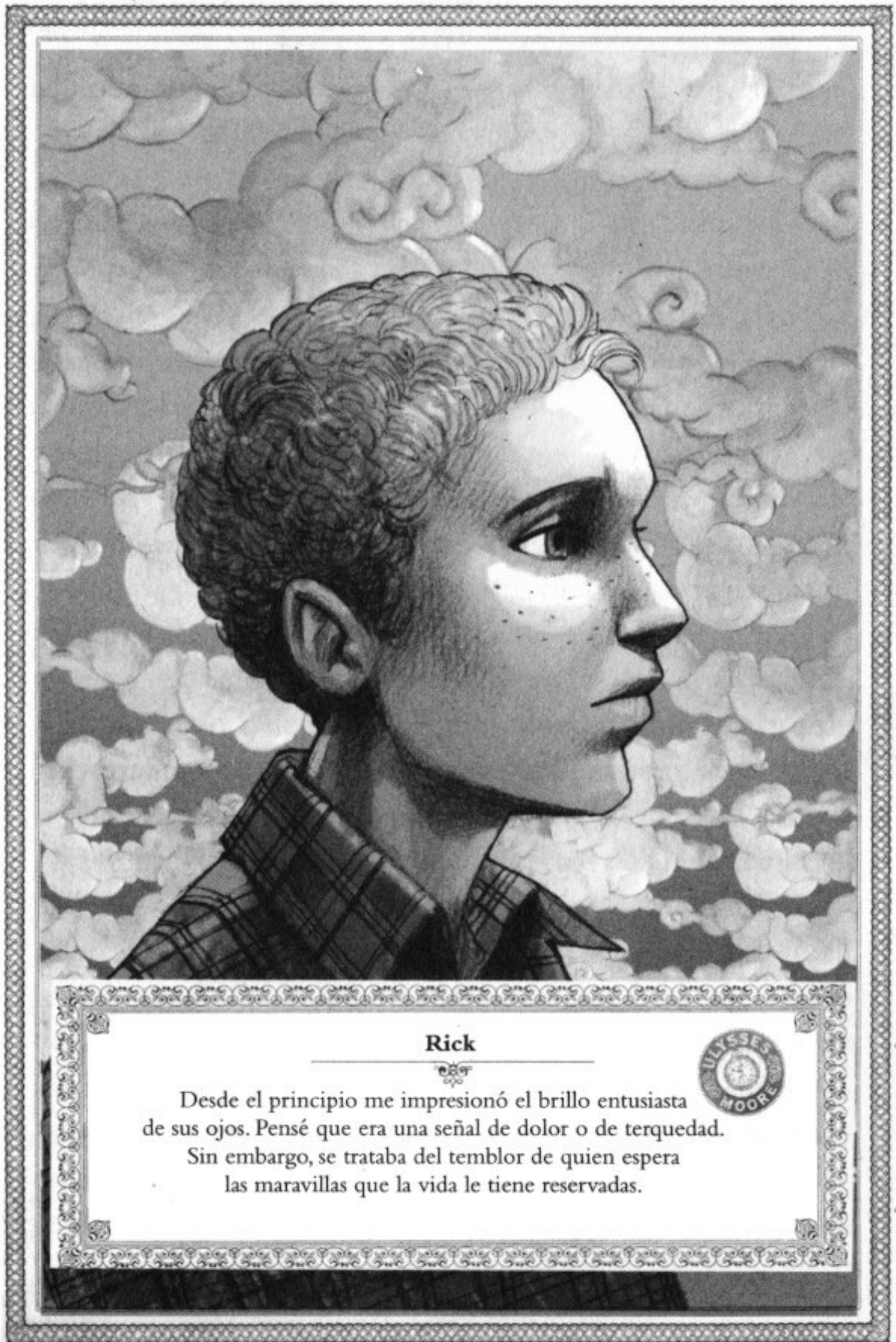
—¿Quién está al timón? —susurró.

—Nadie —respondió el gemelo de rizos.

El legendario navío de Villa Argo, la *Metis*, avanzaba libre hacia alta mar con las velas desplegadas y sin capitán al timón.

Se quedaron mirándolo hasta que se convirtió en un puntito lejano en el horizonte.

Que finalmente desapareció.



### Rick

Desde el principio me impresionó el brillo entusiasta de sus ojos. Pensé que era una señal de dolor o de terquedad. Sin embargo, se trataba del temblor de quien espera las maravillas que la vida le tiene reservadas.





Capítulo 28

## *Un ÚLTIMO VIAJE más*

Cuando Fred Duermevela y el traductor de los diarios de Ulysses Moore finalmente llegaron al pueblo, todo había acabado. O casi.

No habían encontrado vuelos directos de Génova a Londres, así que habían tenido que emprender un viaje bastante accidentado que los había llevado primero a la Costa Azul y después desde allí, en un tren veloz que había atravesado toda Francia, hasta París. En la capital habían alquilado un coche para llegar a Normandía y en Cherburgo habían cogido un transbordador. Durante el viaje, Fred se había leído todos los libros de Circe de Briggs y había llegado a la conclusión de que tenía que pedirle a Calypso el único que le faltaba de la colección, el número once.

Por eso se quedó bastante decepcionado cuando descubrió que la librería ya no existía.

Aunque se sintió todavía peor al descubrir que tenía que asistir a un funeral.

Pero antes de hablar del funeral, al que además de Fred y el traductor asistió casi todo Kilmore Cove, es conveniente dar un pequeño paso atrás...

Cuando volvió a Villa Argo, Julia Covenant se dio cuenta de que algo no encajaba. Bueno, a decir verdad, no fue exactamente ella la que se dio cuenta, sino Rick.

Mientras recogían las pocas cosas que se habían salvado de los cañonazos del *Mary Grey*, encontraron la estatua de la pescadora que había estado siempre instalada en el pórtico de Villa Argo desde que se habían mudado allí. La estatua había quedado dañada por las recientes caídas, pero seguía siendo preciosa.

—¿Sabes a quién me recuerda? —dijo Rick, mientras ayudaba a Julia a

colocarla en su sitio.

Sin motivo justificado, Julia sintió que un largo escalofrío le recorría la espalda.

—No. ¿A quién te recuerda?

Rick se lo dijo, y en ese preciso instante Julia descubrió que quizá el capitán Spencer le había mentado.

Salió corriendo de Villa Argo y se hizo acompañar al faro de Leonard Minaxo, donde estaba la radio que podía comunicar con los Lugares Imaginarios. El resto sucedió con una rapidez inusitada: después de que los protagonistas de nuestra aventura encontraran la forma de comunicarse entre sí, Peter Dedalus bajó al Laberinto con su globo y recobró la Primera Llave, que había caído allí abajo junto con el pobre doctor Bowen. Los hermanos Tijeras entregaron las velas negras que habían encontrado en Londres, y a la expedición se sumaron también Rick, Jason, Julia, Anna, Tommi y el Rey de los Monos, que había recogido el collar de calaveras de la inmortalidad de la playa y estaba ansioso por volver a casa. Su llegada al manglar supuso la liberación de Ursus Marriet y los cuatro músicos que tocaban el tambor, a quienes el director convenció para que se fueran a vivir a Kilmore Cove y tocaran en las veladas musicales del Windy Inn.

Montaron las velas negras en la nave de las tempestades de Pandora en un santiamén.

Y los viajeros salieron así de los Puertos Oscuros y se dirigieron en primer lugar a la Tierra de Punt.

Manfred se estiró. Le dolía la espalda.

—¿Cuántas clientas han venido a peinarse hoy? —preguntó a Gwendaline.

Su chica todavía estaba despidiéndose de la última cliente a la puerta de la peluquería, de modo que Manfred renunció a recibir respuesta.

Se contestó él solo: «Demasiadas». Demasiadas de verdad. Estaban trabajando como locos. Su salón de belleza para señoras egipcias era un auténtico éxito, y la reserva de horas para un corte de pelo, una manicura u otro de los refinados tratamientos que habían importado del siglo xx era constante e interminable.

Habían huido de Kilmore Cove, habían abierto el salón a orillas del Mar Rojo (o lo que fuera), se habían comprado una magnífica casa en la playa y

tenían no menos de veinte sirvientes. Y eso Manfred lo apreciaba más que cualquier otra comodidad.

Quizá no había demasiadas diversiones, pero en el fondo no podía quejarse. Gwendaline le llevaba a menudo a casa pergaminos con jeroglíficos de aventuras, que le gustaba leer antes de dormir. Y, a falta de noticias de deportes, se concedía largas jornadas de pesca a orillas del mar.

Y eso era precisamente lo que pensaba hacer en cuanto Gwendaline se despidiera de su última clienta, una de las más difíciles de despachar: la ayudante del Gran Maestro Escriba, que se contaba entre los personajes más influyentes de la Tierra de Punt. Era él quien supervisaba la vasta colección de rollos y pergaminos que constituía el orgullo de todo el país.

—¡Se ha ido! —suspiró Gwendaline cuando la clienta se marchó—. ¡Qué simpática es!

—¡Y cómo pega la hebra!

—¿Qué quieres que te diga? ¡Nos llevamos muy bien! ¡Las dos nos sentimos muy felices y al mismo tiempo un poco fuera de lugar aquí!

«Otra vez —pensó Manfred—. Ahora me dirá que nos vayamos o que nos volvamos a casa o alguna de esas típicas tonterías femeninas.»

Abrió la cortinilla de hilos de perlas de río y contempló el desierto desolado que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Vio un puntito negro que se acercaba en el cielo y se quedó observándolo hasta que estuvo lo suficientemente cerca. Parecía una especie de nave voladora, con las velas completamente negras.

—Eh, Gwen... —la llamó Manfred—. Ven a ver esto.

Nestor no esperó a que la nave de las tempestades acabara las maniobras de ataque. Bajó al suelo de un salto con la pierna sana, esquivó a los niños sonrientes que habían acudido corriendo a saludarlo y se abrió paso entre la multitud que se agolpaba para admirar la nave de Pandora.

Al ver las altas murallas del Palacio, sintió que el corazón le latía atropelladamente. ¿Era posible que Penelope estuviera de verdad allí?

¿Era posible que fuera tan fácil?

La hipótesis de Julia parecía cuando menos descabellada: aquel canalla de Spencer le había dicho que había llevado a Penelope hasta la Tierra de Punt para obligarla a entregarle el mapa de Kilmore Cove, el mismo mapa que Jason y Rick encontrarían muchos años más tarde y que Oblivia les robaría después, dando lugar con ello a todo lo que aconteció después.

Spencer estaba convencido de que, al incendiar un ala de la Colección, había acabado con la vida de Penelope. Y era precisamente la historia del incendio la que había llamado la atención de Julia: Rick y Jason la habían oído unos años antes de labios del dueño de la Tienda de los Mapas Olvidados, quien se creía responsable de lo que había sucedido. Entre otras cosas, habían sabido que, justo en aquel incendio, la ayudante del Gran Maestro Escriba había perdido la memoria.

Y de ahí la idea de Julia.

Según Rick, la estatua de la pescadora de Villa Argo (que habían descubierto que era un retrato de Penelope) guardaba un parecido extraordinario con la ayudante del Gran Maestro Escriba. Y si aquella mujer había perdido la memoria... entonces tal vez no recordaba que era Penelope y que tenía que volver a casa.

«A lo mejor se ha olvidado incluso de mí», se dijo el viejo jardinero por enésima vez. Pero ¿qué importaba? Si había una remota posibilidad de volver a ver viva a Penelope... haría lo que fuera para conseguirlo.

Avanzó cojeando hacia la entrada del Palacio, que todavía recordaba perfectamente. Él también estaba registrado como ayudante (aunque Jason y Rick le habían dicho que alguien había hecho todo lo posible para borrar las huellas de su paso... ¿Quizá Penelope?). Y también había contribuido a aquella Colección con numerosos rollos y tablas.

Allí todos lo conocían por su verdadero nombre: Ulysses Moore. El capitán de la *Metis*. ¿Cómo debía comportarse, pensó tontamente, ahora que la *Metis* ya no existía?

Había decidido solicitar audiencia con el Gran Maestro Escriba y explicarle el asunto de la ayudante, pero nunca llegó a la Colección.

Apenas había dado unos pasos fuera del pequeño puerto mientras los niños corrían hacia la nave de Pandora, cuando Ulysses Moore se detuvo. De golpe. Como si, de alguna forma, hubiera percibido su presencia.

Se volvió hacia la calle principal.

Penelope se encontraba allí, a pocos pasos de él. Estaba mirando donde miraban todos: hacia el catamarán con las velas negras que había llegado planeando del cielo.

Ulysses Moore se llevó las manos a la boca, incapaz de hablar. Se deshizo en lágrimas, pero no dijo nada y no se movió. No tenía fuerzas para hacer nada.

Habían pasado diez años.

Y estaba exactamente como la recordaba.

Penelope.

El tiempo había dibujado arrugas delicadas en su rostro, y el pelo claro, ya casi todo canoso, le caía dulcemente sobre los hombros como una aureola dorada. Llevaba un vestido largo de lino blanco, que el viento cálido del desierto le pegaba al cuerpo.

No podía creer que la hubiera encontrado. No podía creer que la felicidad hiciera tanto daño.

¿Qué debía decirle? ¿Cómo tenía que presentarse? ¿Y qué haría si Penelope no lo reconocía?

No lo sabía.

Se metió una mano en el bolsillo y sacó un pequeño carillón octagonal.

Lo abrió con suavidad y dejó que la música que tantas veces habían escuchado juntos, en las largas noches de Villa Argo, hablara por él.

Penelope no oyó la melodía inmediatamente.

Había demasiada gente gritando, demasiada confusión. Pero luego, de repente, irguió la cabeza, miró a su alrededor, y en su rostro se dibujó una arruga de sorpresa.

Siguió la música con la mirada, y sus ojos se posaron en los ojos del hombre que tenía en las manos un pequeño carillón.

Aquel carillón.

Aquel hombre.

Aquellos ojos.

Penelope le sonrió.

—Ulysses... —susurró.

—Penelope... —respondió él.

Y el desierto se colmó de perfumes.



**Penelope**

Si algo es para siempre, es el recuerdo del bien recibido.  
Y yo he recibido tanto. Sin ella, y sin su ausencia después,  
nada habría empezado nunca.  
Y nada habría terminado.







Capítulo 29

## *Las PUERTAS de los AMIGOS*

Al funeral, como decíamos, había asistido casi todo el pueblo. Incluso los que, por una razón u otra, no se dejaban ver nunca.

Estaban Peter Dedalus y los Covenant, los cuatro. Estaban los dos Banner y los tres primos Flint, con el Flint pequeño, que se las había arreglado para sentarse en el banco que estaba justo detrás del de Julia. Estaban miss Biggles, el señor Marriet y el señor Homer, de la Homer & Homer. Estaban el señor Zafon, al fondo de la nave de la derecha, y los pescadores, al fondo de la otra. Los bomberos, la señora Chubber con todos los cocineros, los profesores y las autoridades. Estaban Leonard y Calypso, que empujaban sendas sillas de ruedas: en una se encontraba sentada Ifigenia, la anciana madre de la librera, que tenía más de cien años; en la otra, la señora Bowen. Había incluso una pequeña representación de los Incendiaros, compuesta por Malarius Voynich y los hermanos Tijeras. Y estaba el traductor al que unos años antes habían entregado el baúl con los diarios, pidiéndole que contara aquella historia que había llegado definitivamente a su fin. Y, por primera vez después de tantos años, en el funeral estaban también el señor y la señora Moore.

El padre Phoenix, que todavía llevaba un brazo en cabestrillo, celebró una ceremonia sobria y conmovedora. Para variar, no había ningún cadáver que enterrar, pero esta vez al menos se ahorraron la acostumbrada farsa del ataúd vacío. No hubo muchas lágrimas, lo cual resultaba preferible. Cuando terminó, los asistentes salieron a charlar bajo el sol, ante un bonito mar azul. Se contaron anécdotas y pequeñas historias, corrigiéndose uno a otro, dado que, para bien o para mal, en Kilmore Cove se conocían todos.

Fred Duermevela llegó tarde y, cuando vio que la ceremonia había acabado, se unió a un grupito de personas y se puso a escuchar la

conversación. Pero, como no se enteraba de casi nada, interrumpió para preguntar:

—Según vosotros, ¿qué será de su locomotora? ¿Y de la casa de la estación?

El grupo lo miró un tanto violento. Después, conociendo el proverbial despiste de Fred Duermevela, le preguntaron:

—Pero ¿de quién crees que es el funeral, Fred?

Él se dijo mentalmente: «¡De Black Vulcano! ¿De quién si no?».

Sin embargo, antes de que pudiera hablar, los otros se le adelantaron y le explicaron que era el funeral de la maestra Stella.

Fred no daba crédito. ¿La maestra Stella había muerto? ¿Y cómo? ¿Cuántos años tenía? Aunque nadie supo contestarle con precisión.

Siguieron charlando animadamente hasta que el sol se ocultó detrás del promontorio del faro. El dolor por la desaparición de la maestra Stella se había dividido en muchos dolores más pequeños, que cada uno se llevó consigo, haciéndolo así más soportable para todos.

—Eh, Fred —dijo entonces Leonard Minaxo, que había ido a buscarlo al paseo donde estaba sentado mirando el atardecer—. ¿Vienes con nosotros?

Y Fred dijo que sí.

Después de aquel tute, los hermanos Tijeras estaban verdaderamente agotados.

«Pero ¿quién ha dicho que el trabajo dignifica?», había exclamado el gemelo de rizos.

«Alguien que no ha trabajado ni un solo día en su vida. ¡Seguro!», había contestado el rubito.

Y, dicho esto, se habían tumbado en la playa de la isla tropical del capitán Spencer. A ellos aquel lugar inhóspito les parecía un auténtico paraíso: silencio, un sol espléndido y mar, mar hasta donde alcanzaba la vista. Habían cogido unas latas de té frío del frigorífico de recarga solar y, tras una rápida consulta, habían decidido quedarse allí un tiempo, de vacaciones, con el cargamento de bebidas y la radio sintonizada en la frecuencia cero por si había una emergencia.

Los señores Bloom, por su parte, habían aceptado llevar la Puerta del Tiempo que el capitán Spencer había roto irremediabilmente muchos años antes hasta un pequeño pueblo imaginario de España escondido en los Pirineos.

Mientras tanto, en Kilmore Cove, Peter Dedalus y Tommaso Ranieri Strambi (que había podido hablar con sus padres y tranquilizarlos sobre su estado de salud) habían asumido la difícil tarea de interpretar los apuntes y dibujos que había dejado Black, además de las fotos de los delirantes dibujos de Morice Moreau, que Tommi afirmaba haber comprendido perfectamente. Les había sorprendido a todos la facilidad con la que habían conseguido recuperar todo lo que hacía falta para construir una Puerta del Tiempo: desde las piedras de uniunio, que Jason había cogido del Laberinto, hasta la madera del árbol con las raíces en el viento, que siempre había estado en Villa Argo, en el parque, y que un cañonazo de Spencer había abatido. El resto, la imaginación, lo pusieron los constructores noveles de puertas. Junto con una gran dosis de esperanza de que todo lo que estaban haciendo funcionara de verdad.

La misma tarde del funeral de la maestra Stella un pequeño grupo de personas fue hasta las obras de la futura, nueva librería de Calypso: Buenos Libros Salvados del Mar.

—¡Eh, Fred!

—¿Qué tal, amigo?

Fred estrechó la mano a los dos gemelos Covenant y les preguntó si era verdad lo que se decía por ahí, o sea, que se iban del pueblo.

Nestor y su mujer cambiaron rápidamente de tema.

Peter se había puesto un gorrito de papel y llevaba consigo un rollo de serpentinas. Cuando lo vio, Fred consideró de pésimo gusto montar una fiesta después de la muerte de la maestra Stella, pero no dijo nada.

—Y aquí tenéis la nueva llave... —anunció Peter Dedalus, sacando del bolsillo una llave con forma de cabra—. Diseñada por Morice Moreau y elegida para nosotros por Tommaso Ranieri Strambi.

Se oyó un pequeño aplauso.

La llave fue entregada entonces a Jason, quien preguntó:

—Pero ¿estáis completamente seguros? ¡La última vez que alguien lo intentó, se inundó el pueblo!

—¡Seguros! —respondieron los demás a coro.

De todas formas, para estar todavía más seguro, Fred dio un par de pasos atrás.

Jason Covenant metió la llave de la cabra en la cerradura, la giró y abrió la puerta lentamente.

—Parece que funciona... —murmuró—. ¿Entro?

Y en un instante desapareció. Después les tocó a Julia, a Rick y a todos los demás.

El último en pasar fue Leonard Minaxo.

—Entonces, Fred, ¿vienes o no? —le preguntó.

Y al final entró también Fred.

—¡A buenas horas! —exclamó Black Vulcano cuando estuvieron todos en el otro lado—. ¡Ya creía que me quedaba sin fiesta!

—¡Pero entonces no estás muerto! —exclamó Fred, desconcertado, en cuanto lo vio.

—¿Parezco muerto? —gruñó Black.

—No, pero... la verdad es que te veo un poco raro.

El ex ferroviario se pasó una mano por la barbilla, y solo entonces Fred se dio cuenta de qué se trataba.

—¡Te has afeitado la barba!

—¡Exacto! —exclamó Black Vulcano—. ¿Parezco veinte años más joven o no?

De tanto reír, empezó a toser con tal fuerza que se dobló sobre sí mismo. Fred vio que enseguida corría en su ayuda una mujer muy guapa, que se movía como una gacela, con los pies descalzos, entre la vegetación exuberante de aquel extraño pueblo. Se dio cuenta también de que Black no estaba del todo bien. Al fin y al cabo, le habían disparado.

Lo bueno, explicó más tarde el ex ferroviario durante la fiesta, era que en Arcadia, el País que Muere, a pesar de su nombre, las enfermedades se curaban mucho más rápidamente, y las heridas también. O sea, que era el lugar ideal para una convalecencia. Y quizá fue por ese motivo por lo que, algún tiempo después, se fue a vivir allí también la señora Bowen.

—Gracias. Un millón de gracias a todos... —dijo Black a sus huéspedes, ciñendo con un caluroso abrazo la cintura de aquella mujer hermosísima.

Fred se había enterado de que se llamaba Ultima porque, antes de que los chicos abrieran la nueva Puerta del Tiempo, había sido la última habitante de aquel país.

—Es una suerte teneros a todos aquí —añadió el ex maquinista—. Gracias al trabajo de todos, en particular a los dibujos de Tommaso, a la pericia de Peter con las herramientas, a las sugerencias de Calypso y, modestamente, a

mi genial intuición... acerca de cómo hacer que una Puerta del Tiempo funcione como es debido.

Todos alzaron sus vasos de loza.

—¡Viva!

—¡Arcadia está a salvo!

—¡Hip, hip, hurra!

Cuando acabó la fiesta, Black lanzó un suspiro y fue a tumbarse en la hierba. Estaba mejor, sí, pero nunca volvería a ser el de antes.

—Y eso que me había puesto un montón de guata para protegerme... — murmuró con amargura.

Pero no podía preverlo todo.

No en un duelo improvisado para que los otros ganaran tiempo.

Por ejemplo, nunca habría podido prever que vería morir a su hija delante de sus propios ojos.

—Quién sabe... —susurró, melancólico—. A lo mejor se ha salvado también esta vez.



Capítulo 30

## **ANTES de PARTIR**

En su casa de Londres, Malarius Voynich tenía todas las maletas preparadas para la mudanza y había pasado ya por la oficina para decidir qué llevarse consigo de su antigua vida y, por el contrario, qué dejar en Frogmal Lane. No mucho, en realidad.

Se sorprendió un poco cuando encontró un paquete encima de su escritorio. Habían pasado ya muchos días desde la noche en que había combatido contra los monos en Kilmore Cove, y casi se le había olvidado. Lo miró con atención y al final sonrió.

—¡Por eso no llegó ninguna ayuda! —exclamó.

El paquete que tenía entre las manos estaba lleno de tachones, sellos y anotaciones a mano. Una en particular, justo debajo del nombre «L'Écho des Fantasies», decía: «DIRECCIÓN INEXISTENTE».

Y después: «DEVOLVER AL REMITENTE».

Evidentemente, en la oficina de Correos habían confundido los paquetes: habían enviado a los Lugares Imaginarios el manuscrito de su novela, y al mundo real, la carta de dimisión y petición de ayuda de la maestra Stella. Sin lugar a dudas, eso explicaba que de los Lugares Imaginarios no hubiera llegado nunca ninguna clase de socorro. Y también dejaba claro que su valioso manuscrito se había perdido para siempre.

Malarius Voynich se acercó a la ventana. Se quedó mirando fuera un buen rato y se preguntó si echaría de menos aquel paisaje que conocía tan bien.

Solo unos meses antes, si le hubiera pasado algo así, se habría puesto furioso y habría movilizado a todo el Club de los Incendiaros. Pero ahora, sin embargo, sonrió, cruzó las manos detrás de la espalda y miró de nuevo el paquete postal de la maestra Stella.

—Qué le vamos a hacer... —dijo pensando en su manuscrito—. No era una obra maestra.

Volvió al escritorio y cogió un par de tijeras del cajón con la letra T. Después, con sumo cuidado, abrió el paquete que él mismo había hecho. Levantó la tapa de la caja y sacó la carta de la maestra Stella.

Se sentía como un intruso, pero se prometió que era la última vez que hacía algo así.

«Queridísimos amigos de la Asamblea de los Lugares Imaginarios», empezaba la carta.

Una irritante ráfaga de viento le voló el tocado con el velo, y la maestra Stella exclamó:

—¡Ay!

Un señor muy amable fue corriendo tras él, consiguió atraparlo y se lo devolvió haciendo una pequeña reverencia.

—Gracias, señor...

Él le dio su tarjeta de visita, como era costumbre tiempo atrás, y se quedó de pie ante ella.

—«Señor Allister Thorpe»... —leyó la maestra Stella—. Es usted un verdadero caballero.

—¿Está esperando también usted el transbordador? —le preguntó el anciano caballero.

La maestra Stella lo observó con atención: iba elegantemente vestido y llevaba el pelo engominado. Tenía un aspecto juvenil y exuberante.

—Sí —respondió ella, mirando el mar azul cobalto que se extendía ante ellos. Las palmeras de la costa se doblaban levemente a su espalda.

—¿Es la primera vez que va a las Baleares? —prosiguió el hombre.

—Es la primera vez, señor Thorpe... que salgo de vacaciones. ¡Estoy tan emocionada!

—Llámeme Allister, por favor.

—Como usted quiera, Allister. —La anciana señora sonrió. En el fondo, algunas cosas no habían cambiado mucho—. ¿Y usted? ¿Es la primera vez?

—¿Yo? No. En realidad, no. He venido más veces.

—¿De verdad? —La maestra Stella sonrió—. Entonces podrá hacerme de guía, ¿qué me dice? Es que... hacía tanto que no viajaba...

—Con mucho gusto —sonrió el señor Thorpe. Señaló el transbordador que resoplaba justo fuera del puerto—. ¿Puedo ayudarla con las maletas?

—Ah, gracias, pero no tengo —lo sorprendió la maestra Stella—. Me gusta viajar ligera de equipaje, ¿sabe?

—Increíble —respondió el anciano caballero.

—A veces las señoritas de mi edad aún pueden sorprender.

El señor Thorpe rió divertido. Se quedaron mirando fijamente el transbordador que se acercaba escupiendo nubes de humo en medio de una algarabía de gaviotas.

—¿Puedo preguntarle a qué se dedica... Allister? —preguntó la maestra Stella cuando llegó el momento de subir a bordo.

—¿Yo? A las construcciones. Soy constructor.

—¡Caramba! —gorjeó la maestra Stella—. ¡Un constructor! ¿Y de qué, si puedo preguntárselo?

—De casas. Construyo casas.

El señor Thorpe le ofreció el brazo a la maestra Stella.

—¿Sabe, Allister? Creo que usted y yo vamos a llevarnos muy bien...





Capítulo 31

## ***El ÚLTIMO SALUDO***

Y así fue como, una después de otra, las cosas y las personas tomaron diversos rumbos.

Los cañonazos de Spencer habían causado daños en una docena de casas, en tres de manera irreparable, pero los dueños se habían puesto de acuerdo con los vecinos y los distintos administradores y habían formado una empresa de rehabilitación, comprometiéndose a resolver al menos los casos más urgentes antes de que acabara la estación.

Querían hacer las cosas bien y estudiaron las viejas fotografías para reconstruir todo exactamente como era antes. Hasta en el más mínimo detalle.

En aquellos días de arduo trabajo, el Flint grande y el Flint mediano descubrieron que sentían verdadera vocación por los andamios y las obras de albañilería, actividad que siguen realizando hoy en día, muchos años después de aquellos acontecimientos. Su primo más pequeño, por su parte, decidió encargarse de las cuestiones burocráticas. Prefería trabajar en la oficina como empresario o, como decía él, como «manager». Ahora cada vez que tiene que tomar una decisión difícil lanza al aire su moneda de la suerte. Se ha comprado un descapotable y ha empezado a recorrer los paseos marítimos arriba y abajo. A veces va hasta Londres, pero sigue prefiriendo la calma de Kilmore Cove.

En cuanto a Anna Bloom, pudo abrazar casi inmediatamente a sus padres, a quienes prometió que no volvería a escaparse nunca más. Aunque sabía que era mentira. Siguió viéndose con Jason y, durante unos años, su historia fue viento en popa.

Peter Dedalus restauró la Casa de los Espejos y volvió a abrir casi enseguida su relojería en la calle principal del pueblo. Durante un tiempo, se dedicó también a los ordenadores, pero lo dejó poco después: era una tarea verdaderamente ardua conseguir que funcionara la conexión a internet usando solo la frecuencia cero de la radio.

No se ha casado. Se cuenta que una vez al año organiza una gran fiesta en su casa giratoria con muchos invitados procedentes de tierras lejanas y pocos invitados del pueblo.

El traductor de los diarios de Ulysses pasó algún tiempo en compañía de los Moore para profundizar en ciertos aspectos aún oscuros de su historia y para ayudarlos con la rehabilitación de lo que quedaba de Villa Argo.

Trabajaron codo con codo un par de meses. Luego el traductor se fue. Durante esas semanas, Ulysses Moore resultó de una claridad meridiana, aunque muchas de sus respuestas siguen siendo difíciles de interpretar, como por ejemplo en lo referente al papel de los animales (y en particular de los monos) en toda aquella historia. Cuando llegó el momento de marcharse de la casa sobre el acantilado, el traductor se alegró de ver al viejo jardinero finalmente feliz y realizado como no lo había visto nunca. Aunque, en el fondo, tenía que confesar que él prefería su carácter de siempre, gruñón y mordaz, como cuando había descubierto qué había sido de su querida torre y de la *Metis*.

—¿Qué pensáis hacer ahora? —preguntó antes de marcharse definitivamente de Kilmore Cove—. ¿Dejaréis todo arreglado y empezareis a viajar de nuevo?

—¿Y tú? ¿Seguirás escribiendo?

Uno de aquellos días, los chicos volvieron al Laberinto. Llevaron consigo todo lo que necesitaba la oficina Topográfica Imaginaria para completar el proceso de registro de Kilmore Cove en la Asamblea de los Lugares Imaginarios. Entregaron la Primera Llave para que quedara custodiada allí, a buen recaudo, y las novelas firmadas por Ulysses Moore como prueba científica de la existencia del pueblo, además del pasaporte para su inmortalidad. Tenían que designar un representante permanente en la Asamblea y decidieron de común acuerdo elegir al más capaz y al que más

amaba Kilmore Cove: la elección recayó, sin vacilaciones, en Rick Banner, que se pasó todo el viaje de vuelta protestando.

Ocho meses después de los hechos aquí narrados, la señora Viviana Voynich caminaba con paso veloz por una calle de Notting Hill cuando se paró bruscamente delante del escaparate de una librería.

Por poco se desmaya. Si hubiera tenido un número de teléfono al que llamarlo, lo habría hecho.

El libro que ocupaba todos los estantes del escaparate era: *Corazón sin dueño*, de Marius Voynich.

Viviana entró tambaleándose y tuvo que abrirse paso a codazos entre una pequeña multitud de señoras entradas en años que intentaban comprar un ejemplar. Al final consiguió uno, se hizo a un lado y, aún trastornada, lo abrió.

Buscó con ansia la dedicatoria, pero lo único que encontró fue una lacónica frase de apertura: «Este libro es fruto de la fantasía».

—«¿Fantasía?» —se preguntó en voz alta Viviana Voynich—. ¿Marius escribiendo fantasía?

—¡Es verdad! —le explicó una señora que estaba a su lado y que había comprado tres ejemplares—. ¡Pero es una historia de amor tan hermosa!

«¿Una historia de amor? —pensó Viviana, cada vez más turbada—. ¡¿Escrita por Marius?!»

En la breve biografía del autor se decía sin más detalles que vivía en una localidad de Cornualles, donde se dedicaba en santa paz a la escritura y la jardinería.

Cuando se imaginó a su hermano ocupado en regar las peonías, a Viviana se le escapó una sonrisa involuntaria.

Compró un ejemplar.

Con el descuento.

Esa Navidad, Tommaso Ranieri Strambi recibió en su casa de Venecia una lupa, una voluminosa enciclopedia, una gorra de explorador y un baúl enorme, que contenía todo el equipo del taxidermista inglés prematuramente desaparecido. Dado que no tenía herederos, todo lo que le pertenecía, excepto los animales disecados más grandes, había pasado a ser propiedad del chico.

Los sellos del envío eran sin lugar a dudas de la oficina de Correos de Calypso, así como también la tarjeta de felicitación navideña.

A partir de entonces, Tommaso empezó a planificar en serio su futura carrera como naturalista.

Llegaría a ser el mejor amigo de los animales de verdad.

Los demás personajes de esta historia volvieron a su vida anterior, sin miedo a volverse en la calle y descubrir que los seguía un hombre con paraguas y bombín.



Capítulo 32

## *La* **CORRIENTE**

Jason escuchaba inmóvil en el fondo del salón. Una extraña corriente de aire transportaba ruidos lejanos. Crujidos de muebles, el silbido del viento, pasos de animales. Esa misma semana a Jason ya le había parecido que los muebles de la casa de los Moore tenían vida propia: en cuanto la habitación estaba vacía, se desplazaban un milímetro. Un milímetro nada más, para que no los descubrieran.

Pero esta vez era distinto. No podía haber sido un mueble que se movía de sitio. Ni tampoco un cuervo encaramado en el tejado ni los lagartos entre la hiedra trepadora ni los ratones en el desván. No, señor.

Esta vez había oído un ruido importante: pasos presurosos en el piso de arriba. Se había quedado inmóvil, escuchando, y los pasos se habían repetido.

Jason apretó los labios, preocupado.

—Así que estás arriba... —le susurró a su misterioso enemigo, como si se tratara de una especie de desafío.

¿Era posible que ningún otro miembro de su familia se hubiera dado cuenta de su existencia? ¿Era posible que ni su padre ni su madre ni su hermana hubieran descubierto que había alguien más en aquella casa tan grande?

Jason lo supo enseguida, desde el primer instante. En el momento mismo en el que habían dejado las maletas en el porche. El viejo edificio londinense era demasiado grande para poder conocerlo todo. Una mansión llena de habitaciones y de secretos, de objetos fascinantes y misteriosos.

Cuando se encontraron por primera vez, fue como si la casa de los Moore le susurrara: «No todo es lo que parece: descubre mi secreto, Jason».

Y él había aceptado.

Envuelto en la corriente de aire que entraba por las ventanas abiertas, Jason observó los retratos colgados en la pared del enorme salón del primer

piso. Su padre había propuesto sustituir aquellas viejas telas con algo más alegre, como unos cuadros de paisajes, pero tanto Jason como su hermana se habían opuesto. Aquellos retratos habían sobrevivido al viejo Club de los Viajeros Imaginarios y a los Incendiaros y se merecían seguir colgados donde estaban.

Se puso a dar vueltas entre las mesas y los sillones aún desiertos y se sumió en mil pensamientos. Tenía que llamar a Anna antes de que se enfadara y lo dejara por otro, quizá por Tommaso, quien todavía no había perdido la esperanza de besarla algún día. Y además, tenía que pensar en las pruebas de admisión a la universidad. Aunque en realidad no tenía intención de hacer ninguna de las dos cosas.

Al menos no ese día.

—¡Jason! —lo llamó su hermana—. ¡Es tarde!

Desde que habían vuelto a Londres, Julia estrenaba un vestido nuevo cada día. Jason le sonrió y acabó su inspección. Todo en orden. Las bebidas en la mesa, los folios, los mapas, las cajas con los libros que había que colocar en los estantes y...

—¿El registro está preparado? —le preguntó Julia.

—Sí. Creo que sí —respondió.

Los dos se detuvieron en la entrada del salón y se dieron la vuelta para comprobar una vez más si todo era correcto en la vieja sede del Club de los Viajeros Imaginarios, en el primer piso de la casa de los Moore, a la que se acababan de mudar.

—Pues entonces, vamos —propuso Jason.

Se disponían a abrir la puerta cuando esta se abrió sola. De par en par.

—Julia... Jason... —los saludó Pirès, haciendo una pequeña reverencia—. Sus invitados están al llegar.

—Fantástico —dijo Julia.

Los gemelos Covenant bajaron rápidamente las escaleras y abrieron la puerta de la casa.

Los otros los esperaban fuera.

Jason sintió que se le henchía el corazón de orgullo. Reconoció a muchos, pero también había caras nuevas.

—¡Bienvenidos! —les dijo abriendo los brazos—. ¡Bienvenidos a la reapertura oficial del Club de los Viajeros Imaginarios!

El sol abrasaba el jardín colgado de un cielo enmarcado por nubes blanquísimas. A lo lejos se oía el alegre rechinar de un tranvía.

Los dos hermanos Covenant se hicieron a un lado y estrecharon la mano a sus primeros huéspedes, invitándolos a subir las escaleras y a acomodarse en el salón del club.

Cuando fue el turno de Rick, Julia le dio un largo beso, y él se puso colorado hasta las orejas.

—Así se hace... —comentó Anna, como reprochándole algo a Jason. Pero el joven Covenant no se hizo de rogar y le estampó un beso igual de apasionado en los labios.

Llegaron otros coches y más invitados a pie. Y cuando por fin se quedaron unos segundos solos en la entrada, Jason se dirigió a su hermana:

—¿Te has preguntado alguna vez por qué el cielo se vuelve blanco antes de tocar el mar?

—¿Tú sabes por qué?

—No —admitió Jason—. Pero echo de menos ese cielo.

—Quizá se vuelve blanco porque de esa manera cuando lo miramos... podemos imaginar cómo continúa en el otro lado —respondió Julia cerrando la puerta.

Queridos lectores:

Concluye de este modo, un poco como había comenzado, la historia de Jason, Julia y Rick, y de todos los amigos que junto con ellos volvieron a fundar el Club de los Viajeros Imaginarios.

Según tengo entendido, el club sigue abierto y organiza un considerable número de expediciones a nuevos Lugares Imaginarios. La actividad de los gemelos Covenant y sus amigos sigue creciendo y, al parecer, también el número de socios.

Los socios del club reciben periódicamente una revista con noticias y con los lugares más interesantes para visitar, los misterios que vale la pena resolver y los personajes imaginarios sobre los que es aconsejable mantenerse informados. La revista se envía por correo ordinario y, obviamente, lleva los sellos de Kilmore Cove. Como nos enseñó la desaparecida maestra Stella, en las situaciones difíciles el correo es lo único que de verdad funciona.

Si como conclusión de esta larga aventura os ha quedado un cierto gusto por el misterio y los viajes y una cierta dosis de coraje, os aconsejo encarecidamente este club. Para decirlo con las palabras altisonantes de los hermanos Tijeras, quienes nada más volver de sus larguísimas vacaciones tropicales solicitaron su admisión: «Si sabéis leer donde otros no consiguen leer, si escribís o dibujáis mientras vuestros amigos se aburren soberanamente, si se os da bien fotografiar cosas que otros no ven o tenéis preguntas sin respuesta que os rondan por la cabeza, el Club de los Viajeros Imaginarios está hecho para vosotros».

No os los penséis, entonces: podría ser el sitio perfecto para reunirse y charlar sobre lugares, personas y cosas que, por imaginarios, son inmortales.

¿Será este, finalmente, el secreto de Ulysses Moore?

Vuestro amigo,

*Pierdomenico*

P. D. Aquí os dejo apuntada la dirección del Club.





# Notas

[1] François Bonet es, entre otras cosas, el antepasado de Paul Bonet, al que se hace referencia en *Il Codice dei Re*, Piemme, 2010. <<

[2] Anónimo chino del siglo XVI, *Viaje al Oeste. Las aventuras del Rey Mono*, Editorial Siruela, 2004. <<

[3] W. Shakespeare, *Hamlet*, Acto IV, Escena VII, La muerte de Ofelia. <<